La caída de las torres III - CIUDAD DE LOS MIL SOLES

Samuel Delany



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO UNO

¿Qué es una ciudad?

En el planeta Tierra hay al menos una, aislada entre mares mortíferos, sola en una isla cerca de un continente perforado por las radiaciones. Una parte del mar y de la tierra de la orilla del continente ha sido reclamada: entre esas mareas silenciosas y las planicies en calma hay un imperio. Se llama Toromon. La ciudad capital es Toron.

Del otro lado del universo, en una galaxia dispersa, hay otra... ciudad.

Un sol doble arroja sombras gemelas desde la saliente de una roca que se proyectan sobre la arena. Las hondonadas a veces se agitan por la brisa enrarecida.

El cielo es azul, la cal de arena blanca. En el horizonte se ven franjas bajas de nubes. Y al pie de una duna escarpada y polvorienta está la... ciudad.

¿Qué es una ciudad?

Es un lugar en la arena donde un campo de energía mantiene en perfecto orden a los cristales de silicato octogonales, a los ejes perfectamente alineados extremo con extremo. Es un lugar donde un compás magnético giraría como un trompo. Es un lugar donde el simple aluminio tiene la capacidad de atracción del álnico sensibilizado. Y a pesar de que en ese momento albergaba a cientos de habitantes, en ella no había ninguna clase de edificio o estructura. La arena ya no era suave y solamente un microscopio hubiera podido detectar la diferencia en el emplazamiento cristalino.

En respuesta a las presiones psíquicas de aquellos que la observaban, a veces la ciudad parecía un lago y otras una catacumba. En una ocasión había aparecido un geiser de llamas, y de tanto en tanto parecía que los edificios y las torres se enlazaban en lo alto juntamente con caminos elevados, con una luz doble que se reflejaba en el centenar de ventanas que miraban al sol. Sea lo que fuere, se alzaba solitaria en el desierto blanco de un diminuto planeta en un punto del universo a mitad de
camino de la Tierra.

En la ciudad se había convocado a una asamblea, y con un simple llamado de atención, la gente se reunió. La inteligencia que presidía la reunión no era una entidad única sino triple, mucho mayor en años que cualquiera de las allí presentes. No había construido la ciudad. Pero allí moraba.

Los hemos hecho venir aquí para que nos ayuden, comenzó. *Simplemente con estar acá ya han contribuido muchísimo. Quedan muy pocos por llegar, pero pensamos que es mejor empezar ahora que esperar. Para un grupo, inmenso, un gusano de treinta pies, la ciudad parecía una*

trama de túneles embarrados que las palabras traspasaban como si fueran vibraciones. Como lo hemos explicado antes, nuestro universo ha sido invadido por una criatura extraña y amoral a quien hemos llamado el Señor de las Llamas. Hasta este momento sólo se ha abocado a una actividad exploratoria para descubrir la mayor cantidad posible de información sobre la vida en este universo. Una vejiga metálica recibió las palabras telepáticamente: para él la ciudad era un sendero de roca perforada, sin aire. Pero incluso a través de sus métodos de experimentación sabemos que es peligroso. Para él no tiene ninguna importancia destruir o pervertir una cultura para obtener información. Hemos tratado de eliminarlo, y de mantener intactas las diversas culturas del universo. Todos ustedes han tenido contacto con él en sus respectivos mundos, así como nuestros agentes. Y todos ustedes han tenido breves contactos entre sí. Para las antenas de un metro y medio de un oyente la atmósfera de la ciudad tenía un tinte verde metano. Ha estado reuniendo información para un ataque total, pero como le hemos seguido los pasos en cada planeta, hemos podido ver la información obtenida. Cuando él los eligió, cada una de las culturas estaba sufriendo terribles cambios políticos y sociales. Su método de observación en cada cultura ha sido activar aquellos elementos que precipitarían los cambios demasiado rápido, que los llevarían a su culminación demasiado velozmente. Luego, cosa rara, su punto de concentración sería no la precipitación de los cambios en sí mismos sino un estudio intensivo de la vida personal de algún individuo alienado, un loco, una figura política de prestigio, a menudo un fuera de la ley, un genio marginado de la sociedad. Para un cristal viviente que había en la ciudad las palabras del Ser Triple llegaban como una significativa progresión de notas musicales. Ahora queremos discutir un incidente particular de dicha observación. Un cacto pensante movió sus tentáculos y vio a la ciudad casi como era en realidad, una franja de arena color pastel; pero, quién puede decir cuál era la realidad de la ciudad. Ya están todos aquí con excepción de nuestros agentes en la Tierra, y queremos aprovechar esta oportunidad para discutir la particular situación en que ellos se encuentran. Para un observador casual, la afirmación de que los representantes de la Tierra aún no habían llegado habría parecido una flagrante omisión; uno de los asistentes era una mujer atractiva, de cabello castaño con grandes ojos color avellana. Pero si se la hubiera observado durante un minuto se habría visto que los dedos delgados y de uñas almendradas, la piel de crema y miel eran una bizarra coincidencia cósmica. Un examen interno y un análisis genético demostraría que era una especie de musgo bisexual. *Auto-abastecido y auto-suficiente el Imperio de Toromon ha permanecido sobre la Tierra durante quinientas revoluciones sobre la estrella Sol. La crisis que atravesó Toromon fue una compleja reorganización económica, política y psicológica, unida a una*

inmensa ola de progresos tecnológicos en métodos de cultivo y en una producción de alimentos que la aristocracia de cien años, pervertida y fatigada, fue incapaz de redistribuir. "Inmensa ola" era la metáfora que oyó una criatura marina de pies membranosos y párpados triples desde un mundo de aguas; para los otros era "terremoto", "tormenta de arena", "volcán". *La solución era simular una situación que existía solamente en las bibliotecas desde la época en que todo el planeta estaba poblado por naciones como las de ellos; simularon una guerra, una guerra que los liberaría de sus propios excesos, en energía, en producción, en vidas. El esqueleto atrofiado de una organización militar que había sobrevivido desde*

antes del período de aislamiento (cuando justamente verdaderas guerras habían destruido completamente a las otras naciones, dejando sola a Toromon) se convirtió en una fuerza tremenda, se reclutaron ejércitos, se prepararon equipos, y en el límite del imperio saturado por la radiación se desarrolló una guerra vasta y fantástica, controlada por una inmensa computadora situada en las ruinas de una segunda ciudad del imperio, llamada Telphar. A causa de la radiación que los rodeaba, se perdió control de la evolución y hay una sección atávica de la población que ha regresado a un punto por el cual la raza ha pasado hace tres millones de años, mientras que otro segmento ha dado un salto de un millón de años y se ha convertido en una raza de gigantes con muchos telépatas. Los telépatas trataron de mantenerse por encima de esta guerra, pero finalmente fueron arrastrados a ella. Nuestros agentes, entre ellos un telépata, los convenció —en un intento por encontrar alguna otra solución menos destructiva que esta guerra falsa— para establecer un nexo telepático momentáneo entre todos los habitantes del imperio. La gente ya sabía que la guerra no era real. Los resultados habían sido demasiado violentos como para predecirlos con certeza. Toda la estructura de Toromon era débil; puede haberse derrumbado ya irremediablemente. Bandas de agitadores marginados —o malis— arrasaron al país. Se intentó poner en el gobierno a un nuevo y joven rey, y por un tiempo funcionó, pero el sistema había sido organizado para gobernar a una nación pacífica, no a una nación en guerra. Una extraña forma viva, compuesta únicamente por vibraciones térmicas oscilaba melancólicamente en la ciudad, escuchando, contemplando. *La razón por la cual damos tantos detalles de esta situación es por la extraña conducta del Señor de las Llamas cuando acometió a Toromon. En primer lugar, sus intentos por provocar un desenlace rápido fueron inmensamente más violentos y destructivos que en cualquiera de sus conatos previos con otros mundos. Nosotros, que podemos percibir la energía de su concentración, descubrimos que la intensidad de su observación se había cuadruplicado. Lo que había estado buscando desordenadamente entre otros mundos, lo encontró en la Tierra. Una vez nuestros agentes lo expulsaron y volvió. Lo expulsaron por segunda vez; todavía está rondando cerca, listo para una nueva invasión. Sólo podemos tener tres agentes directos en un planeta; sólo podemos alojarnos en tres mentes. Pero con la ayuda de los telépatas nos pusimos en contacto con dos más —Tel y Alter— que durante un tiempo se convirtieron en nuestros agentes indirectos. Tel murió en la guerra falsa, de modo que sólo nos quedan en la guerra cuatro contactos. Como ya dije, sólo podemos habitar tres mentes por vez; eso hace que quede uno, ya usado para contactarse con extraterrestres, abierto para la infiltración; esta vez estamos seguros de que el Señor de las Llamas, en su tercer regreso a la Tierra, elegirá a uno de nuestros cuatro agentes, el que quede fuera de nuestra protección. Si permitimos que ellos sepan directamente, los resultados serían desastrosos para sus psiquismos. Por lo tanto nuestro contacto, ya debilitado, tendrá que cesar por completo después de nuestro próximo mensaje.* Un pájaro inmenso agitó las plumas doradas, guiñó un ojo colorado, enderezó la cabeza y escuchó. *Los motivos del interés que siente el Señor de las Llamas por Toromon son ciaros. Está preparándose para iniciar una guerra en nuestro universo; ahora está tratando de averiguar todo lo que pueda acerca de cómo una forma viva de este universo se conduce en una guerra. Y esta guerra de Toromón es una guerra teórica, porque no hay enemigo real. Bueno, quizá nosotros también podamos aprender algo. Nosotros tenemos la ventaja de saber a dónde mirar, ya. que en esta ciudad*

todos son mucho más parecidos entre sí y a los hombres de la Tierra que el Señor de las Llamas, para quien ideas tales como "inteligencia", "compasión", "asesinato", "resistencia" no significan nada; él debe aprender observando lo desconocido. Del mismo modo, él tiene características de las que nosotros no tenemos ni idea. Para ampliar nuestra propia comprensión, les hemos pedido a nuestros agentes que traigan con ellos tres documentos, productos de las tres mentes más sensibles de la Tierra: los Poemas de Vol Nonik, la Unificación de los Campos Aleatorios, de la doctora Clea Koshar y Visiones del mar, una Revisión Final de la Historia de Toromon, del doctor Rolth Catham.

La ciudad estaba en silencio, y entonces una débil forma con vida habló, una forma que existía sólo como un virus sensible a la luz, que podía ver desde las novas del tamaño de las estrellas hasta los neutrinos del tamaño del micrón de un micrón, una forma sólo ocasionalmente alterada por un fragmento de hidrógeno ionizado, un fotón suelto, el susurro etéreo de una galaxia que giraba como un huso alejándose eternidades en el frío espacio intergaláctico: ¿Qué les impedirá conseguirse estos... trabajos?

Entonces regresó el Ser Triple: *Estas palabras, recuerden, son de las mentes más sensatas de la Tierra y nunca llegarán al hombre común en la forma de libros o periódicos, y entre nuestros cuatro agentes constantemente habrá un traidor, el propio Señor de las Llamas.*

Y a un universo de distancia...

... y ella estaba hermosa, hermosa por el sol que atravesaba la ventana agrietada y le tocaba los cabellos sueltos, hermosa por los ojos cerrados, los párpados oliva, más oscuros que el resto de la cara, que el resto de la piel, que era hermosa por los colores de miel y por el rubor del fruto de kharba, que iba del blanco al rosa, hasta que se ponía moteado, naranja, maduro; hermosa por la textura de terciopelo allí donde flexionaba la rodilla y la piel se veía tirante y pulida como una piedra marrón, y allí donde su cuerpo se curvaba ligeramente en dirección a él, y la piel era suave... como terciopelo.

El panel agrietado de la ventana ponía una línea desdentada de sombra en las maderas del piso, en un costado de la cama, a lo largo de las sábanas arrugadas, una serpiente de sombra sobre su estómago. Tenía los labios separados y los dientes brillantes se veían ligeramente azulados por la sombra del labio superior.

Estaba hermosa por las sombras, las sombras violetas que caían sobre las calles del litoral donde la noche anterior había paseado con él, hermosa por la luz, el resplandor de la luz de mercurio bajo la cual se habían detenido brevemente para conversar con un amigo de él...

-Así que después de todo te has casado, Vol. Bien, pensé que lo harías. Felicitaciones.

-Gracias -le dijeron los dos y la voz de él, tenor bajo, y la de ella, un rico alto, eran musicales incluso a dúo-. Renna, este es mi amigo Kino. Kino, esta es mi esposa Renna -ejecutó este solo como un instrumento único después de un acorde que implica la llegada de una sinfonía.

-Supongo que ya no tendrás mucho que hacer con tu antigua pandilla -Kino hundió un dedo sucio en una oreja más sucia-. Pero, en realidad, nunca fuiste un pandillero. Ahora puedes sentarte a escribir poemas, como siempre quisiste hacerlo, y disfrutar de la vida –y cuando el joven mugriento, demasiado grande para ser un pillo, demasiado joven para ser un delincuente, dijo "vida" eché una mirada a Renna, y toda el ansia de su edad inquieta puso fuego en sus ojos e iluminó su belleza.

-No, no soy un pandillero, Kino -dijo Vol-. ¿Recuerdas a Jeof, verdad? Por esa estúpida pelea entre él y yo decidí que este es un momento tan bueno como cualquier otro para dejar todo este asunto de los malis. Vamos a irnos al continente en un par de días. Hay un lugar del que hemos oído hablar que quisiéramos ver.

Kino pasó un dedo del pie alrededor de un guijarro.

-No iba a mencionar a Jeof, pero ya que tú lo hiciste primero, creo que puedo decirte que dejar ese asunto es una buena idea. Porque él es un pandillero hasta la médula de los huesos -de pronto inclinó la cabeza y sonrió apologéticamente-. Mira, tengo que ir a un lugar. No dejes que Jeof la vea -señaló a Renna con un movimiento y con ese movimiento Vol la miró, la piel oscura bajo la luz de la lámpara de mercurio; Kino se había ido y ella era...

... nuevamente hermosa en las sombras mientras atravesaban las calles oscuras de la Olla del Diablo para llegar finalmente a la semidestruida taberna-casa de pensión, hermosa cuando entraron en la galería y la oscuridad se cerró sobre ella, ennegreciendo los detalles. Justo en ese momento alguien abrió la puerta del otro lado de la galería y el sol bañó la silueta de Renna, que se había adelantado un paso, y Vol aprendió con los ojos lo que ya conocía con las manos, que la forma y el contorno de ese cuerpo -cintura, pechos, cuello y mentón- eran hermosos. Habían ido juntos a la habitación de él.

En la pared había un retrato exquisito de él, hecho por ella, tiza roja sobre papel marrón. Sobre la mesa desvencijada, frente a la ventana, había un manojo de papeles. La primera hoja tenía el esbozo final de un poema que era, con exquisitez de palabras y de imágenes, un retrato de ella.

Se sentó con las piernas cruzadas sobre el lecho arrugado y todavía caliente por el cuerpo, y miró a Renna, sentada junto a él, hasta que los ojos le dolieron de mantenerlos tan abiertos, mirándola para no perder la belleza de su respiración, el brillo débil de las fosas nasales, las curvas del pecho, el movimiento de la piel sobre la clavícula -un milímetro hacia atrás y luego otro hacia delante- mientras respiraba. Los ojos se le inundaron con el esplendor de Renna, se le llenaron de lágrimas. Tuvo que parpadear y mirar para otro lado.

Cuando miró nuevamente a la ventana, frunció el ceño. La noche anterior no había habido rajaduras.

Siguió la línea que bajaba por la ventana, donde los dos pedazos del panel estaban dislocados uno contra el otro, y que llegaba al extremo inferior izquierdo: un estallido de grietas más pequeñas formaban un agujero de menos de un centímetro. Algún objeto había golpeado contra ese ángulo. Se puso de pie y se dirigió a la mesa. Sobre el papel brillaba el vidrio roto.("Como yo hago brillar mis palabras", pensó.) Levantó la piedra a la que le daba varias vueltas una tira de tela. Cuando la desenvolvió y leyó las palabras, borroneadas donde la tinta se mezclaba con la fibra, ya no hubo más brillo. En cambio, pequeños martinetes de fragua golpearon contra una dura pelota de miedo que había llevado durante tanto tiempo, y la mantuvieron en la alternativa declaratoria o imperativa:

"Jeof te busca. Sábelo. Dice que te comerá en el desayuno. Vete. Está decidido. Kino."

Pasó dos segundos tratando de imaginar cómo habían seguido durmiendo con el ruido de la piedra,
luego llegó velozmente a la conclusión de que la piedra que habían arrojado desde la calle era lo que lo había despertado. El pensamiento fue interrumpido por un crujido en el primer piso. Se volvió y vio que ella abría los ojos. Bajo esos párpados oliva, estanques marrones, donde las motas doradas surgieron con la luz apropiada, Renna sonrió. La sonrisa describió una voltereta en dirección a él a través de los muebles mugrientos, rebotando de pared manchada en pared manchada (donde quizá lo único hermoso era el retrato con tiza roja que había hecho ella, y desde el júbilo que lo llenaba, hasta los iris fatigados se relajaron y la habitación se llenó de luz.

-Esta mañana también te amo -dijo ella.

Mientras sonreía, un pensamiento oscuro se agitó ominosamente; ella también se despierta por un sonido que no oyó, viéndome sólo a mí, como un momento antes yo la veía a ella.

Abajo se escucharon ruidos de muebles golpeados.

Ella le hizo una pregunta con el rostro, en silencio, inclinando la cabeza sobre la almohada. Él le respondió con el mismo gesto y un movimiento de los hombros planos, desnudos.

El ruido de unos pasos en la escalera; luego la voz aguda de la dueña de la pensión que protestaba en la galería:

-¡No pueden entrar de esta manera! Mi pensión es una casa respetable. Tengo licencia! ¡Salgan de aquí, rufianes! Les digo que tengo mi...

La voz cesó, la ola se rompió, algo golpeó la puerta, con fuerza, y la puerta se abrió, chocando contra la cama.

-Buenos días.

-¿Qué diablos quieres? —dijo Vol.

No hubo respuesta y en el silencio miró al rollizo neanderthal, torso desproporcionado, piernas combadas; la mejilla había sido tajeada seis veces y las cicatrices la cruzaban una y otra vez. Sobre el ojo izquierdo había una herida púrpura, de una reciente pelea. Los bordes de la herida estaban húmedos. Feo, pensó. Feo.

El peso se trasladó del pie derecho al pie izquierdo, lentamente, y la cadera que estaba alta bajó y la que estaba baja subió.

-Quiero hacerte miserable -dijo Jeof y entró en la habitación. Detrás de él entraron otros tres-. Veo que recibiste el mensaje de Kino –rió-. Se lo sacamos anoche, cuando él hizo el primer intento. -Entonces una mirada arrepentida se impuso por sobre la sonrisa- Pero luego pensé que tendría que arrojarlo aquí esta mañana antes de venir a decirte hola. —Jeof se adelantó otro paso, miró a uno y otro lado de la habitación, y la vio en la cama, los ojos abiertos y dorados, la piel pálida, manos, boca, ojos y hombros aterrorizados- ¡Bueno, hooolaaa!

Vol saltó hacia adelante...

... el estómago se le envolvió alrededor de un puño penetrante. Gruñó, cerró los ojos y golpeó contra el piso. Cuando los abrió, un segundo después, había por lo menos seis personas más en la habitación. Dos lo levantaron de un sacudón. Entonces Jeof lo golpeó en el estómago una vez más y mientras la cabeza se le aflojaba hacia adelante la mano regresó desde la dirección opuesta, los nudillos primero, y le levantó la cara de una bofetada.

-Ahora -dijo Jeof, apartándose nuevamente de Vol-, como estaba diciendo, hola.

Los años vividos en las calles de la Olla del Diablo habían hecho de Vol un hábil luchador callejero. También lo habían enseñado que si la situación es desesperante hay que ahorrar fuerza por si se produce el milagro de salir de esa situación y entonces uno puede usar esa fuerza para recuperarse. Y era desesperante.

De modo que cuando al principio Jeof avanzó en dirección a Renna y ella gritó, él simplemente permaneció de pie. Pero el grito se convirtió luego en un largo, prolongado alarido. De pronto también Vol estaba gritando y peleando y las voces habían perdido toda la música y eran disonantes y agónicas. Peleó y casi mató a uno de los hombres que lo sostenían, pero alrededor de él había otros tres que le rompieron cuatro costillas, le dislocaron el hombro y le aplastaron un costado de la mandíbula.

-No -dijo Jeof, haciendo un gesto apaciguador con la mano... en las manos de Jeof había sangre y ahora ella no podía gritar porque tenía los cartílagos de la laringe aplastados-. No lo maten. Simplemente quiero que observe lo que hacemos con ella. -Miró a su alrededor- Muchachos, uno de ustedes venga acá para ayudarme. -Emplearon las manos, luego todo el cuerpo, y entonces, el rayo doble de una espada flamígera surgió de un estuche oculto, se encendió la base de la empuñadura y chispas blancas iluminaron las puntas dobles.

Un minuto después por misericordia, Vol perdió el conocimiento. Ni siquiera pudieron despertarlo a golpes. Entonces se fueron.

Media hora más tarde, Rara, la mujer que dirigía la pensión, reunió coraje suficiente para mirar dentro de la habitación. Cuando vio al hombre desnudo retorcido frente a la mesa dijo "Dios mío" y entro en la habitación. Luego, cuando vio lo que quedaba sobre la cama, no pudo decir nada; simplemente retrocedió cubriéndose la boca con una mano.

La mano del hombre se deslizó sobre las mugrientas maderas del piso.

-Oh, Dios querido -susurró la mujer- Él está vivo. -Corrió hacia él, tratando de arrojar de la mente el retrato de los dos juntos, tal como los había visto hasta el día anterior (bebiendo de la misma tacita junto a la pileta que estaba abajo, paseando con las manos entrelazadas, riéndose mientras se miraban a los ojos). Se arrodilló junto a él y la mano del hombre le tocó el pie.

Hay que sacarlo de aquí antes de que se despierte, pensó la mujer, y trató de levantarlo.

El dolor producido por las costillas rotas que le oprimían los pulmones hizo que Vol recobrara el conocimiento. Abrió los ojos y miró con la mirada perdida a la mujer que se inclinaba junto a él. Era un rostro con firmeza, aunque del otro lado de los cincuenta. Una marca marrón rojizo le recorría la mejilla izquierda.

-¿Rara? -pronunció el nombre con un atisbo de inflexión, y la mandíbula golpeada, que empezaba a
hincharse, le borró toda expresión.

-Señor Nonik -dijo la mujer- Venga conmigo, ¿quiere?

Apartó la mirada y cuando llegó a la cama se detuvo.

-No, señor Nonik -dijo Rara- Venga conmigo.

Dejó que lo ayudara a ponerse de pie y caminó con ella hacia la galería, a pesar del brazo agonizante, a pesar del fuego que sentía en el costado derecho del pecho.

Rara advirtió la debilidad y el ángulo imposible en que se hallaba colocado el brazo.

-Bueno –comenzó-, vamos a tener que llevarlo al Servicio Médico enseguidita...

Entonces Vol gritó. Fue un grito largo, arrancado desde adentro: en la mitad cambió, elevándose casi una octava (como un jabalí atrapado por las arenas movedizas, cuyo grito va desde el anhelo por luchar, alzándose a causa de una súbita comprensión hasta llegar al terror y al hundimiento final).

-Aaaayyyy.... -Vol cayó contra el piso. Sacudió la cabeza; le corrían las lágrimas, pero estaba sereno.

-Señor Nonik -dijo Rara- Señor Nonik, levántese.

Se puso nuevamente de pie. En el silencio, Rara sintió un estremecimiento. Lo ayudó a desplazarse por la galería.

-Mire, sé que esto no va a significar nada para usted, señor Nonik. Pero escuche. Es joven y ha... perdido algo. -La escuchaba a través de una cortina de dolor- Pero nos pasa a todos de una manera u de otra. No diría esto si no hubiera sido por lo que ocurrió hace un mes, cuando todos de pronto nos... conocimos de esa manera. Desde entonces pienso que mucha gente ha dicho cosas raras, que normalmente no dirían. Pero como le digo, usted es joven. Perdemos a tantas personas de quienes pensamos que son... como pensaban que era ella todos los que los conocían a ustedes. Pero usted vivirá -hizo una pausa- Yo tenía una sobrina a la que amaba como a una hija. Su madre había muerto. Las dos eran acróbatas. Hace cuatro años, mi sobrina desapareció y no la vi más. La perdí, perdí a una persona que había criado desde los nueve años. Y estoy viva.

-No -dijo Vol, sacudiendo la cabeza- No.

-Sí -dijo ella- Y usted también está vivo. Y así seguirá. Si es que lo llevamos al Servicio Médico. -
De pronto, la desesperación que había estado tratando de mantener alejada irrumpió en el tono de voz- ¿Por qué tienen que hacer las cosas así? ¿Por qué? ¿Cómo pueden hacerlo ahora que todos ya sabemos?

-Por los mismos motivos que antes -dijo él llanamente- Exactamente como usted -continuó Vol, y
Rara frunció el ceño- Están atrapados en ese momento brillante en el cual conocieron la sentencia. Pero no me atraparán. No lo harán.

-¿De qué está hablando? -preguntó Rara, pero la voz de Vol (o quizás era el sonido de las propias palabras, la gravedad de las "o" de sentencia, una palabra extraña que recordaba el sonido del mar) le provocó nuevos estremecimientos.

-¡Nunca me encontrarán! ¡Nunca! -dijo Vol. Entonces se tambaleó y cayó a corta distancia de las
escaleras.

-¡Señor Nonik!

Se agarró de la baranda y se puso otra vez en marcha. Rara bajó corriendo tras él, pero Vol ya estaba en la puerta.

-¡Señor Nonik, tiene que ir al Servicio médico!

Estaba en la puerta, desnudo, sacudiendo la cabeza en una negativa animal.

-¡Nunca me encontrarán! -susurró una vez más y desapareció en la calle.

Abrumada, Rara dudó. Cuando miró, ya no pudo verlo. Era muy temprano y la calzada estaba desierta. Brillaba el sol. Finalmente dejó de mirar. Buscó un oficial de policía para que hiciera un informe de lo que había ocurrido en la casa de pensión.

El sol gemelo brillaba sobre la arena blanca de la ciudad.

-¿Cuándo llegaran los agentes de la Tierra? -preguntó alguien.

Tan pronto como hayan encontrado sus tres documentos, dijo la voz triple... *y si es que siguen vivos.*

Una brisa perfumada de ozono alteraba la polvorienta blancura de una duna, de modo que la forma sutil del desierto había cambiado nuevamente, y lo único estable y aislado era la ciudad.

Cerca del centro de Toron un viejo comerciante estaba sentado en el balcón de mosaicos de su casa, observando las torres de los palacios y las casas de madera en la zona litoral de la Olla del Diablo.

-¿Clea? -dijo.

-Sí, papá.

-¿Estás segura de que es esto lo que quieres? Tienes todos los honores posibles que puede ofrecer Toromon a un científico y se lo debes a tus trabajos sobre transmisión de materia, a tus estudios teóricos. Creo que nunca te lo dije directamente. Pero estoy muy orgulloso.

-Gracias, papá -dijo ella-. Pero esto es lo que quiero. Ni Rolth ni yo pensamos dejar de trabajar. Tengo que completar la Teoría de los Campos Unificados. Y él trabajará en un nuevo proyecto histórico.

-Bueno, no te quedes ahí. Dile que venga aquí afuera.

Clea entró en la casa y surgió un momento después, de la mano de un hombre alto. Se detuvieron ante la mesa de mármol donde estaba sentado Koshar.

-¿Rolth Catham, quiere casarse con mi hija, Clea Koshar?

-Sí -la respuesta fue firme.

-¿Por qué? -Y la contestación fue rápida.

Catham giró ligeramente la cabeza y la luz se reflejó sobre el plástico transparente de la mejilla. La porción del rostro que era carne móvil sonrió y ante ella la mirada directa de Koshar vaciló.

-No es una pregunta justa -dijo Koshar-, ¿ no es así? No sé. Desde ese... segundo en que todos nosotros... bueno, usted sabe. Yo creo que toda la gente ha estado diciendo cosas, preguntando cosas, e incluso contestando a cosas que no hubieran hecho normalmente.

El desconcierto, pensó Clea. ¿Por qué tenían que hablar todos de ese momento oscuro de contacto que había envuelto al imperio en un manto de desconcierto en el segundo final de la guerra? Había deseado que su padre fuera diferente. No era desconcierto por lo que se había visto, sino por la novedad de la experiencia.

-"¿Por qué?" nunca es una pregunta injusta -dijo Catham-. En parte es por lo que vimos en ese
momento.

Catham hablaba sin miedo. Esa era una de las razones por las cuales Clea lo amaba.

-Porque hemos conocido el trabajo de cada uno. Y porque durante ese momento conocimos la mente de cada uno. Y porque somos las dos personas que somos, ese conocimiento nos servirá para el corazón y también para el alma.

-Está bien -dijo Koshar-. Cásense. Pero...

Clea y Rolth se miraron, y entre ellos saltaba una sonrisa y una semisonrisa.

- ¿Pero por qué quieren irse?

La gravedad volvió a los rostros, que miraron al anciano.

-Clea -dijo Koshar-. Clea, has estado lejos de mí durante tanto tiempo. Te tuve cuando eras una niñita. Pero luego estuviste mucho tiempo en la isla University, y después de eso volviste y quisiste vivir sola, y yo te dejé. Ahora los dos quieren irse nuevamente, y esta vez ni siquiera quieres decirme a dónde vas. -Hizo una pausa- Por supuesto que puedes hacerlo. Tienes veintiocho años, eres una mujer. ¿Cómo podría detenerte? Pero, Clea... no sé cómo decirlo. Ya he perdido... un hijo. Y ahora no quiero perder a mi hija.

-Papá -comenzó Clea.

-Sé lo que vas a decir, Clea. Pero aún cuando tu hermano Jon estuviera vivo -y todo hace suponer que está muerto-, aún si lo estuviera, si entrara aquí en este mismo momento, para mí estaría muerto. Después de lo que me hizo, estaría muerto.

-Papá, ojalá no sintieras de esa manera. Jon hizo algo estúpido, torpe, de chiquilín. Era un chico torpe cuando lo hizo y tuvo que pagarlo.

-Pero mi propio hijo, en el penal de las minas, un criminal común... ¡asesino! -la voz se hizo áspera y grave-. Hoy mis amigos tienen la bondad de no mencionármelo. Porque si alguno de ellos lo hiciera yo no podría mantener la cabeza alta, Clea.

-Papá -había una súplica en la voz de Clea-, tenía dieciocho años, estaba lastimado. Me odiaba a mí, a ti... y si es que está vivo en algún lugar, ocho años pueden hacer que el hombre sea muy diferente del niño. Después de ocho años no puedes seguir en contra de tu hijo. Y si ahora no puedes mantener la cabeza alta, quizás eso sea problema tuyo y no tenga nada que ver con Jon. -Clea sintió la mano de Rolth sobre su hombro, una suave advertencia de que el tono de la voz, sino las palabras, estaban entrando en el peligroso terreno del ultraje, como partículas moviéndose en un campo de energía, azarosas e impredecibles. Desistió.

-No lo perdonaré -estaba diciendo su padre. Apretaba las manos con fuerza-. No puedo perdonarlo. -Koshar apartó la mirada de su hija, concentrándola en su regazo- No podría. Me sentiría demasiado avergonzado...

-¡Papá! -había desistido del ultraje, y la palabra llegaba con todo el amor que sentía por él. Vio que el padre tenía el cuerpo, la espalda, el cuello, los brazos, los dedos trabados en curvas autoprotectoras- ¡Papá! -dijo nuevamente, y le extendió la mano.

Las curvas se quebraron, las manos se separaron, alzó la mirada. No le tomó la mano, pero dijo:

-Clea, dices que tienes que irte y dices que no quieres que nadie sepa dónde estás. Te amo y quiero que tengas todo lo que deseas. Pero al menos... cartas, o algo. Así sabré que estás bien, así sabré...

-No pueden ser cartas -dijo ella. Pero luego agregó rápidamente-: Pero sabrás.

-Tenemos que irnos, Clea -dijo Catham.

-Adiós, papá. Y te quiero.

-Te quiero -dijo él, pero ya estaban transponiendo las amplias puertas de la casa.

-Ojalá pudiera decirle -dijo Clea cuando llegaron a la puerta del frente-, decirle que Jon está vivo, decirle por qué tenemos que irnos secretamente.

-Lo sabrá pronto -dijo Catham- Todos lo sabrán.

Clea suspiró.

-Sí, lo sabrán, es verdad. La gran, la monstruosa computadora de Telphar les permitirá saber. Si quisieran, todos podrían saberlo ahora, pero

están demasiado desconcertados. Rolth, durante tres mil años todos han tratado de encontrar una palabra para diferenciar al hombre de los otros animales; algunos de los antiguos lo llamaban animal que ríe, algunos animal moral. Bueno, yo me pregunto si no es animal desconcertado, Rolth.

Su futuro esposo rió, pero con un humor a medias. Luego dijo:

-Te lo he preguntado cientos de veces, Clea, pero es tan difícil de creer: ¿estás segura de aquellos informes?

Ella asintió.

-Los únicos que los han visto son un puñado de personas íntimamente implicadas en la construcción de la computadora. A mí me permitieron entrar por pura casualidad, más por esa mezcolanza final en el palacio que por otra cosa. Pero me descompone, Rolth, me descompone tener algo que ver con ese monstruo -cuando pasaron del balcón sombreado a la calle flanqueada por columnas Clea dejó escapar un suspiro- Y tuve que pasar por la culpa de todo ese asunto, ¿no es verdad? -Era una pregunta que no necesitaba más que la reafirmación de la mano de él apretando
su mano- Rolth, han intentado desarmarla cuatro veces. Pero no resultará. De alguna manera se protege a sí misma. Apenas pueden acercarse.

Clea se volvió, saludó al padre con la mano y continuó su marcha.

-Cómo, no preguntaré -dijo Rolth- Tiene todo el equipo fuera de uso, armamento, etc., etc. bajo control para una guerra a pleno. Pero, "¿por qué?", Clea. Tú eres matemática. Tú conoces a las computadoras.

-Pero tú eres el historiador -respondió ella-, y las guerras son de tu ámbito -miró una vez más en dirección a la figura diminuta que todavía los saludaba con la mano desde el balcón- Me pregunto cuánto tiempo le llevará a él... a ellos aprender.

-No sé -dijo él- No sé.

En lo alto, la cinta de paso dejaba una delgada marca negra de un lado al otro del cielo.

Cuando el viejo Koshar, en el balcón verde, los vio desaparecer suspiró. Luego hizo algo que no había hecho durante mucho tiempo. Entró, llamó al servicio de taxis, se puso ropas discretas y se alejó rápidamente por las calles céntricas de la ciudad en dirección al litoral. Permaneció silenciosamente en los alrededores mientras el lanchón zarpaba con la tanda de trabajadores vespertinos que iban a los acuarios Koshar.

Mientras estaba parado en la esquina pasó rugiendo un vehículo con la inscripción "Hidropónicos Koshar" en grandes letras verdes sobre los costados de aluminio. Se detuvo ante un edificio, el más limpio y alto de la zona: eran las oficinas de las Fibras Sintéticas Koshar.

Más tarde, mientras caminaba por una de las callecitas sucias y angostas de la Olla del Diablo, se detuvo frente a una de las casas que combinaban la taberna con el alojamiento. Estaba sediento, hacía calor, de modo que entró. Aparentemente unas cuantas personas habían tenido la misma idea, y conversaban animadamente en el bar. Junto a él, una voz amistosa dijo:

-Hola viejo. Es la primera vez que lo veo.

La mujer que le había hablado desde una mesa, cercana a los cincuenta, tenía una marca de nacimiento en un costado de la cara.

-Es la primera vez que vengo -dijo Koshar.

-Supongo que eso lo explica -respondió Rara-. Siéntese. -Pero Koshar ya se dirigía al bar. Pagó un
trago, luego regresó, preguntándose a dónde ir, y vio a la mujer que estaba sentada junto a la puerta.- Sabe, hace mucho tiempo acostumbraba a pasar muchas horas en esta zona. Sin embargo no recuerdo este lugar.

-Bueno, yo estoy aquí desde hace más o menos un mes —explicó Rara-. Recién conseguí mi permiso. Estoy tratando de fomentar un buen negocio. En asunto de negocios ser amistosos es realmente importante, sabe. Espero verlo por aquí a menudo.

-Umm -dijo Koshar y sorbió un líquido verde.

-Hace unos años traté de instalarme en un lugar. Era de un amigo mío que se murió. Pero fue justo cuando empezaron los malis y en una sola noche destruyeron todo. Ahora, recién empecé hace un par de semanas y ya he tenido problemas. Esta mañana entraron por la fuerza, esos pandilleros. Por supuesto, cuando uno los necesita nunca encuentra un policía. Mataron a una muchacha. -Sacudió la cabeza.

En el bar había comenzado una discusión. Rara miró, frunció el ceño y dijo:

-¿Y ahora, qué es todo eso?

Un hombre flaco y nervudo, con la cara agrietada por el viento y la arena hablaba en voz alta, mientras una mujer permanecía a su lado, con los ojos verdes fijos en la cara del hombre. Pero él miraba a otro hombre.

-No -decía. Hizo con la mano un gesto brusco, disgustado-. No, está podrido. Podrido.

-¿Quién eres para decir que está podrido? -rió alguien.

-Les diré quién soy. Soy Cithon, el pescador. Y ella es mi esposa, Grella, una tejedora fina. ¡Y decimos que toda esta isla de ustedes está podrida!

La mujer apoyó las fuertes manos sobre el hombro del marido, implorando silencio con la mirada.

-Y déjenme decirles algo más. Yo vivía en la costa del continente. Y tenía un hijo: hubiera sido tan buen pescador como yo. Pero lo sedujo la podredumbre de esta isla. Ustedes lo hicieron morir de hambre en el continente y luego lo arrastraron aquí con la cuestión de los acuarios y de la cría de peces. Bueno, nosotros lo seguimos. ¿Y dónde está él ahora? ¿Están haciéndolo sudar a muerte en los acuarios? ¿O anda por ahí con alguna de esas bandas de pandilleros? ¿O quizá se está sacando la buena sal marina de su cuerpo en los jardines hidropónicos? ¿Qué han hecho con él? ¿Qué han hecho con mi hijo?

-Malditos inmigrantes -murmuró Rara-. Espere un segundo, ¿quiere? - Se puso de pie y se dirigió al
bar. La esposa del pescador estaba tratando de llevarselo, y Rara la ayudó. El hombre se había puesto realmente grosero.

Rara volvió limpiándose las manos en la falda.

-Inmigrantes -repitió y se sentó-. No estoy hablando en contra de ellos; algunos son buena gente; algunos no son tan buenos. Pero algunos son locos como ése. Extraño, esa mujer me pareció muy conocida; como la que una vez eché del umbral de mi casa –rió- Pero todos esos pescadores de ojos verdes son iguales. Oh, ¿se va? Bueno, regrese pronto. Este es un lugar realmente amistoso.

Afuera, Koshar se detuvo frente al cerco de madera, sucio por los restos de afiches arrancados. En medio de los restos de contraseñas borroneadas alguien había garabateado con tiza roja:

"Usted está atrapado en ese Brillante Momento en el que Conoció su Sentencia."

La forma irregular de las letras (o quizás eran las palabras mismas, las palabras metálicas que chocaban contra las labiales suaves, como las monedas en el juego de matrices) le provocaron una sensación extraña.

El viejo Koshar retomó su camino, con el corazón casi destrozado.

A un universo de distancia, la arena blanca se arremolinaba en las dunas.

¿Qué es la ciudad?

Es un lugar donde el tiempo pasa como si fuera otra cosa. Es un lugar donde los movimientos mecánicos de resortes, ruedas dentadas y engranajes podrían llegar a detenerse. Y lo mismo vale para un reloj de sangre, hueso, músculo y nervio. Aunque la velocidad del resplandor físico del fotón contra el fotón sea normal, si no acelerada.

-¿Pero por qué este imperio aislado de la Tierra es tan importante?

-¿Están tan avanzados tecnológicamente que este papel sobre los Campos Aleatorios nos dará un arma para derrotar al Señor de las Llamas?

-¿Este trabajo histórico nos predecirá la realización de nuestra propia gran guerra?

-¿Existe algún otro arte entre todas nuestras culturas que enseña tanta compasión, que fije el lugar de la vida en el universo con tanta brillantez como estos poemas?

Una veintena de mentes, con palabras y estilos propios, formaban una barrera de confusión. Como respuesta llegó una tríada de risas.

Los terráqueos son importantes porque el Señor de las Llamas está ahora entre ellos, y "ahora" es una traducción inexacta del reverberante concepto de tiempo trans-seccional, ínter-galáctico en el cual se hayan implicados los diseños de pasado y futuro. Y si esos terráqueos llegan, el hecho mismo de su llegada anunciará nuestra victoria sobre el Señor de las Llamas, y no habrá necesidad de estudiar sus documentos, excepto para vuestro propio progreso. Si ellos no llegan, entonces estamos derrotados.

La confusión existente se convirtió en preocupación.

*Verán por qu*é, dijo la voz triádica. El sol doble caía sobre el horizonte y la ciudad estaba en silencio.

CAPÍTULO DOS

-Echa la cabeza hacia atrás.

Él echó la cabeza hacia atrás.

-Ahora levanta las rodillas y rueda hacia atrás.

Rodó, sintiendo la contorsión del peso que iba desde las muñecas hasta los hombros tensos. Bajó los pies lentamente y los dedos rozaron la alfombra de esterilla.

-Bien -dijo ella.

Se descolgó de los anillos.

-¿Piensas que es suficiente por hoy? -preguntó él, sonriendo.

-Más que suficiente -dijo ella-. No quieras trabajar demasiado con esto, Jon. Eso tampoco es bueno. Que sea algo natural. Ya lo haces magníficamente. ¿Dónde adquiriste esa coordinación?

Jon abandonó la esterilla y se encogió de hombros.

-Los músculos son resultado de cuando estaba en la cárcel y extraía el tetrón en el penal de las minas. El resto... no sé.

-Realmente me sorprendes -dijo Alter-. Te has aplicado a esta cuestión de los tumbos de una manera impresionante. Y así se progresa más.

-Es algo que quería aprender -dijo él-. No me gusta ser torpe. Tomemos una ducha y luego vamos a
comer algo.

-Muy bien -Alter sonrió.

Abandonaron el gimnasio y caminaron por una galería de mosaicos en dirección a las duchas mientras que en dirección opuesta venía un grupo de adolescentes en traje de baño. Una muchacha, de cuerpo firme y frente angosta, arrojó una toalla a un joven extraordinariamente alto con cara chata y equina. Los otros rieron y continuaron la marcha.

-¿Has visto nadar a esa muchacha? -preguntó Jon-. Al mirarla no lo creerías, pero desarrolla una
velocidad fantástica.

-La vi esta mañana desde el puesto de observación -dijo Alter-. Tienes razón. Esas cien yardas fueron más que sorprendentes.

En ese momento pasaron dos muchachos caminando perezosamente. Uno de ellos tenía rasgos pequeños, marcados por el acné. Ellos también miraban a los nadadores.

-Malditos extranjeros -murmuró uno, mientras se le endurecía la expresión.

-Hay que agarrarlos a la noche, cuando andan dando vueltas por la Olla del Diablo -dijo el otro con
desprecio e hizo un gesto aplastando el puño sobre la baldosa.

Jon y Alter intercambiaron miradas de preocupación y se separaron junto a las duchas.

Diez minutos después, la piel caliente y húmeda y el pelo empapado, Jon salió y se mezcló con el gentío. A la luz del sol se entrechocaban chorros de agua que salían de una fuente de aluminio. Alter ya estaba allí. Mientras esperaba, movía los hombros desnudos y bronceados, las largas piernas y los pies calzados con sandalias. Una brisa le enfriaba la cara y él vio como se le agitaban mechoncitos de cabello blanco.

Junto a la fuente se detuvo una pareja, miraron la base, frunciendo el ceño y siguieron caminando. Cuando también la alcanzó él, frunció el ceño.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-¿Dónde? -ella se volvió para mirar. Una mueca de sorpresa le rodeó los ojos claros-. ¡No lo había visto antes!

Sobre la superficie de metal opaca alguien había escrito con cal:

USTED ESTA ATRAPADO EN ESE BRILLANTE MOMENTO EN EL QUE CONOCIÓ SU SENTENCIA

-¿Y eso qué significa? —preguntó Alter.

Jon lo leyó una vez más.

-No sé. Pero me produce una sensación extraña.

En algún lugar se produjo un zumbido.

En medio del gentío, una persona alzó la vista, luego tres: luego tres docenas de ojos se alzaban al cielo quejumbroso.

Por encima de la cinta de paso, dos, luego tres, luego cuatro rayos de plata atravesaron las nubes.

-¿No están terriblemente bajos? -dijo Jon.

-¿Los aviones de exploración? -sugirió Alter.

De una de las naves cayó un pequeño haz de luz. Al golpear se produjo un relámpago silencioso entre las torres de la ciudad. Segundos más tarde llegó el sonido y con él la represión ya no fue posible y estalló la gritería.

-¡Qué…! -comenzó Alter.

El sonido continuó durante cinco segundos, un rugido ensordecedor.

-¡Es el ministerio de guerra! -gritó Alter.

-Era el ministerio de guerra -dijo Jon-. ¿Qué diablos pasó?

Un trozo de mampostería ardiente, restos de la torre, se agitaba sobre los edificios. La muchedumbre entró en un estado de caos.

-Vamos -dijo Jon-. ¡Vayámonos!

-¿A dónde vamos? -preguntó Alter.

-A comer algo, a sentarnos y a conversar.

Se dirigieron a una calle lateral. Cuando llegaron a la esquina, el altavoz comenzó a murmurar:

Tengan calma ciudadanos. Tengan calma. Acaba de ocurrir un grave accidente en el Ejército. A causa de un grave error, un grupo de aviones de Telphar que llevaban una alta carga de explosivos salieron de funcionamiento por una falla en el mecanismo del programa de desarme...

Cuando entraron en el restaurante, ya había comenzado la distribución de los cuerpos de los heridos.

La ventana del frente del lugar que eligieron constaba de dos discos de vidrios multicolores de un metro veinte que rotaban lentamente en direcciones opuestas dirigidos por un mecanismo oculto, que proyectaba dibujos de tonos pastel sobre el mantel de la mesa.

-¿Qué crees que ocurrió? -preguntó nuevamente Alter.

Jon se encogió de hombros.

-Una explosión accidental.

-Es raro que una cosa así sea accidental -dijo Alter.

Jon asintió.

Se produjo un disturbio en la entrada del restaurante y los dos alzaron la vista.

Acababa de entrar una mujer de abundante cabello rojo. El hombre que estaba con ella medía un poco más de dos metros. Aparentemente el dueño del restaurante no quería que el gigante se sentara: un ejemplo de una actitud que se hacía cada vez más común con respecto a los guardianes del bosque y a los rollizos neoneanderthales desde el momento en que los soldados fueron dados de baja. El dueño se disculpó con gestos explicatorios:

—Ya está todo lleno... mis otros clientes podrían no... quizá los reciban en otro lugar... -La mujer se puso molesta. Se tocó la solapa, la dio vuelta y mostró la insignia.

El dueño se detuvo en la mitad de la oración, se llevó las dos manos a la boca y susurró a través de los dedos regordetes:

-Oh, Su Gracia, no tenía idea de que fuera... Lo siento terriblemente... No me di cuenta de que era un miembro de la familia...

-Nos sentaremos con aquella pareja -dijo la duquesa.

Junto con el guardián del bosque cruzaron la habitación en dirección a la mesa de Alter y Jon.

El dueño los precedía como una babosa impulsada por un motor diesel.

-Su Gracia, la Duquesa de Petra, quiere saber si serían tan amables de permitir que ella y su acompañante...

Pero Jon y Alter ya se habían puesto de pie.

-Petra, Arkor -gritó Jon-, ¿cómo están? ¿Qué hacen aquí? -Alter se hizo eco de los saludos.

-Estamos siguiéndolos -respondió brevemente la duquesa-. Los perdimos en el Gimnasio Público y luego los descubrimos dando vueltas en medio de toda esa confusión.

-¿Qué... puedo servirles? -se atrevió el dueño. Hicieron el pedido, el hombre se fue y el interés de los comensales se diluyó al ver que había terminado el altercado.

-¿Para qué nos quieres, Petra? -preguntó Jon. La miró de cerca y vio que la duquesa tenía una expresión de cansancio.

-La guerra –dijo-. Nuevamente la guerra.

-Pero la guerra terminó -dijo Alter.

- ¿Sí? -dijo Petra-. Pero puede ser demasiado tarde.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Jon.

-¿Vieron la explosión "accidental" de hace unos minutos?

Jon y Alter asintieron.

-Primero, no fue accidental. Segundo, va a haber muchos "accidentes" más, a menos de que hagamos algo.

-Pero... -comenzó Alter-, no hay enemigo.

-La computadora -dijo la duquesa-. Acaban de llegar los informes. Los vi sólo en mi función de consejera del Rey Let. ¡Aparentemente la computadora que dirigía la guerra está fuera de control! Los circuitos de auto-reparación

se han apropiado de los radiocoordinadores para apoderarse de cualquier equipo por medio de los controles automáticos. Hasta ahora únicamente se ha defendido de la unidad desactivante. Pero hoy lanzó su primer ataque sobre Toromon.

-¿Cómo? -quiso saber Jon.

-El informe viene acompañado de una explicación muy imprecisa. Recuerdan que la máquina controlaba en forma semihipnótica a miles y miles de cerebros, y registraba todos los detalles. Aunque mató a cientos de hombres, todavía conserva en su memoria esos registros mentales. Todos los modelos de muerte y de guerra fueron quitados de las mentes de las víctimas e internalizados por los circuitos. El resultado fue la explosión del ministerio de guerra. Parece que ahora pasa largos períodos de inactividad resumiendo la información. Pero su actividad va en aumento y al final... —se detuvo.

-De modo que todavía estamos en aprietos -dijo Jon al cabo de un momento-. Sólo que esta vez en la imagen de un espejo almacenada en la memoria de una máquina.

-¿Qué pasa con nuestro furioso amigo de la galaxia, el Ser Triple? -preguntó Alter. Miró a su alrededor, sintiéndose extraña al mencionar la fuerza conocida (si es que existía en verdad) sólo por ellos cuatro-.Siempre nos prometió ayuda si nosotros lo ayudábamos, y sin duda lo hicimos.

-Pero no sabemos nada de ellos -dijo Arkor-. Lo único que puedo pensar es que cuando se declaró la paz y el Señor de las Llamas fue arrojado de la Tierra, el interés que tenían en nosotros dejó de existir. Cualquier cosa que hagamos ahora, tendrá que ser por nuestra propia cuenta.

-Pero vamos a necesitar ayuda -dijo la duquesa-. Siento que si pudiéramos encontrar...

Los tocó, aunque sutilmente, registrándose en un nivel que no era el de la percepción, de modo que la luz verde de la ventana que se reflejaba en la platería retuvo por un momento el débil aleteo de los escarabajos, la rejilla de cobre del ventiladero fue por un momento del mismo rojo que el carbunclo pulido y la vacilación general fue una débil red de fuego de plata; habían sido tocados los cuatro, tres de ellos con la presencia del Ser Triple; y sin embargo uno de los cuatro...

-... que si pudiéramos encontrar a tu hermana, la doctora Koshar, podría ayudarnos mucho. Trabajó un tiempo con la computadora y tiene que conocerla: tiene exactamente la clase de cerebro que podría solucionar este problema.

-Otra persona a la que haríamos bien en consultar -dijo la voz mesurada del gigante telépata- es Rolth Catham. Una guerra es una necesidad histórica; estoy citándolo a él, y él tiene mayor comprensión de las influencias históricas y económicas sobre Toromon que cualquier otra persona.

Los otros, que habían consultado antes a Catham, asintieron y durante medio minuto hubo silencio.

- ¿Sabes -dijo Jon- a quién me gustaría encontrar, Alter?

-¿A quién?

-A la persona que escribió eso en un costado de la fuente.

-Me he estado preguntando -dijo Alter-, quién inventó eso -se dirigió a Petra- era casi como un verso que alguien garabateó sobre la fuente que está frente a la Plaza del gimnasio.

-"Usted está atrapado en ese brillante momento en que conoció la sentencia" -dijo la duquesa.

-Sí, eso es -dijo Jon-. ¿Lo viste en la fuente cuando nos buscabas en el gimnasio?

-No -parecía confundida-. Alguien lo escribió esta mañana en la pared que está junto al cerco del palacio. Pero me quedó grabado. Eso es todo.

-Me parece que un par de personas ha estado escribiendo -dijo Alter.

-Me gustaría encontrar al que lo escribió primero -dijo Jon.

-Bueno, antes de eso, Jon, veamos si podemos encontrar a Catham y a tu hermana -dijo la duquesa.

-¿Por qué, hay algún problema? –preguntó Alter. La joven acróbata se echó hacia atrás el cabello de plata. En el rostro bronceado los grandes ojos azul grisáceos parpadearon- ¿Podríamos encontrarlos ya mismo en la isla University, verdad?

Entonces habló Arkor.

-Ayer a la mañana Rolth Catham renunció a la presidencia del Departamento de Historia de la Universidad de Toromon, partió para Toron esa tarde y no dejó ninguna indicación acerca de sus planes.

-¿Y mi hermana, la doctora Koshar? -preguntó Jon.

-Abandonó su empleo en el grupo científico gubernamental -dijo la duquesa- también ayer a la mañana. Después de eso, nadie puede decir dónde están.

-Quizá mi padre sepa dónde está ella.

-Quizá -dijo la duquesa-. No hemos querido preguntarle sin hablar contigo primero.

Jon se recostó en la silla, se miró las piernas, luego alzó la vista.

-Ocho años –dijo-, ocho años que no veo a mi padre. Me parece que ya es hora de que vaya.

-Si prefieres... -comenzó la duquesa.

Jon alzó rápidamente los ojos negros, inclinando la cabeza a un lado.

-No, quiero ir. Él me dirá dónde está mi hermana... si es que lo sabe -de pronto se incorporó- ¿Me disculpan, por favor? -apartó la silla de la mesa, se dirigió hacia la salida del restaurante y se fue.

Los tres que quedaron en la mesa lo miraron, luego se miraron entre sí. Al cabo de un momento la duquesa dijo:

-Jon ha cambiado últimamente, ¿no es así?

Alter asintió.

-¿Cuándo empezó el cambio? -preguntó Petra.

-En ese brillante... -hizo una pausa, soltó una risita- Estaba por decir "en ese brillante momento en el que conoció..." -el recuerdo le arrugó la cara- Fue al día siguiente cuando me pidió que le enseñara a dar saltos. Y últimamente ha mencionado muchísimo al padre. Creo que esperaba un motivo para ir y verlo -se volvió a Arkor-. ¿Qué supo Jon cuando todos nos conocimos recíprocamente? Hasta ahora ha sido siempre tan tranquilo, una persona tan profunda. Todavía no es lo que uno llamaría conversador, pero... bueno, está trabajando mucho con los saltos. Al principio le dije que tenía demasiada edad para hacer las cosas bien, pero está progresando, creo.

-¿Qué fue lo que supo? -Ahora era la duquesa que preguntaba.

-Quizá -dijo el telépata-, supo quien era.

-Dices "quizá" -dijo Petra.

El gigante asintió.

-Ojalá vaya todo bien -dijo Alter-. Ocho años es mucho tiempo para continuar con rencores. Petra, Arkor, cuando uno enseña a alguien algo físico, nada más que por los movimientos de su cuerpo uno conoce cómo se siente, qué lo hace suspirar profundamente cuando está contento o qué lo tironea de los hombros cuando tiene miedo; y con sólo mirar a Jon durante estos dos últimos meses... Bueno, ojalá todo vaya bien.

-Tú y la doctora Koshar se conocían mucho -dijo la duquesa, inclinándose sobre la mesa-. ¿Tienes alguna idea de dónde pudo haber ido?

Alter alzó la vista.

-Es exactamente eso –dijo-. Hasta ese momento estuvimos siempre juntas, hablando, riéndonos por algo. Luego desapareció. Al principio pensé que se había ocultado tal como lo había hecho cuando la conocí. Pero no, recibí algunas cartas, no había abandonado el trabajo; su nueva teoría del campo la hacía feliz, y pensé que finalmente comenzaba a sentirse en paz consigo misma. Según la última carta esto es lo que ha ocurrido. Pero no ha habido otra, y este asunto de que haya dejado el trabajo, me parece raro.

-Casi tan raro -musitó la duquesa con aire ausente- como un país en guerra con su imagen especular
apresada en la memoria de acero de una máquina.

CAPÍTULO TRES

¿Qué piensa uno cuando está a punto de ver a su padre después de cinco años de cárcel y tres de aventuras traidoras? Jon se preguntaba eso: la respuesta era un miedo profundo en la garganta que le retardaría el paso, que le tiraría de la lengua cuando intentara hablar. Mientras caminaba por las calles céntricas de la ciudad regresaron otros miedos. Estaba aquel innombrable de la niñez, que tenía que ver con la cara de una mujer que podría haber sido la cara de su madre, y con un hombre que probablemente fuera su padre, pero era algo difuso. A los dieciocho años había pasado una semana de miedo, comenzando por un ridículo desafío hecho por un amigo desleal que resultó ser el último rey de Toromon (y ahora se preguntaba por qué había aceptado el desafío si provenía de otro muchacho) y terminando con un pánico torpe, un toque de la espada flamígera de Jon y la muerte del guardia del palacio que lo perseguía. Luego hubo cinco años de prisión (la sentencia era a perpetuidad, no a cinco años), años de ira, humillación y odio hacia los guardias, hacia el deficiente equipo de las minas, hacia las calurosas horas bajo tierra, con rocas que le raspaban las manos, por el sonido de los helechos altos que le rozaban el uniforme tieso de suciedad cuando caminaba de un lado al otro al amanecer y al atardecer; pero la única vez que en la prisión el miedo se había mostrado sin disfraz fue cuando comenzaron las conversaciones acerca de la fuga, llenando la noche de murmullos que iban de camastro en camastro, pronunciadas a espaldas de un guardia en los infrecuentes períodos de descanso que puntuaban su labor subterránea. No era miedo al castigo, sino a las conversaciones mismas, a algo incontrolable, a lo pequeño y no planeado en la apretada trama de la vida en prisión, floreciendo en un momento de indisciplina, en

un libre intercambio de miradas, en los murmullos de los cuartos de baño. Había atacado a este miedo de modo diferente, uniéndose a los planes, ayudando, cavando con las manos hasta deshacerse las uñas, contando los pasos que daba un guardia desde la oficina hasta la cabina del centinela en el límite del área de la prisión. Cuando terminaron los planes, sólo quedaban tres hombres: él había sido el más joven, agazapado bajo la llovizna junto a los escalones de la prisión militar, esperando la libertad.

Durante la huida, en la oscuridad, con la vegetación húmeda que le golpeaba la cara, no hubo miedo. No había tiempo para el miedo. Había culminado y explotado en su cerebro como filosas hojas de cristal en un líquido congelado, después que perdió de vista a los otros dos, después que se alejó del bosque y caminó demasiado cerca del límite de la barrera de radiación, después que vio las espirales de Telphar ennegrecidas al amanecer, cuando, inesperada, imprevistamente, sin posibilidad de defensa física o mental, a través de un universo de distancia, fue atacado desde una estrella.

Luego llegó la aventura. Hubo peligro y se había fatigado, pero no había tenido el miedo que tenía ahora. Este pequeño vacío blanco era el negativo de la mancha negra de terror de una niñez que recordaba a medias.

Subió los conocidos escalones de la casa de su padre y se detuvo ante la puerta. Mientras llevaba el pulgar a la cerradura pensó: ¿la libertad está del otro lado de esta puerta?

Hacía tiempo que la cerradura había registrado las líneas y espirales del pulgar; la madera oscura cedió y Jon entró en el salón. Se preguntó si su padre habría cambiado tanto como él. Si los hábitos de trabajo seguían siendo los mismos, si estaría trabajando en el comedor de la familia.

Jon pasó junto a las paredes cubiertas por paneles azules, junto al cronómetro familiar empotrado en el piso (el cristal había sido reemplazado desde que lo vio por última vez), pasó junto al recodo de la galería que tenía el extraño efecto de una cámara de susurros, en la cual uno podía permanecer a nueve metros de distancia, escondido en un rincón, y escuchar cualquier conversación, aún en un tono muy bajo, pasó junto al cuarto de vestir, junto a la puerta que daba a la sala de trofeos (la madera del revestimiento, antes astillada, había sido reparada) y entró en el salón de baile. Alto, en penumbras, se extendía ante él en dirección a la escalera alargada, como las olas de un cisne, que caía a modo de cascada desde el balcón interior. Apoyó el talón de las sandalias, suave, firmemente, y por un momento pensó que sus propios fantasmas lo seguían hacia el comedor.

La puerta estaba cerrada. Golpeó, y una voz dijo:

-¿Quién es? Entre.

Jon abrió la puerta. Y cientos de relojes comenzaron a latir.

Sorprendido, el hombre corpulento y de cabello blanco levantó la cabeza.

-¿Quién es usted? Di instrucciones de que no se le permitiera entrar a nadie sin...

-Padre -dijo Jon, pensando: ¿Lo estoy diciendo o lo estoy preguntando?

Koshar se echó atrás en la silla, la expresión se oscureció.

-¿Quién es usted y qué está haciendo aquí?

-Padre -dijo Jon nuevamente, pensando. La certeza pende ante él como una luz resplandeciente y él se echa atrás, con miedo-. Padre, soy yo, Jon.

Koshar nuevamente se adelanta en la silla y deja caer sobre el escritorio el peso de las dos manos.

-No.

-He regresado para verte, papá -dice Jon, pensando: aunque sea negándolo, me ha admitido. Mientras permanecía frente al escritorio, el hombre anciano que era su padre levantó la cabeza y movió lentamente las mandíbulas, como si paladeara las palabras posibles y las encontrara insípidas.

Finalmente dijo:

-¿Dónde has estado, Jon?

-Yo... -Entonces todas sus percepciones se volvieron hacia adentro, y con la misma claridad con que había estado observando a su padre contemplaba las emociones caóticas que habían explotado en su interior; deseaba intensamente llorar, como un niño pequeño perdido y encontrado en la oscuridad, o como un hombre perdido que se reencuentra así mismo en la luz. Junto a él había una silla, de modo que se sentó, y eso le ayudó a contener las lágrimas.-... he estado ausente durante mucho tiempo, en muchos lugares. La cárcel, supongo que lo sabes. Luego al servicio de la Duquesa de Petra durante tres años, corriendo aventuras, creciendo muchísimo. Ahora estoy de vuelta.

-¿Por qué? -Koshar sacudió la cabeza, la sacudió como si le hubieran golpeado la columna vertebral con un mazo- ¿Por qué? ¿quieres ser perdonado, para que yo me avergüence y no pueda mantener la cabeza alta ante mis amigos, ante mis socios?

Jon permaneció un momento en silencio. Luego dijo:

-¿Tú también has sufrido?

-¿Si yo sufrí...?

-Durante cinco años -dijo Jon, con más suavidad de lo deseado- vi la luz del sol menos de una hora por día, fui gritado, golpeado; en la oscuridad de neón de los pozos de tetrón la violencia del esfuerzo requería músculos que yo no sabía qué tenía. Me desollaba las manos en la piedra. ¿Sufriste?

-¿Por qué volviste?

-Volví para encontrar mi... -hizo una pausa. De pronto el resentimiento dio una vuelta-. Volví para pedirte que me perdones por haberte hecho daño... si es que puedes.

-Bueno, yo... -El viejo Koshar comenzó a llorar. Comenzó con el sonido seco de un hombre que no está acostumbrado a las lágrimas, pero el sonido se llenó como una cisterna ante una represa agrietada.- Jon -dijo-. Jon.

Jon rodeó el escritorio y abrazó con fuerza los hombros de su padre, pensando: lo peligroso lo hacemos por instinto, por confianza en el entrenamiento; y lo más difícil se hace rápidamente, caminando por una calle familiar en dirección a una puerta familiar, en ese momento en que debemos retroceder para poder avanzar.

-Papá –dijo-. ¿Dónde está Clea? Vine también para hablar con ella.

Koshar suspiró entre sollozos.

-¿Clea? Se ha ido.

-¿A dónde se ha ido?

-Se fue con el profesor de historia de la Universidad.

-¿Catham?

-Ayer se casaron. Les pregunté a dónde iban, pero no me lo dijeron. No podían decírmelo.

-¿Por qué?

Koshar sacudió nuevamente la cabeza.

-No podían decírmelo.

Jon se puso del otro lado del escritorio, se sentó y se inclinó hacia su padre.

-¿Tampoco te podían dar un motivo?

-Así es. Es por eso que ahora me puse tan mal contigo. Pienso mucho, Jon. No me gustaba pensar en ti, en las minas, y en mí, lejos de donde tú te rompías la espalda por sacar el mineral de la tierra. Eso me desconcertaba más de lo que todos mis amigos podían suponer -Koshar bajó la vista, la alzó.- Hijo, estoy tan contento de verte -extendió la mano sobre la mesa y con la otra sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la cara.

Jon apretó la mano de su padre.

-Estoy contento de verte, papá. -Así como una hoja corta la barra giratoria de un torno hasta que la punta roma se convierte en una puntiaguda, así la confusión roma de Jon llegó súbitamente a un punto de agudeza tal que lo recorrió con la precisión de una punta bien definida.

El padre sacudió nuevamente la cabeza.

-Toron es un pequeño mundo muy moral, muy apretado –dijo- Lo sé desde que era un muchacho, y al hacer uso de esta más que de cualquier otra información me ayudó a convertirme en una persona rica. Sin embargo, me atrapó y me mantuvo alejado de ti.

-En el mundo hay mucha violencia, papá -dijo Jon-. Espero que no choque contra tu mundo y lo destruya.

Su padre lanzó un pequeño bufido.

-No hay más violencia afuera que la que hay adentro. Si en aquel momento aprendí algo fue eso.

En el comunicador de escritorio parpadeó una luz amarilla. Koshar apretó un botón y una voz delgada y metálica dijo:

-Discúlpeme, señor, pero llegó un informe de emergencia del continente. Un vapor cargado de tetrón se detuvo justo antes de llegar a la bahía durante seis horas. El mecanismo de control falló irremediablemente y ni siquiera fue posible pedir ayuda por radio. Mientras estaba varado un grupo de malis de una lancha a motor invadieron el bote, hundieron el mineral y en medio del pánico dos oficiales resultaron muertos.

-¿A qué hora fue eso? -preguntó Koshar.

-Alrededor de las diez de la mañana.

-¿Los malis fueron responsables de la avería del vapor? ¿Era parte del plan?

-No lo creo, señor. El vapor era uno de los viejos barcos de radio control. Esta mañana toda el área resultó cubierta por una increíble interferencia que parece haberse originado en Telphar. Hay rumores de que los militares están teniendo problemas con la Computadora, lo cual puede tener algo que ver con todo esto. Los malis pasaban de casualidad y aprovecharon la situación.

-Ya veo -dijo Koshar-. Verifique directamente con el ejército, quiere, y entérese de lo que está pasando, y si va a pasar otra vez. Mándeme directamente a mí la respuesta.

-Sí, señor -la voz desapareció detrás de un click.

-Malditos piratas -dijo Koshar-. Uno podría pensar que están tratando de arruinarme personalmente

los negocios. No entiendo esa violencia por la violencia misma, Jon. No roban el mineral, simplemente lo hunden y hacen todo el daño que pueden.

-No es fácil entender -dijo Jon. Se puso de pie-. ¿Si Clea se pone en contacto contigo, me lo harías
saber? Es muy importante. Estoy en…

-¿No vas a quedarte aquí? -En la cara de su padre se reflejaba perplejidad y sorpresa- Por favor, Jon; esta casa inmensa ha estado vacía desde que tú y tu hermana se fueron.

-Ojalá pudiera, papá -sacudió la cabeza-. Pero estoy viviendo en el anillo central de la ciudad. Allí
tengo un lugar, es mío. Para mí es más fácil ir a los lugares que tengo que ir desde allí.

La expresión del rostro de su padre se marchitó. Luego floreció una más profunda.

-No era posible esperar que tú regresaras como si nada hubiera pasado —sobre los estantes, los relojes susurraban entre sí.

Jon asintió.

-Te veré pronto, papá. Y hablaremos mucho, y te contaré muchas cosas -sonrió.

-Bueno -dijo su padre-. Eso sí que es bueno, Jon.

Afuera, el sol descendía sobre las torres de Toron, llenando de sombras las calles vacías y profundas del corazón de la ciudad. Jon se sentía al mismo tiempo poderoso y relajado. A medida que se acercaba al anillo central los edificios espectaculares de esa zona de la ciudad daban paso a estructuras más comunes. Aquí la gente iba de un lado al otro, muchos regresaban del trabajo, y de tanto en tanto pasaba algún vehículo. Jon estaba a tres cuadras de su departamento cuando vio algo del otro lado de la calle que lo hizo detenerse.

Descalzo, con los pantalones gastados, una camisa blanca desgarrada en la espalda, el pelo revuelto, un muchacho estaba escribiendo sobre la pared con grandes trazos de tiza: Usted está atrapado en ese brillante momento en que…

-¡Tú! -gritó Jon y cruzó la calle.

El cabello voló hacia atrás, la figura giró, se detuvo, separó los pies, extendió los brazos y se lanzó calle abajo.

-¡Espera! -gritó Jon y corrió detrás. Lo alcanzó a tres cuartos de cuadra, lo hizo girar por un hombro y lo puso contra la pared. Jadeando. Con el antebrazo sostenía al muchacho por el pecho y con la otra mano le agarraba

las muñecas-. No voy a hacerte daño -dijo Jon con calma-. Simplemente quiero hablar contigo.

El muchacho tragó saliva y dijo:

-No sabía que estaba escribiendo su edificio, señor.

-No es mi edificio -dijo Jon, conciente de cuánto mejor vestido estaba él que su cautivo-. ¿Qué estabas escribiendo? ¿Dónde lo viste?

-¿Uuhh? -el gruñido era casi una pregunta.

Jon lo soltó.

-Empezaste a escribir algo en la pared. ¿Por qué? ¿Dónde lo oíste? ¿Quién te lo dijo?

El joven sacudió la cabeza.

-Mira -dijo Jon-. No voy a molestarte. ¿Cómo te llamas?

Los ojos negros se agitaron de derecha a izquierda, luego se detuvieron en la cara de Jon.

-Kino -dijo-. Kino Nlove.

-¿Vives en la Olla del Diablo, no es así?

La mirada de Kino cayó y saltó como un resorte de sus propios harapos a la ropa de Jon y luego a su cara.

-¿Vas para allá?

Asentimiento rápido, de sospecha.

-Haré parte del camino contigo -dijo Jon. Se pusieron en marcha, Kino todavía cauteloso-. Estabas por escribir: Usted está atrapado en ese brillante momento en el que conoció su sentencia. ¿Correcto?

Kino asintió.

-Lo he visto garabateado por toda la ciudad. Debes estar muy ocupado.

-Yo no los escribí -dijo Kino.

-Pienso que no lo hiciste -dijo Jon-. Pero quiero saber de dónde lo sacaste, porque quiero saber quién lo escribió primero.

Kino permaneció en silencio durante unos doce pasos.

-Suponga que yo lo escribí primero -dijo-. ¿Qué significaría para usted?

Jon se encogió de hombros.

-Fui yo quien lo escribió primero -dijo Kino, aunque no esperaba ser creído. Entonces añadió-: No
lo dije primero, pero lo escribí primero. Luego vi un par de lugares por donde había pasado la tiza y que yo no había escrito, y pensé que era realmente extraño.

-¿Por qué?

Kino lanzó una breve carcajada.

-Porque sabía que iba a ocurrir. Sabía que otras personas también iban a empezar a escribir, a pensar, a hacerse preguntas. Y pensé que era el asunto más condenado de Toromon. ¿Usted también se hace preguntas, eh? -la voz se hizo a un tiempo malintencionada y misteriosa-. Sin embargo, no sabía que alguien iba a venir a cachetearme como usted lo hizo.

-No te hice daño -dijo Jon.

-No -Kino se encogió de hombros-. No me hizo daño -entonces lanzó la misma risa corta.

-¿Quién te lo dijo? -preguntó Jon.

-Un amigo mío.

-¿Quién era?

-Un amigo —repitió Kino—. Un asesino, un ladrón, un poeta: durante un tiempo dirigió una pandilla de malis, en la Olla.

-¿Cómo lo conociste?

Kino levantó una ceja negra y espesa.

-Yo estaba en esa pandilla.

-¿Cómo se llamaba?

-Vol Nonik.

-¿Cuándo te lo dijo?

-Ayer a la mañana.

Jon sintió que la curiosidad se agudizaba.

-¿Qué clase de personaje era ese asesino, ladrón, poeta, líder de malis? ¿Y qué lo llevó a decirte eso esta mañana?

-¿Para qué lo quiere saber? -preguntó Kino-. No lo creería.

-No sé por qué -dijo Jon-. Cómo tú dices, es algo que da que pensar. Pero lo creeré.

-Usted es un tipo raro -dijo Kino-. Habla de manera extraña, como un malí, incluso.

-¿Qué quieres decir?

-Quiere conocer cosas raras, creer en cualquier cosa. Eso es lo que hace ser mali a una persona, según Vol. Dice que cuando un tipo sale y hunde la cara en el mundo real, sale enojado, quiere saber cómo funciona y es capaz de creer a cualquiera que le diga cómo, sea verdadero o falso.

-¿Vol Nonik decía eso?

-Sí. ¿De dónde has sacado que esto es real, cerdo?

-¿Qué?

-¿De dónde has sacado toda esa ropa fina, de dónde el hambre te corta la panza y la muerte te dice que no eres libre, cerdo? -Kino se rió una vez más-. Es lenguaje malí, ¿ve?

-Yo estuve en el penal de las minas -dijo Jon-. He vomitado en el pozo, cerdo, y esa lengua que te baila en la cabeza y que llamas lenguaje malí no es más que una charla de viejos carteristas. La jerga de los ladrones ha salido al mundo.

-¿Usted estuvo en el penal? -en la voz de Kino floreció la sorpresa. Palmeó el hombro de Jon con el dorso de la mano-. ¡Gran hombre!

-¿Y qué pasa con Vol Nonik?

-Creo que no va a hacer daño -reflexionó Kino sobre una cutícula mordisqueada-. ¿Usted conoce todo el asunto de los malis?

-Hace mucho tiempo que estuve con ellos -le dijo Jon-. Ni siquiera tenían nombre y esa jerga que anda por ahí era bastante rara. Acabo de escuchar a un par de tipos haciendo bromas con ella.

-¡Oh! Bien, había una vez tres pandillas de malis.

-Vamos, cuenta.

-La gente de esos grupos forman un manojo curioso: un montón de tipos estaban demasiado confundidos hasta para entrar en el ejército; luego había un montón de tipos que eran capaces de abrirse camino antes de que los llevaran a los tanques de la muerte; un hermano menor enloquecido, un primo desubicado y, cerdo -aquí Kino sacudió un puño-, los conseguimos de todas partes de Toromon. Monos y gigantes del continente, niños ricos del centro de la ciudad, un montón de los alrededores y más del medio: ustedes no quieren creerlo, pero estamos creciendo por sobre toda esta tierra muerta. Oh, sí. Y muchachas. -Kino se rió.-Todas ellas cositas dulces y

bonitas a las que no se dejaría ir a la guerra. Muchas bandas tenían un puñado de muchachas que iban con ellos, corrían con ellos, mataban con ellos. Y hay por lo menos tres pandillas que no dejan poste en su lugar. Y en las noches oscuras, en los muelles, hay que cuidarse de las brujas, cerdo.

- ¿Por dónde circula Nonik?

-Por tres grupos -respondió Kino—. El de Vol, conmigo, sabe, y en un grupo dirigido por un mono llamado Jeof. Usted sabe que todos esos monos no están bien de la cabeza, y ellos lo saben, de modo que cuando entran en un grupo piensan que es porque es impresionante. Y el de Jeof era uno de los más impresionantes. El tercero era el grupo de Larta. Era uno de los gigantes del continente. Nadie sabe por qué vino, o qué hacía antes. Simplemente un día cayó a la Olla, la cara llena de cicatrices, y eso fue todo. Algunos juran que ella es capaz de leer la mente. -Kino se pasó la mano sucia por la mejilla izquierda- Tres grupos, ¿se da cuenta? Y una cuadra en la Olla del Diablo, que querían tanto Larta como Jeof. Eso fue una semana antes del Momento. Había un montón de brillo en esa franja: carteristas, jugadores, algunas corridas y empujones y todas esas cosas por las que un mali se arrastra como un gusano y da la vida. Para definir una disputa territorial lo que hacen normalmente es llamar a un tercer grupo que pelea la zona con cada uno de los otros dos, y el que le gana a ese tercer grupo obtiene todos los derechos. Como uno lucha con un adversario desinteresado, la cuestión no es demasiado sangrienta, tampoco aburrida. Si los dos grupos le ganan al tercero, entonces llaman a un cuarto y empiezan todo de nuevo. Bueno, Nonik quedó en el medio. Pelearon y Larta ganó la zona. Sus brujas todavía la tienen. Pero Jeof pidió una lucha de desempate con Nonik. Y de pronto llegó ese Momento en el que todos supimos de la guerra y de cada uno de los otros.

"Después entre los malis pasaron un montón de cosas raras. Vol y otros dos deshicieron sus grupos. Vol había estado saliendo con una chica y la vieja casi se muere con el asunto de los malis. Se conocieron en la Universidad. Ella era artista y algo así como maestra y quería que él siguiera escribiendo y dejara esa cuestión de la violencia. Creo que él también quería eso, porque enseguida que la banda se disolvió se casaron. Al único que no le gustaba esto era a Jeof. Él pensaba que Vol estaba tratando de zafarse de la cuestión y quería el desempate. Entonces otra pandilla aplastó a la de Jeof y también lo culpó a Vol por eso. Juró que se vengaría de él y ayer lo hizo.

-¿Qué hizo?

-Mató a Renna. Ella nunca tuvo nada que ver con los malis y realmente tampoco quería que Vol estuviera en eso. Para Vol, ella era todo lo bueno, lo claro, lo correcto, lo ordenado y... -hizo una pausa-... lo hermoso. Uno los observaba juntos y era como si cada uno de ellos fuera un mundo en el cual el otro tenía mucho para alcanzar, y algún día lo alcanzarían, y el simple hecho de intentarlo era hermoso. Jeof irrumpió en el mundo de Vol y la mató.

-¿Sólo eso? -preguntó Jon, percibiendo la ofensa que se encendía en los rasgos apretados de Kino-. ¿Qué pasó luego?

-Creo que Vol se volvió loco -dijo Kino-. Salió corriendo a la calle completamente desnudo. Yo iba a verlo esa mañana porque estaba tratando de avisarle que Jeof lo buscaba, y cuando llegué a la esquina lo vi tambaleándose por la calle sin nada de ropas. En ese momento no supe lo que había hecho Jeof, pero me di cuenta de que Vol estaba lastimado. Lo llevé a una callecita, lo envolví con una bolsa y lo llevé a mi agujero -estoy metido en un depósito viejo, junto a los muelles, un edificio de refrigeración abandonado- y le puse algunas ropas. Le arranqué lo ocurrido como si fueran pequeñas astillas que le hicieron aullar. Deliraba sobre algo que lo perseguía, y pensé que se refería a Jeof. ¡Pero él se refería al universo, hoyo de gusanos! Entonces dijo lo que usted me vio escribir en la pared.

"Entonces se rió.

"-Diles eso –dijo- y luego fíjate qué pasa. Díselos a todos y míralos retorcerse. Pero jamás me agarrarán.

Yo trataba de mantenerlo en pie y me apoyaba contra una de las vigas quemadas de la pared del depósito.

"-Tengo que hacerte curar –dije-. Voy a llevarte al Servicio Médico. -Tenía todo el brazo golpeado y la cara lastimada.

"-Que ellos se curen –dijo-. Es demasiado tarde. Están atrapados. Estamos todos atrapados. -Finalmente, logré sacarlo. En una ocasión me hizo detener junto a un cerco y me dijo que escribiera lo que había dicho. Le dije que teníamos que ir al Servicio Médico. Era todavía muy temprano y apenas había gente en la calle, caminaba derecho para llegar lo antes posible cuando, recuerdo, oí un helicóptero. Alcé la vista y vi que volaba terriblemente bajo. Vol estaba casi inconsciente.

"De pronto, el motor del helicóptero comenzó a rugir más abajo y un momento después se posó en medio de la calle, justo delante de nosotros. Entonces saltaron afuera una mujer y el tipo más fantástico que haya visto en su vida: ¡la mitad de la cabeza es de plástico y se le puede ver el cerebro y todas esas cosas! Corre por la calle y la mujer va detrás de él, y el tipo grita:

"-¡Vol! ¿Qué pasó, Vol?

"Entonces me da miedo de verdad. Luego pienso que tal vez este es el tipo que Vol no quería que lo encontrara. El hombre dice:

"-Clea, ayúdame con él. -Entonces me preguntó qué había pasado. No puedo correr, porque Vol pesa demasiado y está débil. Vol se despierta, sacude la cabeza y luego susurra:

"-Profesor Catham -y se aparta de mí.

"-Clea -dijo el hombre-, ayúdame a subirlo al helicóptero.

"Entonces yo decidí correr. Me di vuelta en un momento, y ellos estaban castigando el aire. Estaba asustado, de modo que volví al depósito. Pero me detuve junto al cerco que había señalado Vol. Tenía un poco de tiza y escribí

bien grande lo que él me había dicho. Era todo lo que podía hacer porque no entendía nada. Pero cuando lo hice me sentí raro, casi como si ni siquiera tuviera que saber lo que quería decir. Lo escribí en unos pocos lugares más. Casi enseguida la gente empezó a garabatearlo por todas partes. Y yo pensé que era muy raro. Condenadamente raro.

Habían llegado a las casas con techos de colmena.

-¿No estás tomándome el pelo? -preguntó Jon. En la voz había sorpresa.

-Le dije que no me creería -rió Kino.

-¿Quién dijo que no te creo? -la voz de Jon recuperó la calma-. Dices que había un hombre llamado
Catham con la cara de plástico y una mujer llamada Clea. ¿Estás seguro de que oíste bien los nombres?

-Seguro que estoy seguro -dijo Kino-. ¿Diga, usted no es uno de los que buscaban a Vol, no es cierto?

-Tal vez lo sea -dijo Jon.

-Diablos -dijo Kino-, si voy a traicionar a un amigo tendría que pedirle dinero. ¿Para qué lo quiere?

-Yo para saber y tú para descubrir -dijo Jon-. ¿Dónde puedo encontrarte si quiero verte de nuevo?

-Por aquí -dijo Kino-. La próxima vez, si quiere que abra la boca déme algo de dinero, ¿oye?

-¿Dónde es por aquí?

-Bueno, hay un lugar donde paraba Vol. La dueña es una vieja, en la planta baja tiene un bar. No le importa servir a gente menor de veintiún años. -Le dio la ubicación del lugar.

-Te veré allí -dijo Jon.

-Okey -dijo Kino-. Y no se olvide del maldito dinero, ¿en? Es una vida difícil, hoyo de gusano.

-Vete -dijo Jon.

Kino sonrió y se fue.

CAPÍTULO CUATRO

Alter le había dejado un mensaje grabado en el departamento. Mientras él lo pasaba, los ojos grises de ella parpadeaban con insolencia; sonrió y dijo:

-Ven y dime cómo te fue con tu padre -y apagó el aparato. Jon apoyó un pie sobre el escritorio e hizo pasar el video de play-back a intra-ciudad y llamó al palacio real. La Duquesa de Petra lo miraba de frente. Ella también se sentó a su escritorio y se apartó el cabello rojo de la frente.

-¿Quieres oír algo interesante?

-¿Qué, Jon?

-Descubrí dónde están Clea y Catham.

-¿Dónde?

-Con el tipo que dijo por primera vez esa frase de la que hablábamos esta tarde: Usted está atrapado en ese brillante momento en el que conoció su sentencia. ¿Recuerdas?

La duquesa frunció el ceño.

-Era un tipo llamado Vol Nonik, una especie de poeta, también un lider de malis. -Entonces relató la historia que le había contado Kino.

-Vol Nonik -musitó Petra-. Clea, Catham y Nonik desaparecieron en un helicóptero ayer a la mañana. ¿No tienes idea de qué había entre ese tal Nonik y tu hermana y tu cuñado?

-Un vacio -dijo Jon.

-Me fijaré en los Archivos Generales -dijo Petra- y te llamaré si resulta algo.

-Si llamas esta noche estaré en lo de Alter.

-Quizá los dos puedan ir hasta la posada donde paraba Nonik para ver si pueden averiguar algo sobre él.

-Buena idea -dijo Jon.

El aire de la noche era tibio. El pequeño departamento en el que vivía la acróbata desde que dejara el circo, era el mismo en el que había vivido la hermana de él, Clea, durante los años que había intentado mantenerse alejada del mundo. Alter, pensó Jon; Alter, que había logrado hacer explotar el globo tembloroso que era el retiro de la científica y quien la había sacado del capullo de la culpa para devolverla a la realidad. Ahora su hermana había desaparecido otra vez. Jon sacudió la cabeza mientras golpeaba la puerta de Alter.

-Hola -dijo ella cuando la abrió-. Me alegra que hayas venido. ¿Has averiguado algo de Clea en casa de tu padre?

Él sonrió forzadamente.

-Sin duda haces preguntas capciosas.

La sonrisa se convirtió en aprehensión.

-Oh, Jon, salió todo bien con tu padre, ¿verdad? ¿Hablaste con él? ¿Todavía estaba muy enojado?

-Hablé con él –dijo-. Resultó mucho mejor de lo que yo había pensado. Todavía tengo un padre; y mi padre todavía tiene... un hijo.

-Me alegro -dijo ella y le apretó con fuerza una mano-. A veces pienso en mi tía, sin poder verla, sin saber si está viva o no. Sé cómo te debes sentir. O casi. -Se dirigieron a la mesa y Alter se sentó- ¿Qué ocurrió con Clea? ¿A dónde fue?

-No se sabe -dijo Jon-. Pero aquí hay algo interesante. ¿Recuerdas esa frase que vimos en la fuente esta mañana?

Alter asintió.

-El autor era un poeta mali llamado Vol Nonik, y la última persona que lo vio, vio también a Clea y a Catham que se lo llevaban en un helicóptero -le proporcionó los detalles.

Alter silbó.

-Eso sí que es raro.

-Seguro. Petra drjo que iba a verificar y llamar si...

El videófono zumbó. Respondió Alter, y una vez más en esa tarde Jon vio la cara de la duquesa.

-¿Jon está allí?-preguntó.

-Aquí mismo -respondió él del otro lado de la habitación.

-Bueno, acabo de convertirme en enemiga de por vida del bibliotecario nocturno de los Archivos Centrales. Pero averigüé algo sobre el señor Nonik.

-Escúpelo.

-¿Qué? -preguntó la duquesa-. ¿Qué escupa qué?

Jon lanzó una carcajada.

-No es más que un lunfardo que he estado recordando. Quiere decir sigue.

-Oh -dijo Petra-. Bueno, primero Nonik era un muchacho brillante en la escuela, aunque un poco errático. Lo suficientemente brillante, sin embargo, como para obtener una beca para la Universidad, donde sacó el primer puntaje en lenguas y el segundo en sociología. Dos de las clases de sociología fueron con Rolth Catham.

-Probablemente -dijo Petra-. Fue designado para el seminario de Catham sobre la América del siglo
veinte, que era un honorífico seminario restringido a seis estudiantes elegidos personalmente por Catham.

-¿Dijiste que fue designado para el seminario? -preguntó Alter-. ¿No lo cursó?

-No.

-¿Por qué no? -preguntó Jon.

-Lo expulsaron de la Universidad por "conducta inapropiada para un estudiante". No se especificaba exactamente qué.

-Probablemente escribir poemas obscenos sobre los profesores en las paredes del baño.

-¿También lo hacen en las universidades? —preguntó Alter.

-Al menos sabemos de dónde se conocen -dijo Jon-. Ahora tenemos que descubrir que relación hay
entre ellos.

-Tal vez también haya una respuesta para eso -dijo la duquesa-. Arkor me está averiguando algo en este mismo momento. Oh, aquí está. -Echó una mirada a algo que le habían entregado, luego levantó la vista.- Tenía un presentimiento y dio resultado -dijo ella-. Hay constancia de una compra hecha por Catham la semana en que Nonik fue expulsado. Un transceivículo.

-¿Un qué? -preguntó Alter.

-Un transceivículo -dijo Petra-. Es una radio pequeña, de dos ondas, que puede insertarse en la garganta por medio de la cirugía. El fin de semana que Nonik se fue los dos tenían un par dentro de ellos, colocados por el departamento médico de la Universidad.

-¿Quieres decir que los dos han estado en radio contacto desde que Nonik estaba en la facultad?

-Algo más de tres años -dijo Petra-. Así, así es.

-¿Para qué, por Dios? -preguntó Alter.

La imagen del visor se encogió de hombros.

-Eso no lo sé; pero en cuanto al helicóptero que lo sacaba de la calle, probablemente Catham y Clea estaban buscándolo y seguían las señales de radio.

-¿Qué pasó con Clea y Nonik? -preguntó Jon-. ¿Mi hermana y Nonik estuvieron en la Universidad al mismo tiempo?

-Sí, pero ella estaba en el departamento de graduados y él todavía estaba cursando. También me parece que ella se mantuvo muy unida a su departamento cuando volvió allí. Bueno, esto es todo lo que tengo.

-Es bastante -dijo Alter.

-Sólo que todavía no nos dice por qué estaban juntos o a dónde fueron. Petra, ¿hay algún registro en el aeroparque acerca del helicóptero o, para el caso, algo que podamos hacer para detener al enemigo... me refiero a nosotros mismos?

La duquesa empezó a decir algo. Luego, la expresión de firmeza que había mantenido en la cara,
desapareció.

-Yo... yo no sé, Jon. No sé nada más. El Concejo está tratando de simular que no ocurre nada y está paralizado de pánico porque sabe que no

es así. Quizá nosotros mismos tengamos que ir a Telphar. Pero aparte de eso, no sé.

-Los encontraremos -dijo Jon-. Si no lo hacemos nosotros, será Telphar.

La duquesa recobró su compostura.

-Prueben donde vivía Nonik. Quizás allí haya alguna pista. Esto es todo cuanto puedo pensar por ahora.

-Lo haremos -dijo Jon. De pronto la duquesa desapareció del video. Jon se volvió hacia Alter- ¿Lista para dar un paseo?

-Hum-hum.

Jon se levantó de la silla y frunció el ceño mientras miraba a la acróbata.

-Está cansada -dijo.

-Lo sé, Jon -asintió Alter.

-Supongo que yo también lo estaría si estuviera tratando de gobernar un país con un puñado de viejos llenos de pánico, por un lado, y con un rey de diecisiete años que pasó los últimos tres años lejos de la corte por el otro. En medio de todo, lo único que uno puede decir de él, sinceramente, es que es brillante y responsable.

-Vayamos a la posada de Nonik

-Vamos -dijo Jon, y salieron.

La noche era una costura oscura entre los tejados. Los mismos edificios, junto a los que pasaban Alter y Jon en dirección a la Olla del Diablo eran más bajos, estaban más juntos y más deteriorados. Tomaron por una de las callecitas de piedra que indicaban la zona más vieja de la ciudad. Aunque ya era de noche, había más gente caminando por esta parte de la ciudad que en el área central.

Cuando pasaron junto a dos hombres que discutían por un paquete, Alter sonrió. El atado estaba mal envuelto y bajo la luz del farol de la calle se podía ver que contenía ropas viejas.

-Otra vez en casa -rió Alter-. Apuesto a que lo robaron y ahora no pueden decidir quién se queda con qué. La posada debe de estar por allí -doblaron otra esquina-. Cuando pienso en todas las veces que corrí por estas calles me pongo realmente nostálgica. No sé por qué, sin embargo. Era una vida de hambre, y clavada aquí no podía esperar a irme con otra fiesta de carnaval.

En la esquina había un puesto de fruta protegido por un toldo azul. Debajo de la lona, las luces se proyectaban sobre un despliegue de frutos

hidropónicos y en un refrigerador de vidrio, los pescados gordos y brillantes criados en el acuario yacían sobre hielo reluciente. El vendedor, de delantal blanco, estaba completando una venta.

Alter hecho una mirada para ver si estaba mirando y arrebató un melón. Cuando doblaron la esquina siguiente, lo abrió y le dio la mitad a Jon. Alter mordió la pulpa dulce, pero Jon siguió caminando.

Finalmente, Jon sonrió y sacudió la cabeza.

-¿Qué pasa? -preguntó Alter.

-Estaba pensando, nada más. Pasé cinco años en prisión y en mi vida robé algo como dinero o fruta.

Antes de ir a prisión tenía todo lo que quería, de modo que cuando entré allí la idea de tomar algo no se me ocurrió jamás. Ahora la duquesa me paga. ¿Y sabes algo? Cuando te vi sacar la fruta mi primera reacción fue de sorpresa y creo que lo que uno llamaría un poco de indignación moral.

Alter abrió los ojos. Luego frunció el ceño.

-Creo que fue una tontería... quiero decir, estaba recordando cómo solíamos robar fruta cuando era pequeña. Pero tienes razón, Jon. Robar no está bien...

-Bien o mal -dijo Jon-. Yo no dije nada de eso.

-Pero yo pensé...

-Y la segunda cosa que yo pensé es, ella viene de la Olla, yo del centro, y hay un amplio espectro de moral y costumbres que no podemos compartir el uno con el otro. Y pensé, ¿cómo resuelves todas esas cosas, y cuál es el resultado?

Alter empezó a decir algo pero se detuvo y simplemente lo observó.

-Bien o mal -dijo él-. Diablos, soy un asesino, ¿recuerdas? ¿Pero qué hacemos? Soy hijo de un hombre rico y tú eres una muchacha de circo de la Olla. Probablemente la puesta en escena de mi niñez provocó todo esto. Pero yo tengo una respuesta: nosotros ya nos hemos tocado, en todas las cosas que me has enseñado, diciéndome cuándo echar la cabeza hacia atrás, alzar la barbilla, rodar. Y todavía podemos tocarnos, simplemente así. -le tomó la mano-, y me gusta -mordió la fruta dulce.

Alter le pellizcó la mano.

-Sí, también sé acerca de no tocarnos. ¿Recuerdas la época que pasamos en la propiedad de Petra, antes de regresar aquí a Toron? Durante mucho tiempo me sentí incómoda por pequeñas tonterías, como por ejemplo qué tenedor tomar primero, cuándo pararme y cuándo sentarme y con quién poder deslizar un "mierda" o un "carajo". Cuando uno está tratando de detener una guerra, pensar en esas cosas es una tontería. Pero yo pensaba en ellas. Sabes que yo solía pensar que uno puede sentarse y esperar que las

cosas simplemente ocurran, y de lo único que uno tiene que preocuparse es de la próxima comida. Pero el estar junto a ti y a la duquesa creo que me enseñó esto: uno tiene que salir, y hacer y aprender; de otra manera uno se pasa demasiado tiempo sintiéndose incómoda -se encogió de hombros-. Probablemente es por eso que Tel y yo estuvimos tanto tiempo juntos. A pesar de que venía del continente se parecía mucho más a mí en ese sentido, podíamos correr juntos -durante un momento se acarició el collar de caracoles-. Pero ahora está muerto, lo mataron en la guerra. ¿Entonces qué hago?

-¿Lo amabas? -preguntó Jon.

Alter inclinó la cabeza hacia un costado.

-Me gustaba muchísimo -echó una mirada a Jon-. Pero está muerto.

Al cabo de un momento Jon preguntó:

-¿Entonces qué vas a hacer?

-Aprender -dijo ella- Puede que tengas que enseñarme: llámalo un intercambio mutuo. -Entonces
rieron juntos.

Un edificio muy poco sólido, de maderas desgarradas y chapas de metal enmohecidas se alzaba en la bruma. Cuando llegaron a la puerta, Alter dijo:

-Espero que este viaje no resulte ser...

Al entrar, se detuvo.

La mujer con la marca púrpura alzó la mirada desde detrás del mostrador, luego retrocedió y abrió la boca.

Alter se había agarrado del brazo de Jon. Lo soltó lentamente y susurró:

-¡Tía Rara!

La mujer dejó corriendo el mostrador, secándose las manos en el delantal. Se detuvo en la mitad del camino, todavía boquiabierta, sacudió la cabeza, tragó y siguió avanzando. Alter le salió al paso y rodeó con un fuerte abrazo los hombros de la anciana.

-¡Tía Rara!

-¡Oh, Alter! ¿Cómo... dónde...? -Sacudió otra vez la cabeza y la expresión del rostro se resolvió en una sonrisa. Pero en las mejillas había lágrimas- Estás de nuevo conmigo -fue todo lo que dijo, pero en el timbre ronco de la voz había alivio.

La gente de la taberna, muchos de ellos vestidos de militar alzaron la vista.

Alter se apartó de su tía.

-Tía Rara, ¿no me digas que trabajas en este lugar?

-¿Si trabajo? Soy la dueña. Conseguí mi licencia. De verdad.

-¿La dueña?

-He estado haciendo toda clase de cosas y ahorrando toda clase de dinero, engañando y disimulando por aquí y por allí. Hay muy pocas cosas que no pueda hacer una mujer práctica si se lo propone. ¡Oh, Alter te busqué, pero no pude encontrarte!

-Yo también te busqué, ¡pero la vieja pensión de Geryn está destruida.

-Lo sé. Durante un tiempo, trabajé como ayudante de enfermera en el Servicio Médico. Buscaba en cada circo y en cada espectáculo que venía a Toron.

-Recién empecé a trabajar hace pocos meses.

-¡Por supuesto! Fue cuando dejé de buscar. -Rara sacudió nuevamente la cabeza, parpadeando para
evitar las lágrimas.- Estoy tan contenta de verte. ¡Tan contenta! -se abrazaron una vez más.

-Tía Rara -dijo Alter, restregándose los ojos con los nudillos-, me gustaría hablar contigo sobre algo. ¿Puedes ayudarme? Tengo que investigar algo acerca de alguien que vivió aquí.

-Por supuesto -dijo Rara-. Por supuesto. -Entonces vio a Jon por primera vez.- Joven –dijo-, ¿quiere
recorrer el lugar mientras yo hablo un momento con mi sobrina, por favor?

-Oh, tía Rara -dijo Alter, recordando la presencia de Jon-, él es Jon Koshar, mi amigo.

-Me alegro de conocerlo -dijo Rara, asintiendo-. Vigile todo y asegúrese de que no ocurra ningún cataclismo -echó una mirada a las figuras que estaban en el lugar-. No deje que nadie se vaya sin pagar. Aunque parece que nadie está por irse. -Se dirigió hacia la habitación del fondo, sosteniendo a Alter de la mano- Si quiere sírvase un trago -de pronto se puso la mano sobre el corazón y suspiró-. ¡Sírvanse todos un trago! -y desapareció arrastrando a Alter.

Todavía sonriendo, Jon fue al mostrador, se sirvió un trago y se sentó junto a un soldado que estaba en la barra. El hombre alzó la vista, movió vagamente la cabeza y miró nuevamente abajo. La reacción enfática que había experimentado ante el reencuentro de Alter con su tía lo hacía sentir expansivo.

-Parece que lo están pasando bien -le dijo al soldado-. ¿Cómo le va?

El soldado levantó nuevamente la vista.

-Indiscreto ¿no? -dijo-. ¿Qué cómo me va? Tendría que haberme preguntado qué estoy haciendo -
hizo un gesto de ironía-. Esa es la pregunta.

-Okey -dijo Jon-. ¿Qué esta haciendo?

-Me estoy emborrachando. -El soldado levantó el vaso que contenía un líquido verde y pasó el dedo por el borde húmedo. Jon sintió inmediatamente que algo pasaba por la mente del soldado y trató de registrar el tono mientras el soldado seguía hablando.- Estoy haciendo el torpe intento de ocultarme, si no le molesta, dentro de un vaso. -Frente a él había varios vasos vacíos.

-¿Por qué? -preguntó Jon, tratando de conectar el cinismo con su propio bienestar.

El soldado se volvió, de modo que Jon pudo verle la insignia: un escudo de Capitán del Cuerpo de Psicología. Desde el Momento, muchos se habían quitado la insignia, así como muchos soldados habían dejado de lado sus uniformes.

-Ya ve -continuó el oficial, un poco borracho-, soy uno de los que estaban enterados de la guerra, uno de los que la planearon, de los que descubrieron el mejor modo para que se produjera. Cómo le va, ciudadano, me alegro de estrechar su mano. -Pero no ofreció su mano y regresó al vaso.

Habitualmente, Jon era suficientemente inteligente como para no indagar en un hombre envuelto en tal estado de ánimo. Pero el estado de ánimo de Jon no era habitual.

-Usted sabe... -comenzó.

El oficial alzó la mirada.

-Yo no estuve en el ejército, pero a veces tengo la sensación de que me perdí algo al no estar allí. Aunque más no sea, creo que es una experiencia que convierte a los muchachos en hombres.

-Sí, ya sé que piensa eso -dijo secamente el oficial.

-La disciplina física y la experiencia de la acción -continuó Jon- aunque haya sido un sueño hipnótico, deben haber significado algo, porque la muerte que los esperaba era real.

-Mire -dijo el oficial-. Nosotros hicimos mucho más que planear un combate. Controlamos toda la propaganda que también llegaba a los civiles. Le dije que sé lo que piensa...

Jon estaba sorprendido.

-¿No cree que la disciplina militar puede ser una buena experiencia?

-Una experiencia es lo que usted hace de ella -dijo el oficial-. Eso sí que es profundo, ¿eh? ¿Muchachos en hombres? Mire a los tipos a los que les gusta el ejército o que se desempeñan bien. Tipos que odian la inconsistencia de sus padres de tal manera que están dispuestos a desistir del amor para conseguir un padre que dé órdenes según un libro de reglas que uno puede verificar en una biblioteca, aunque la regla se debilite y muera. Uno obrará mucho mejor si se pone de acuerdo con el padre que ya tiene.

A pesar de la borrachera, el hombre mantenía un pensamiento lógico, de modo que Jon continuó:

-¿Pero el ejército no les da un microcosmos bastante riguroso como para resolver ciertos problemas de... bueno, honor y moral, al menos para ustedes mismos?

-Seguro -artículo lentamente el oficial-, un microcosmo? totalmente seguro, completamente irreal, libre de mujeres y niños, donde Dios es el general y el Diablo es la muerte, y uno juega permanentemente... la excusa para conducir todo con suma seriedad. Estaba todo planeado para que las acciones humanas más destructivas e ilógicas aparecieran como lo más controladas posibles. En la época en que la situación psico-económica de Toromon había llegado al punto en que "la guerra era inevitable" teníamos que tener algún lugar para que cayeran las mentes enfermas, dañadas justamente por esa situación psico-económica. Ese es el ejército. Pero nuestro trabajo también era hacer que todos ustedes pensaran que era seguro, glorioso, bueno ¿Muchachos en hombres? Una disciplina que no es auto-disciplina no significa nada para un muchacho. Su mano...

Jon miró hacia abajo. Así como un acróbata da vueltas alrededor de una barra suspendida, los pulgares abrieron la marcha, los dedos los siguieron; Jon había adquirido la costumbre de extender las manos con las palmas hacia arriba, y eso era en él una segunda naturaleza. Los callos se hicieron rápidamente visibles.

—... aquellas manos pueden mover y hacer y crear. usted habla como un hombre inteligente, de modo que probablemente lo que hace lo hace bien. Cuando usted aprendió a hacer eso que le sacó callos, eso era disciplina. ¿Puede usted construir, seguir las reglas de cualquier artesanía, puede someter esas manos a cierto orden, trabajando con alguien o solo? Yo no sé qué es lo que usted hace, pero sé que en educar esas manos ha necesitado más disciplina que la que necesita una docena de hombres que sólo saben cómo matar un sueño. Usted ya tiene esas manos, y nosotros tenemos que autoengañarnos para que ustedes piensen que el ejército podría dárselos. ¡Lo teníamos tan bien planeado! Las novelas, las historias, los artículos, todos respondían enfáticamente "¡Sí!" a las preguntas que usted acaba de hacer. El cuerpo de psicólogos tampoco las escribió. "Ya habíamos hecho nuestro trabajo de propaganda, habíamos preparado el terreno para que todos los intelectuales inseguros y dubitativos hicieran el resto; '¡Sí, sí! La guerra es una experiencia real y válida' , porque ellos, entre todos ustedes, podrían haber dudado lo suficiente como para descubrir que era una fantasía.

¿Convetirlo en un hombre? Mírelos, ¿por qué no lo hace? Mírelos, nada más -señaló con un gesto a los otros soldados que estaban en la taberna.

Uno estaba dormido sobre una mesa que había en un rincón. Dos más estaban por iniciar una discusión cerca de la puerta, mientras que un cuarto miraba ansiosamente, esperando una pelea. Un quinto se reía histéricamente por algo que le decía la muchacha de pelo castaño que estaba con él, se echaba atrás en la silla, sosteniéndose el estómago, y volvía a caer para atrás. Ahora la muchacha también se reía.

El psicólogo se agitó en su taburete y se apoyó nuevamente en la barra.

-O míreme a mí -dijo. Hablaba dentro del vaso que tenía ante él-. Míreme a mí.

-¿Usted cree que toda la cuestión, sin redención alguna, era insignificante? -pregunto Jon. Sus pensamientos fueron a Tel, que estaba muerto, el amigo de Alter, Tel-. ¿No significaba nada para todos ellos?

El psicólogo sacudió lentamente la cabeza.

-No ve. No puede ver. Usted conocía a uno que se carbonizó en uno de esos tanques de la muerte, ¿no es así? Usted quiere rabiosamente que eso signifique algo. Pero yo conocía a un montón de tipos que murieron. Yo los entrené. No había uno que no hubiera llegado a ser más que un hombre haciendo lo que usted hizo para conseguir esas manos. No me importa lo que es -el oficial hizo una mueca-. Porque la vida... vivir -extendió un dedo e hizo saltar una moneda sobre el mostrador contra el cuadrado de monedas que constituía su vuelto: del otro extremo de la matriz de discos de metal saltaron otras dos monedas... -es como esto. No siempre el enemigo es alguien a quien uno puede disparar por encima de un saco de guijarros. No siempre es alguien que le dice a uno cuándo disparar y cuándo cesar el fuego. No se ha dejado adecuadamente atrás a las mujeres y a los niños, y por esa razón uno está forzado a mirarlos y a ver que tienen sus problemas, que se parecen sorprendentemente a los de uno... un hecho difícil de aceptar para demasiados hombres "maduros". El ejército es demasiado fácil y demasiado simple: luchar hasta la muerte por una causa justa -el oficial miró a Jon-. Usted conocía a alguien que murió quemado. Bueno, comparado con lo que es el motivo de su vida, el tipo no murió por nada -hizo una pausa-. Eso es difícil de aceptar.

- ¿Así es como lo acepta usted? -preguntó Jon. Una vez pronunciadas, las palabras resultaron crueles, pero las había dicho con algo de interrogación, con un comienzo de entendimiento.

El oficial chasqueó la lengua.

-Sí –dijo-. Así. -El chasquido murió como un guijarro que cae del techo. Frunció el ceño y sacudió

la cabeza.- Ellos no me odian. Sabe, todavía no me odian. Vienen aquí, beben conmigo, me toman el pelo por no haber visto un verdadero combate, con benevolencia, aunque saben que yo era uno de los responsables. Oh, nosotros hicimos nuestro trabajo bien, bien, bien. Sin embargo, para ellos es

más fácil seguir con los sentimientos que tanto trabajo nos dio instilar. Pero yo soy psicólogo, se da cuenta, y sé exactamente porqué estoy aquí sentado emborrachándome. Sé todo lo que está pasando por mi mente y lo que me hace hacer esto. Y sé por qué anoche fui y me emborraché. Y sé por qué me emborraché anteanoche. Yo lo sé, ellos lo saben, y no sirve para un cuerno.

Alter y su tía regresaban de la habitación del fondo y Jon se volvió hacia ellas.

-Bueno, aquí estamos -dijo Rara, secándose las manos en el delantal-. Regresa pronto -le dijo a su sobrina-. Ahora tu tía vieja es una mujer respetable.

-Lo haré -dijo Alter y la abrazó. Se volvió a Jon y le tomó la mano.

-¿Seguro que ninguno de los dos quiere comer algo? -preguntó Rara-. ¿O sino quedarse un rato y
conversar algo?

-Es buena idea -dijo Alter-. Pero ahora no podemos. Volveremos pronto.

-Muy pronto -dijo Rara-. Por favor, vuelvan muy pronto.

Salieron lentamente de la posada.

-¿Averiguaste algo sobre Nonik?

-Um, um -asintió Alter En la mano tenía unos papeles doblados-. Algunos de sus poemas. Quedaron en su habitación después de... -se estremeció y se los entregó a Jon.

-¿De qué quería hablarte tu tía -preguntó Jon.

Ella hizo un momento de silencio.

-Quería que me quedara aquí, a vivir con ella.

Jon asintió con la cabeza.

-Todo esto me llegó cuando no lo esperaba. Pienso que me habría gustado. Pero tengo mi propio departamento, y estoy acostumbrada a valerme por mí misma -con un gesto se echó atrás el cabello blanco-. Al mismo tiempo descubrí cuanto la amaba.

-Sabes -dijo Jon-, creo que tienen que golpearme en la cabeza con algo para darme cuenta.

-¿Qué quieres decir?

-Estaba pensando sobre lo que te dije acerca de las costumbres y de la moral que separa a la gente, haciéndola diferente una de otra. La gente es mucho más parecida que diferente. Mucho más.

Lentamente se alejaron del borde de la ciudad, a través de las medulosas contracciones de la noche,
dispuestos a ver los poemas.

CAPÍTULO CINCO

Retuerce la rabia en anillos de violencia; con el círculo rodea los bordes del foso del cerebro; inserta el cerebro en huesos, y dile al hombre en la oscuridad que está solo.

Un arroyo de agua azul recorría el piso de la bodega y desde un rincón llegaba el olor de las bolsas de pescado húmedas. Jeof estaba sentado sobre un barril. Dio vuelta, las manos apoyadas en la falda, cerrando y abriendo los dedos, un gesto en el cual podía liberar fragmentos del terror aislado. Con la percepción ofuscada, la respiración lenta, permanecía en la oscuridad como lo había hecho durante la última hora y media, sin pensar demasiado sino más bien permitiendo que su mente formara imágenes: el rostro de una muchacha, los ojos cerrados, un hilo de sangre en la boca, delgado como el

trazo de un lápiz rojo; un cuerpo que caía sobre el desembarcadero mientras las sirenas hacían fila en la oscuridad; la ventana de un depósito que se hacía añicos ante un puño bajo la luz de la luna. En esa ocasión se había cortado el brazo. Todavía tenía la cicatriz. Se tocó el costurón bajo el vello del antebrazo. Aquí, pensó, puedo permanecer tranquilamente dentro de esta rabia y estar solo. La soledad era dolorosa, pero la aceptaba porque no podía pensar en otro modo de estar. Cerró nuevamente los dedos, tratando de apresar al terror. Quizás algún día dejaría de intentarlo. Pero eso era en un momento muy lejano.

Cura tus heridas con calamidades. Deja que tu sangre cubra el empedrado del muelle entretejido con barro. El corazón del ambiente se desplaza majestuosamente desde el mar hasta el misterio de la ciudad.

La madre de Renna observó la puerta del living cerrada tras el paso del policía y pensó, "mis ojos van a explotar, quizá grite. Tal vez el revoque de las paredes comience a agrietarse". Esperó. No pasó nada, de modo que oyó sus propios sollozos. Se volvió, pensando, una moneda arrojada en aguas profundas, girando como un trompo en su caída.

Entonces se dirigió al visófono y llamó al doctor Wental. Era el único médico en el edificio y a pesar de que había terminado de discar y se oía el zumbido penetrante, ella se preguntaba: ¿Para qué estoy llamando a un médico? ¡Para que estoy llamando a un médico, por Dios!

Apareció la cara del doctor Wental.

-¿Sí?

Algo dentro de ella se desgarró y comenzó a llorar.

-Doctor Wental, por el amor de... ayúdeme... ella está muerta, mi hija, Renna, ha sido... Oh, está muerta -las frases a medias se le anudaban en la lengua. Algo le quemaba los labios, las mejillas, le resecaba los ojos a los que sólo las lágrimas podían devolverles visión.

-¿Usted es la mujer que vive en el segundo piso?

-Sí, yo... sí...

Se preguntaba qué aspecto tendría. El médico frunció el ceño y luego dijo:

-Bajo enseguida -y desapareció del visor. El tiempo pasaba. El tiempo siempre está pasando, pensó. ¿A dónde voy en todo este tiempo que pasa? Golpearon a la puerta.

Histéricamente calma se dirigió a abrirla y el médico entró.

-Lo siento -dijo ella-. Lo siento tanto. No quería molestarlo, doctor. Usted no puede hacer nada, por mí, quiero decir. No puede hacer nada... ¿por qué lo hice bajar? -sacudió la cabeza.

-No se preocupe por disculparse -dijo el doctor Wental-. Entiendo perfectamente.

-El oficial acaba de estar aquí. Él me lo dijo. Hasta ahora no pudieron identificarla por el trazado de la retina porque tenía los ojos totalmente...

-Tal vez pueda darle un sedante.

-No -dijo ella-. No quiero un sedante. No quería hacerlo bajar hasta aquí... Quiero decir... -entonces
toda la confusión que había estado articulando durante casi un minuto se hizo real-. Oh, doctor Wental, yo sólo quería hablar con alguien. En primer lugar pensé en un médico, no sé por qué. Pero sólo quería hablar.

-¿Está segura de que no quiere un sedante?

-Oh, no -dijo ella una vez más-. Mire, tomemos algo.

-Bueno —el doctor hizo una pausa—. Bueno, está bien.

Fue hasta el armario y sacó vasos y la botella verde. El simple hecho de deslizarse sobre el piso, el movimiento de la muñeca al hacer girar el picaporte, la suave presión del vaso contra el pulgar y el índice le devolvieron la parte física de su ser que había olvidado. Entró rápidamente en la kitchenette y apretó la palanca con el pie. La mesa se desplegó y ella apoyó los vasos y la botella sobre la superficie de piedra azul.

-Permítame -dijo el doctor Wental, acercándole una silla. Mientras ella se sentaba, el médico dio una vuelta alrededor de la mesa, abrió la botella y sirvió la bebida. Cuando la mujer tomó su vaso, el médico se sentó, se bebió el suyo de un trago y se sirvió otro, pero con tanta seguridad en sí mismo que la mujer ni lo notó.

La madre de Renna miró el líquido verde que temblaba en la boca ancha del vaso y dijo:

-Doctor Wental, me siento tan sola. Quiero correr a algún lugar, acurrucarme debajo de algo, que me digan qué hacer. Cuando murieron mis padres jamás me sentí así...

-Dicen que la muerte de un hijo... -comenzó el doctor, y terminó la frase con un movimiento de cabeza. ¿Había tomado un tercer vaso?

-La amaba mucho, la malcriaba, supongo. La llevaba a fiestas, le compraba ropas... oh, la ropa. Le compré tanta ropa -y sintió que en su interior algo comenzaba a desgarrarse otra vez. Agarrándose de los bordes, continuó-: Todos los padres viven a través de sus hijos, doctor. No está mal. No está mal, ¿verdad? -se pasó las manos por el pelo y el pañuelo se le enredó en los dedos. La seda verde tenía un dibujo de algas marinas rojas y azules tan vividas, y la piel floja de su mano era tan terriblemente gris.

Cuando alzó la vista el doctor estaba sirviéndose otro vaso más. Sonrió con un gesto de disculpas:

-Me parece que estoy agotándole las reservas. Perdóneme.

-Oh, está bien -replicó ella vagamente-. Casi no lo uso. Siga, por favor.

-Gracias.

-Siento que tengo que darle algo a alguien, hacer algo por alguien, hacer creer que estoy -hizo una pausa-, iba a decir viva -movía el vaso de un lado a otro. La luz que provenía de la instalación de la pared golpeaba a través del verde y caía echando destellos sobre la piedra azul-. Hacer creer que estoy viva -repitió.

-¿Iba a decir "hacer creer que ella está viva"? -sugirió el médico.

La mujer sacudió la cabeza.

-No. No. Sé lo que dije -levantó la vista-. Creo que voy a tomar el sedante. En realidad no quiero beber nada.

-Muy bien.

-Me pondré bien. Gracias por venir, por hacerme sentir por un rato que no estaba sola. Pero no hay nada que hacer, ¿no es así?

-No hay nada que pueda hacer por su hija -dijo el doctor Wental.

-Eso fue lo que quise decir —se levantó de la mesa-. Tomaré su sedante e iré a descansar.

El doctor asintió y comenzó a incorporarse.

La mujer frunció el ceño.

-¿Se siente bien, doctor? -El médico se había agarrado del borde de la mesa.

El doctor sonrió nuevamente.

-Quizá le agoté demasiado rápido sus reservas. -Se puso de pie completamente y se alejó de la mesa con paso inseguro.

En el living buscó largo tiempo en su valija hasta encontrar el frasco de vidrio color ámbar de las
píldoras.

-Le dejaré una... dos -se balanceaba y la orilla de la chaqueta gastada chocaba contra el muslo-. Dos de éstas. Primero tome una y si necesita más para tranquilizarse, tómese la otra -le entregó las píldoras en un trozo de gasa quirúrgica.

La mujer lo siguió hasta la puerta y se la abrió. Al salir al vestíbulo el médico se sujetó del quicio de la puerta, como lo había hecho antes del

borde de la mesa. La mujer frunció el ceño; luego, tratando de convertir en broma su preocupación, se rió.

-Sería mejor que no le dijera a su esposa cuánto ha tomado aquí abajo. Es mejor que no lo sepa.

Vio que la espalda del médico se erguía bajo la tela gastada. Se volvió lentamente.

-Supongo que tendría que informarle -anunció con voz pastosa- que le di esos sedantes en forma ilegal. En cuanto a mi esposa... ya no vive más conmigo.

La mujer se sorprendió.

-Una semana atrás fui acusado y condenado por ejercicio ilegal de la medicina. Adulteración de drogas... murió una persona. Bueno, mi esposa lo sabe y me dejó. De modo que ya no tengo que preocuparme más si se entera de algo.

Se volvió nuevamente y se alejó con paso vacilante. Confundida, la mujer entró en el departamento vacío.

La imagen de tu ojo guardada en una joya. Afuera, las habitaciones solitarias del sueño observan al acróbata, al ladrón, al tonto, los productos de la ambición, muerte y dolor. Entonces, magnífico y solo, el ensueño.

El rey observaba a su prima que estaba junto a la ventana, jugueteando con una piedra ahumada que le pendía del cuello en una cadena de plata. Petra dejó que las cortinas cayeran y ocultaran las luces de la ciudad y se dirigió hacia él. El pelo, rojo, sostenido por peinetas doradas con forma de pinzas de langosta, se desplegaba como un abanico sobre los hombros.

-¿Qué es eso, Petra?

-¿Qué es qué, mi Rey?

-Por favor, Petra -dijo él-, no finjas ser formal. Actúa como prima, como solías hacerlo cuando me
contabas cuentos.

La duquesa sonrió y sacudió la cabeza.

-Let, me estoy quedando sin cuentos para contar.

-Entonces dime la verdad. ¿Qué es lo que te molesta?

-Ya te hablé de "el enemigo descontrolado" -dijo ella, hundiéndose en el diván-. Has estado en las reuniones del Concejo. Has hecho un magnífico trabajo. Has logrado calmar a ministros a los cuales yo hubiera terminado hablando a gritos. Let...

-Mientras estuviste junto a mí -continuó en lugar de ella-, como mi asesora. Ojalá te permitieran hablar en las reuniones oficiales, Petra. Toda la discusión pacífica que he logrado es resultado de tu trabajo. Te veo terriblemente ansiosa por hablar. Quizá sea eso lo que te ha destrozado los nervios.

Petra se rió.

-En cuanto a los nervios, tienes razón. Pero eres tú quien ha hablado en las reuniones del Concejo. Eres un muchacho extraordinariamente elocuente.

-Pero soy un muchacho, tengo sólo diecisiete años y no lo he olvidado. Tampoco lo ha olvidado el Concejo. A veces casi puedo oírte pensar: "Si el protocolo me permitiera decir lo mismo..." -suspiró-. Pero esa es la mitad del problema. ¿Cuál es la otra mitad?

Petra permaneció un momento en silencio.

-A veces pienso que durante el tiempo que pasaste entre los guardias del bosque tú también aprendiste a leer la mente.

-Aprendí a observar con mucha atención –dijo él-. Y te he observado a ti. ¿Me dirás qué pasa? –La voz era al mismo tiempo calma e imperativa, la voz a través de la cual había logrado ella ese pequeño progreso con el Concejo.

Se levantó nuevamente y atravesó la habitación en dirección a la ventana, y una vez más corrió las cortinas de brocado. Una brisa le agitó la túnica azul.

Let observaba ciertas expresiones indefinidas en un rostro de rasgos firmes.

-Hay una duda, Let. Una duda grande y seria.

- ¿De qué dudas, Petra?

-Dudo de ti. Dudo de mí. -Con la mano señaló a través de la ventana las luces que se recortaban contra la oscuridad.- Esta isla, este imperio, se extiende alrededor de nosotros; somos responsables de él. Y dudo profundamente de nosotros, Let, profundamente -soltó nuevamente la tela de brocado.

- ¿Cuál es la duda, Petra?

Vio que respiraba hondo y que sostenía el aire como si tuviera miedo de soltarlo.

-Let -dijo finalmente-, años atrás, antes de que se declarara la guerra, concebí un plan que pensé que podría salvar a Toromon. Amo a Toromon, Let, a sus barcos, a sus granjas, a sus fabricas, a sus bosques... Yo sabía que era débil. Y el plan era salvar su fuerza y hacer lo que fuera posible para mitigar el trauma económico que padecía Toromon tratando de tomar en

algún momento las riendas del Concejo. Pero esencialmente mi esperanza estaba en ti, en alejarte de tu madre y de tu hermano, para luego devolverte al trono. Pensé que Toromon necesitaría un rey fuerte y elocuente. E! entrenamiento que recibiste en el bosque fue tal como yo lo había deseado. Y sin embargo ahora dudo de todo el plan, de mi parte dentro de él, de la tuya.

-Todavía no...

Se alejó de la ventana una vez más.

-La aristocracia de Toromon no es capaz de mantener unido al país. Está demasiado vieja, demasiado cansada, demasiado ligada al Concejo para hacer los cambios radicales que podrían salvarnos; pero es demasiado poderosa como para morir. Quizá no debería haber gastado mis fuerzas en controlar al país. Quizá tendría que haber procedido de un modo completamente diferente. Quizá la respuesta era aplastar al gobierno existente y permitir que creciera uno nuevo, vigoroso, de lo que quedara en Toromon con algo de salud. Quizá tendría que haberme convertido en malí y destruir por la destrucción en sí misma. Hay mucho más de lo malo que de lo bueno en todo el sistema. ¿He estado tratando de mantener con vida algo que hubiera sido mejor que muriera hace mucho tiempo? Let, dudo profundamente de si estaba en lo cierto. Y si he obrado mal, entonces he hecho mucho más mal que cualquiera durante quinientos años. -Se sentó sobre los almohadones y se pasó los dedos por el cuello para borrar la fatiga que se había acumulado allí por mantener tan alta la cabeza real.

-Es una gran responsabilidad, Petra -dijo el joven rey vagamente.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás. Cuando levantó nuevamente la vista, el rey vio que en los párpados inferiores había lágrimas.

-Let, me siento tan sola -dijo suavemente; parpadeó y las lágrimas rodaron por las mejillas.

-Petra -el rey se incorporó en su asiento, con urgencia en la voz-. ¿Petra?

-¿Sí?

-Si pudieras hacer lo que más quisieras en el mundo, ¿qué harías?... Me refiero a algo que no tuviera nada que ver con Toromon

-No sé -dijo ella-. Algo que no tenga que ver con Toromon... hace mucho tiempo que no puedo pensar en algo así. ¿Qué es lo que quieres mi Rey?

-Petra, yo también me siento sólo.

Inclinó la cabeza hacia un costado.

-Sí. Debe ser así. Es una tarea solitaria.

-Lo es -asintió él-. Todos los que conozco bien están en el bosque. Aquí mi única amiga eres tú. Pero cuando me siento muy mal, a veces pienso en lo que haría si... y pienso que algún día lo haré. Entonces me siento mejor.

-¿Qué quieres hacer? -sonrió ella.

-Tiene que ser diferente para cada uno -explicó él-, pero...

-Pero dime.

Nuevamente el Rey se inclinó hacia adelante, las manos fuertemente apretadas. La duquesa vio que
esas manos ya habían empezado a perder la saludable coloración que habían logrado durante la época del exilio en el bosque.

-Recuerdo, hace mucho tiempo, aún antes de que me llevaran al continente, recuerdo a un muchacho... no sé exactamente cómo lo conocí, pero venía de la costa y era hijo de un pescador. Él
me enseñó todo sobre el trabajo en los botes, sobre rocas todas de diferentes colores, y por la mañana, dijo, uno puede ver el sol que aparece sobre el agua como una ampolla ardiente. Él también me enseñó a pescar. Me gustaría trabajar en un bote, Petra. Oh, pero no que me lleven de un lugar a otro con gente que hace dar vueltas a una rueda. Yo quiero tener el control, ir a donde tenga ganas, golpeando contra las olas que se alzan ante mí y, mientras me cubren, atravesarlas. -Hizo una pausa, brillantes los ojos azules. El cabello rubio, con mechones más pálidos a causa del intenso sol del continente, nuevamente estaba adquiriendo el color oro.- Estoy solo — dijo-. Como tú, Petra. Pero cuando lo siento con mucha intensidad, pienso: algún día, como ese muchacho, quienquiera que sea, me subiré a un bote y lo guiaré mar adentro. Ayuda.

-Bien -dijo ella. Por tercera vez fue a la ventana y retiró la cortina. Esta vez, sin embargo, se dirigió a él-.Ven conmigo, mi Rey -Let se puso de pie y se acercó a ella- Toromon -dijo, y movió lentamente la cabeza, observando a través de las luces el mar de la medianoche.

-Y estamos en el centro –dijo-. Los dos solos.

Dispone esos golpes desesperados en líneas únicas, separadas y tangibles, hermosas y reales; los esqueletos de los peces arrojan su sombra contra la pared, anticipando el ideal.

Arkor estaba en la torre del laboratorio en el ala oeste del real palacio de Toron. Al final de la banda de metal había una esfera de cristal, de un metro y medio de diámetro, que pendía sobre la plataforma de recepción. En la habitación había doce pequeñas unidades de tetrón de diversos tamaños. Las pantallas viseras estaban muertas. Sobre un panel de control instalado junto a una ventana ornamentada, una hilera de cuarenta y nueve perillas color escarlata indicaban "cerrado". Arkor caminaba lentamente por el andarivel. Llegó al balcón y se detuvo a observar la noche. Una brisa le peinó el cabello.

Echó la mirada hacia la habitación. Del otro lado de los andariveles, la plataforma y la esfera caían las largas sombras provenientes de la super-estructura del equipo de conversión que había transformado a la cinta de paso en un proyector de materia para ser usado en la guerra. Jamás había sido usado. Miró otra vez afuera, a la Ciudad.

Por lo común, la receptividad telepática del gigante era de unos pocos metros, pero recientemente había descubierto que su radio de alcance se expandía algunas veces durante una hora o más, hasta cubrir millas. Cuando se detuvo junto al balcón sintió la punzada subsensorial que anunciaba uno de esos ataques. De pronto, como si se hubiera descorrido un velo, la Ciudad se le reveló como una vasta matriz de mentes en colisión, chocando unas contra otras y, sin embargo, aisladas.

Estoy solo, pensó, y la millonésima voz se convirtió en un millón de ecos. Los otros pocos telépatas de la Ciudad, así como los guardias no-telépatas, echaban luz sobre la trama de las mentes más confusas. Pero hasta ponerse en contacto con ellas era en el mejor de los casos un toque a través del vidrio. Sólo había imagen, sin calor ni textura. Aisladas, pensó, dejando que la imagen lo llenara, solo en la torre del palacio, en la torre de mis propias percepciones, como un neanderthal bruto y culpable en el borde de la Ciudad, como el rey y la duquesa junto a mí, un círculo de mentes solitarias, juntas como el doctor borracho y la madre dolorida a una milla de distancia.

En algún lugar había un hombre y una mujer sentados -Jon y Alter, pero los identificó sólo después de haberlos escogido- juntos en una habitación, hombro con hombro, las cabezas inclinadas y unidas, leyendo un poema en un papel arrugado, deteniéndose para preguntarse el uno al otro el significado de una línea, retrocediendo para mirar otra página. Las imágenes que crecían es sus mentes no eran las mismas, pero cuando intentaban explicarse qué pensaban, o cuando se inclinaban para leer o releer los versos, las imágenes que les provocaba el poema por encima de los pensamientos eran como llamas que bailaban ordenadamente, contrastantes o similares, pero siempre una experiencia única, la conciencia de la unidad, la no conciencia del aislamiento. ¿Ilusión?, pensó Arkor. No. Las luces, ya quebradizas, ya flexibles, temblorosas e inquietas bailaban ordenadamente juntas. Arkor sonrió, solo, mientras la pareja se acercaba más al papel. Jon sostenía la página mientras Alter desdoblaba un extremo que había sido plegado sobre la última estrofa:

Llévenme a una ciudad dorada y gris donde lo humano y lo salvaje puedan mezclarse, no a donde estoy, cercado por una cloaca con esqueleto de pescados.

CAPÍTULO SEIS

-De acuerdo -dijo Alter-. Ahora enséñame tú -abrió la caja donde guardaba su pequeña colección-. No es mucho, pero es todo lo que tengo. ¿Qué tengo que usar?

Jon echó una mirada al paño verde donde descansaban unos pocos alfileres, broches y collares.

-En primer lugar, lo menos posible –sonrió-. Es un asunto de estado y Toromon es un imperio relacionado con el mar. Eso significa que todas tus joyas deben tomar del océano su forma y sustancia. En una reunión menos formal podrías salir del paso con algún adorno de flores. Pero como es de gala, yo diría que nada más que el collar que usas la mayor parte del tiempo; además, los aros de perlas y la hebilla de perlas. Con eso es suficiente.

Alter los sacó de la caja y fue hasta la silla donde estaba la túnica de seda color beige.

-No puedo resistirme. Es hermoso. Nunca podré agradecerle a Petra que me haya hecho hacer este vestido. Usar un vestido que probablemente

cueste la mitad de un sueldo del circo. -Lo alzó con una mano y con la otra lo desplegó como un abanico. Entonces frunció el ceño.

-¿Qué es esto?

-¿Dónde?

-Aquí -parecía desilusionada.

-Bolsillos -dijo Jon, sorprendido por la reacción de Alter.

-¡La ropa de mujer verdaderamente elegante nunca tiene bolsillos!

-¿Eh?-Jon se rió.

-¿Qué es lo divertido? Pensé que era...

-Mira -dijo Jon-, si vas a hacer tu entrada en sociedad, bien podrías hacerlo todo el tiempo y saber qué es lo que estás haciendo. -Se la veía cada vez más y más confundida.- Yo no nací en la aristocracia, pero meeduqué cerca de ella y tengo ciertas percepciones de ella que Petra en ningún momento pensaría mencionarte. La aristocracia de Toromon puede ser un grupo de gente sorprendentemente funcional; al menos era así cuando eran piratas, hace quinientos años. Y siempre han tenido bolsillos, aunque al cabo de un tiempo no los notaran. Los bolsillos de ese vestido están escondidos en un pliegue y nadie sabrá que los tienes a menos que te pasees con las manos en ellos. Ahora la gente que hace lo que tú llamas ropas costosas para mujeres -las que se ven en los negocios del centro- imitan lo que creen que ven: equiparan a la aristocracia con lo decorativo, lo inútil, lo no funcional. Por lo tanto, sin bolsillos. Probablemente a este vestido lo hizo la modista personal de la duquesa, y si los vestidos que tú has visto cuestan medio año de sueldo, este cuesta más de cuatro o cinco años. -La expresión confundida de Alter se transformó en agradable sorpresa- Esto es resultado de no haber tenido más bailes formales que los dados por Petra: tienes que esperar hasta llegar aquí para poder aprenderlo -se sentó en el diván-. Me sorprenden las cosas que recuerdo.

-Me alegro de que lo recuerdes -dijo Alter-. Por lo menos siento que tengo la ocasión de pasar la noche sin enredarme el vestido en los tobillos. ¡No me dejes equivocarme! -Lo tomó de la muñeca.- Y si me equivoco, puedes darme tranquilamente un puntapié en el tobillo.

-¿Alguna vez me dejaste fallar en la barra alta?

-¡Imagínate -exclamó Alter-, no puedo, realmente yo... pensar en algo así, un baile en el palacio! Se supone que estas pequeñas tonterías no tienen que interesarme. ¡Pero me interesan, me interesan, me interesan!

-Compórtate bien -rió Jon, apretándole la mano-. Que la conversación sea amena y, recuerda, para esa gente la idea es más importante que la acción. Actúa con gracia; tu obligación es tomar la iniciativa en la amabilidad. Habla en voz baja, muévete lentamente, emplea por lo menos cinco veces la misma energía para hablar y para escuchar.

-Oh... -suspiró Alter-. ¿Crees que estaré bien?

Jon sonrió.

-Rápido. Vístete.

Amplios ventanales enmarcaban el salón; a través de los paneles superiores brillaba la luz de las estrellas. Los músicos entretejían viejas melodías con sus liras pulidas y con la ayuda de un theremin abrieron el baile con los himnos familiares de Toromon. "El señor Quelor Da y su comitiva", anunció el altorparlante. Jon miró en dirección a la entrada en tanto que las figuras brillantemente ataviadas, miniaturizadas por la extensión del salón de baile, descendían de la entrada en arco. Se echó atrás la capa negra y pensó: "Qué familiar es todo esto". Pero había muchas cosas más que eran familiares. Recordaba la jerga de los malis que se hablaba en las minas, familiar, como las vueltas y reverencias de los bailes de la realeza, los carruajes y la etiqueta de un baile. Al observar la silueta alta reflejada en las paredes cubiertas de espejos, recordó al muchacho que había sido a los dieciocho años. Todavía quedaba algo: un vigor familiar detrás de la expresión más grave, de la cara más delgada. Sonrió y se volvió hacia el estrado en donde recibían el rey y la duquesa.

Jon le tocó el hombro a Alter y la muchacha se volvió, cejas de plata revoloteando encima de grandes ojos azules.

-Creo que tienen un momento. -Le tocó el brazo. Se encaminaron hacia la duquesa vestida de esmeralda. El blanco real resaltaba contra el resto del bronceado obtenido en el bosque. Los mechones de cabello más claro eran casi del color semialbino de las trenzas de Alter. Casi, pensó Jon, como si pertenecieran a la misma familia. La duquesa extendió la mano a modo de saludo.

-Jon, Alter -dijo cálidamente- ¿Cómo están? ¿Mi rey? Ya se han conocido antes.

-A Jon lo recuerdo bien. Pero -el rey se volvió hacia Alter-, hace tiempo que no te veo tan de cerca.
Desde que me secuestraste sólo te he visto en el circo, brillando por los aires.

-Es un placer verlo nuevamente en el palacio, mi Rey -dijo Alter.

-Es un lugar aburrido -dijo el rey en tono de confidencia-. Pero tú eres algo hermoso de contemplar.

-¡Oh, gracias, mi Rey!

-¿Te gusta la fiesta, Alter? -preguntó la duquesa.

-¡Es simplemente... hermosa, Su Gracia!

La duquesa se inclinó ligeramente hacia ella.

-Petra, como de costumbre.

Alter enrojeció levemente y dijo:

-Ah, Petra, el vestido es adorable.

-Tú lo haces doblemente adorable.

-¿Petra, cuál es el objetivo de esta fiesta? -preguntó Jon mientras Alter resplandecía.

La duquesa bajó la voz.

-En primer lugar, tantear quien puede darnos ayuda económica. Eso no ha cambiado demasiado. La finalización de la guerra nos ha dejado en un buen aprieto.

-Esencialmente porque no ha terminado de verdad -comentó Jon.

Petra suspiró.

-Pero debemos hacer como si hubiera terminado.

Jon recordó la última fiesta a la que había asistido en el palacio.

-¿Petra, puedo iniciar el baile? -preguntó el rey. Petra miró a los invitados y asintió.

El Rey Let le ofreció su brazo a Alter.

-¿Te importaría iniciar el baile con un hombre lisiado?

-Mi Rey... -dijo Alter y echó una mirada a Jon, que la autorizó con un ligero movimiento de cabeza-. Por supuesto que no me importaría. Gracias. -Y se alejó junto al rey.

Jon y la duquesa observaban a los jóvenes beige y blanco, acercarse a los músicos.

-La renguera ha desaparecido casi por completo -dijo Jon.

-Se esfuerza por ocultarla -dijo Petra-. Cuando baile, casi nadie la advertirá... porque es el rey -la amargura repentina en el tono de voz lo sorprendió.

-Alter la advertirá -dijo Jon-. Su cuerpo es un instrumento entrenado, sensible.

Comenzó la música y las figuras en movimiento de la acróbata y del joven real abrieron un sendero entre los otros invitados, quienes, con la señal de la música, se dispersaron en parejas deslumbrantes, describiendo

círculos sobre el piso de mosaicos blancos. La duquesa, sin embargo, tenía la mirada baja. Cuando alzó la vista Jon vio que los ojos le brillaban.

-Esta noche estamos disfrazando muy bien las heridas de Toromon -dijo suavemente.

Observó a las figuras danzantes florecer como un capullo. Cuando la música terminó, los pétalos retrocedieron hacia el borde del salón.

-¿Qué aspecto tenemos? -preguntó Let, un poco acalorado, cuando él y Alter llegaron al estrado.

-Encantador -dijo la duquesa. La gente se había reunido nuevamente en la pista y Alter se acercó a Jon rápidamente.

-Nos vamos, Petra. Espero que salga bien.

-Gracias, Jon.

-Buenas noches, mi Rey.

-Buenas noches. ¿Bailaremos una vez más antes de que termine la noche, Alter?

-Oh, sí, mi Rey.

Jon y Alter abandonaron el estrado.

-¿Cómo es bailar con un rey? -preguntó.

Alter lo había tomado del brazo y lo pellizcó suavemente.

-Es dulce. Pero practicar contigo esta tarde fue más divertido.

-Entonces baila conmigo -dijo Jon cuando comenzó la música que indicaba cambio de parejas. Jon la rodeó con un brazo; la mano derecha de Alter reposaba, pequeña y cálida, en la mano izquierda de Jon, y la uña rosada apenas le oprimía el nudillo del dedo índice.

-No te alejes tanto -susurró ella. Alrededor de ella se oía el murmullo de los largos trajes-, me gustará poder regresar a tu lado.

Una vuelta, reverencia, separarse, unirse otra vez: mientras recordaba los pasos Alter sonreía ampliamente. La música se elevó, ella se alejó de Jon y una muchacha vestida de azul la reemplazó. Jon movió la cabeza gentilmente y comenzó nuevamente la danza, mientras lanzaba una mirada a Alter: su nuevo compañero era un hombre de mediana edad, de cabello castaño y corto, labios gruesos, y cuyo pecho ostentaba la insignia real de la casa de B'rond. Jon intercambió con su compañera unas pocas palabras de cortesía, la música subió otra vez y un momento después Alter regresó a él con un giro.

-¿Con quién estabas bailando?

-Con la hija de un industrial. Su padre está en el transporte; en uno de los Tildón.

-¿Y yo con quién estaba bailando?

-Con el Conde B'rond.

-¿Te das cuenta de que en esos dos minutos me dijo que yo era hermosa, que tenía que verme otra vez, y que yo era la persona más deliciosa de toda la fiesta, y que al atardecer me esperaría en la entrada del castillo?

-¿Él y sus siete esposas? —pregunto Jon—. Tenía siete por lo menos antes que yo fuera a las minas. Creo que mató a un par de ellas, aunque... por accidente, por supuesto.

-¿Ése es? -exclamó Alter- ¿No hubo un escándalo hace unos años atrás, durante esa exposé de la aristocracia? Quedó tapado por todo ese asunto de la emigración del continente. Todavía siguen hablando de un tal B'rond.

Jon asintió.
-Aparentemente él tampoco ha cambiado muchos sus hábitos.

Alter enderezó los hombros y se estremeció.

-La sangre azul de Toromon no es lo que era antes. Recuerda al Rey Uske. Y finalmente hubo que eliminar a la Reina Madre. Los dos estaban chiflados. Petra es una excepción.

-Eso creo -dijo Alter, alejándose con la música, regresando, desapareciendo en un giro. Jon recibió a su nueva pareja mientras el vestido de seda beige de Alter se abría como una rosa susurrante.

Entonces la pared del oeste se puso blanca: espadas de luz recorrieron el piso. Las mujeres gritaban; los hombres retrocedían, cubriéndose la cara con los brazos. Las caracolas dejaron de sonar y el theremin graznó. Un momento después, el rumor de un trueno reemplazó la música, creciendo, debilitándose, mientras la oscuridad llenaba una vez más los altos ventanales.

Jon fue el primero en acercarse corriendo. Alter estaba junto a él. Los demás se precipitaron para mirar.

Jon llegó a la ventana del medio y arrancó el pesado marco. Alter apretaba sus hombros contra los de Jon mientras los demás pasaban corriendo junto a ella.

A lo lejos, entre las torres de la ciudad, las llamas quebraban la línea del horizonte.

-¿Qué es lo...?

-¡Es el edificio del Servicio Médico...!

-No, no puede ser. ¿No es por allá...?

-¡Han bombardeado el edificio del Servicio Médico! ¿No ves? ¡Es donde estaba el edificio del Servicio Médico!

Jon se abrió paso entre la multitud. Alter iba detrás, sosteniéndose el ruedo del vestido.

-¿Jon, es el Servicio Médico? -Jon le indicó que sí por encima del hombro.

Petra les salió al encuentro desde la otra ventana.

-¡Jon! -lo tomó de un brazo-, ¡Viste eso! -Petra sacudió la cabeza, como una bestia confundida, mientras el cabello rojo saltaba de un costado al otro, más brillante que las llamas que atravesaban la noche- No hay tiempo, Jon. Tenemos que ir a Telphar. Es lo único que nos queda. Yo iría contigo, pero alguien tiene que quedarse para ayudar a Let a mantener la ciudad. ¿Alter, irás con él?

Sorprendida, Alter asintió.

-Si puedes detener a ese enemigo, hazlo. Si puedes descubrir cómo se lo podría detener, dime y yo lo haré. Jon, hasta los informes han dejado de llegar. El ejército amenaza con retirarse.

-¿Podemos llevar a Arkor? -preguntó Jon-. Tal vez podamos usarlo.

Petra dudaba; se mordió el labio inferior y bajó la cabeza, pensativa. La levantó rápidamente.

-No, no puedo enviarlo con ustedes. No he querido hacerlo, pero tal vez tenga que usar sus poderes para obtener cosas del Concejo. Con más ataques como éstos tendremos que evacuar la ciudad. No puedo permitir que toda la población se haga añicos. El Concejo ya está aterrorizado y no se logrará nada a menos que yo use todos los métodos disponibles.

-Está bien -dijo Jon, respirando hondo. El salón de baile era un frenético alboroto-. Nos vamos.

-Adiós, Petra -dijo Alter.

La duquesa le tomó la mano con súbita urgencia.

-Adiós -dijo quedamente- y buena suerte.

Alter alcanzó a Jon en el arco de la puerta.

-El edificio del Centro Médico, Jon. ¿Eso no quiere decir que...? -dijo.

La conversación en el salón estaba llegando a la histeria.

-...quiere decir que la fuente más importante de reservas de medicamentos de la Ciudad se ha extinguido. Esperemos que no haya una plaga hasta que esté nuevamente en condiciones.

La hija del industrial vestida de azul había sido reclamada por el ex-compañero de Alter, el Conde B'rond.

-Es terrible -se lamentó Alter-. Me hace acordar algo que escribía una niñita en la pared, esta tarde, algo acerca de ser atrapado en un momento brillante... atrapado.

La voz grave del conde la interrumpió:

-Sigue siendo usted la mujer más hermosa que he visto en toda la noche -la mano enguantada era una mariposa sobre el hombro de Alter-. ¿Me permitiría verla otra vez?

Jon y Alter llegaron a la puerta y en primer lugar fueron a las habitaciones de la duquesa. Arkor les abrió la puerta.

-Sí, sé lo que pasó —dijo.

-Entonces, ¿cuál es la mejor manera de llegar a Telphar? -Jon dejó caer la capa negra a los pies de la silla.

-La cinta de paso no funciona, al menos hasta ahora. Esa conversión sin sentido ha dejado este lado inutilizable. -Mientras hablaba, sacó de un cuarto de vestir dos trajes de calle y se los dio.- Aquí no hay nada que yo pueda darles ¿no es cierto?

-Creo que no -dijo Alter, buscando entre los pliegues de seda de su falda. Todo lo que quería llevarme es lo que traje. -Sacó un manojo de papeles.

-¿Los poemas de Nonik? -Jon se sacó una bota calada primero y después la otra-. ¿Material de lectura para cuando las cosas se pongan aburridas?

Alter se desprendió la abotonadura de la espalda y el vestido la rodeó como un anillo de seda. Salió del círculo, se colocó una túnica verde y la ajustó a la cintura con un cinturón de cuero.

-Es mejor que deje estas cosas. -Se sacó los aros perlas, empezó a quitarse el collar de caracolas, luego se mordió el labio y se encogió de hombros.- Usaré esto. -Arkor les entregó unas sandalias y ellos comenzaron a atárselas.

Jon ajustó el cierre alrededor de la pantorrilla y metió los poemas en el bolsillo de la camisa, antes de calzarse las mangas tres cuartos sueltas.

-Te llevaré estas cosas.

-Extraño mis bolsillos -rió Alter.

El visófono zumbó y la duquesa anunció.

-Todos los yates reales están afuera. Les esperan dos lugares reservados en un vapor de tetrón que está en el muelle.

Poco después abandonaron las habitaciones de la duquesa.

Mientras salían apresuradamente del palacio, a pie, vehículos descubiertos transportaban a los invitados más elegantes de la fiesta. Hombro a hombro contra la noche indiferente, Jon y Alter se alejaron en dirección a la orilla de la ciudad.

CAPÍTULO SIETE

Una sirena todavía gemía en la oscuridad. Se había roto una cañería de agua y la calle estaba cubierta con un torrente negro y brillante. A calles de distancia, cimitarras color naranja brotaban de las llamas que se reflejaban en los charcos.

En la calzada se tambaleaba una figura blanca, que giraba absurdamente, en tanto que el borde empapado de la chaqueta le golpeaba las piernas. La luz mostraba un brillo oblicuo sobre el cabello blanco, con aspecto de soga. El farol de la calle reveló que se trataba de una banda de hojalata, arrancada de un tarro y doblada como un anillo. La mujer se volvió hacia la callejuela y gritó. Los chapoteos la siguieron a la luz.

Varios hombres y mujeres se acercaron vacilantes, parpadeando, arrastrando los pies, chapoteando en el agua. Un joven, con la cara tapada por el pelo, tenía grabado en la chaqueda del piyama: GUARDIA 739. Gritaba desatinadamente. Con unos dedos sucios no dejaba de retorcerse la oreja derecha.

Se produjo un alboroto. Todos se amontonaron alrededor de un dúo extraño: un hombre musculoso,

con el pantalón del piyama empapado, había hecho una toma de yudo a una frágil figura vestida de blanco. El blanco no correspondía a un camisón colocado apresuradamente ni a una sábana abruptamente arrebatada, sino a un uniforme de médico, de mangas cortas. Ahora estaba húmedo y arrugado. El hombre tenía los brazos amarrados detrás de la espalda y sus ojos entrecerrados daban testimonio de un par de anteojos perdidos. Su captor lo sostenía de un hombro y le golpeaba la nuca con el dorso de la mano. La figura prisionera cayó de rodillas sobre el pavimento resbaladizo.

-¿Podría...? -comenzó, y levantó la cabeza, contraído un músculo del cuello oscuro, para observar a la mujer alta-. Mire, no se da cuenta de que no está bien, de que ninguno de ustedes... Déjeme llevarla otra vez a...

La mujer alta había empezado a buscar entre los pliegues de la capa hecha con un cubrecama. Llena de frustración, gritó:

-¡Oh, que se quede quieto! -El hombre musculoso clavó el pie en la espalda del doctor y se rió a carcajadas cuando lo vio aplastarse contra el suelo. Entonces lo levantó de un sacudón.

-¡No puedo encontrarlo! -chillaba la mujer. Se le puso la cara blanca, luego roja-. ¡Oh, no puedo encontrarlo! ¿Quien lo ha robado? ¿Nadie va a responderme? ¿No saben quién soy yo? ¡Cómo se atreven a tratarme así! ¡No tienen ningún respeto!

Junto con el agua helada, la desesperación se derramó sobre el médico hincado.

-¡Ayuda! -gritó en la oscuridad-. ¡Ayúdenme! -El grito, no dirigido a nadie en particular, tampoco
intimidó a nadie, y su perseguidor simplemente ladeó la cabezota para observarlo gemir. Se rió una vez más y comenzó a mordisquearse la uña del dedo pulgar. Desde la calle lateral brotó un hombre de impermeable verde y botas de goma.

-Eh, vamos -ordenó con indignación-; estamos tratando de mantener el área evacuada hasta que arreglen la cañería de agua. Manténganse alejados de la zona inundada. -El oficial maldijo, tosió y se echó sobre el hombro la capa impermeabilizada.- ¡Apúrense antes de que los lleve presos!

-¡Me lo sacaron otra vez! -chilló la mujer, manoteando la sábana-. ¡No puedo encontrarlo! ¡Oh, por
qué no lo devuelven!

-Ayúdeme, por favor —gritaba el hombre. El muchacho del pelo sobre la cara y del GUARDIA 739 sobre el pecho sollozaba y se retorcía la oreja. El oficial se acercó rápidamente.

-¿Quienes son ustedes, chiflados?

Una mujer joven se le acercó, con un arrullo de paloma. Cuando pasó bajo la luz del farol el oficial vio que habría sido bonita si no hubiera tenido los ojos estriados como un cachorro. Lo abrazó y frotó la cabeza contra el impermeable húmedo.

-¿Eh, qué diablos se piensa que es...?

La mujer alta dio una vuelta alrededor del oficial.

-Joven, ¿Sabe usted con quién está hablando?

-¡Por lo que veo con la Reina de Saba! Le decía a ella de conseguir... -el oficial se balanceaba mientras la mujer se apartaba de él con el movimiento de un péndulo.

-¡La Reina! ¿La Reina? ¿Usted sabe quién soy yo? -preguntó otra vez la mujer-. ¡Oh, sujétele, quiere! -comenzó a rebuscar otra vez en la sábana.

El oficial aún estaba tratando de soltarse del cuello a la jovencita cuando con el oído izquierdo oyó una risita ahogada. Se volvió, más por instinto que por interés y vio unos labios carnosos y la punta de una lengua rosada que asomaba entre ellos, los párpados hinchados que cubrían unos ojos marrón oscuro, un cabello duro y amarillo como paja sobre un cráneo despejado, el mismo pelo sobre el pecho, coronando la clavícula gruesa...

...el hombre musculoso aplastó un puño contra la mejilla del oficial y luego lo golpeó en el cuello con el dorso de la mano.

-Ellos lo robaron -gritaba la mujer alta mientras el oficial colgaba de los brazos de la jovencita.

-¡Ustedes... ustedes no saben qué es lo que están haciendo! -gritó el médico. Ya casi estaba de pie-. Por favor, por favor permítanme llevarla a algún lugar donde puedan ayudarla. Escúcheme, venga conmigo a...

-¿Van a tenerlo quieto? -pregunto la mujer alta-. ¿Cómo piensan que puedo encontrarlo?

Sonriendo, el hombre musculoso arrastró por el pavimento al oficial inerte. Los pies desnudos levantaban salpicaduras de agua como guijarros chatos. Cuando llegó junto al doctor inclinó a un costado la cabeza, parpadeó como un mono asustado y le hizo una zancadilla al hombre, que nuevamente se fue de boca sobre el pavimento, gritando de dolor y sorpresa.

-¡Quieto! -chilló la mujer, quitándose la prenda húmeda de los brazos y haciendo giros debajo del farol.

El hombre musculoso se arrodilló en el agua, agarró por el cuello al hombre que estaba inconsciente y al que estaba consciente, los levantó y miró a una y otra cara, una laxa y sangrante, la otra convulsiva y jadeante. Se mordisqueó el labio inferior, luego el superior. Entonces apretó las dos caras contra el agua y las sostuvo allí.

El doctor se debatió durante un momento.

Sollozando, el joven de cabello largo se inclinó sobre el asfalto reluciente y tironeó del impermeable hasta soltarlo. De la cintura del oficial sacó algo largo y delgado y con él señaló al cielo. Con un dedo pulgar sucio oprimió la empuñadura y de la punta doble de la espada flamígera saltaron chispas.

La luz mostró la cara contorsionada del hombre musculoso y las manos atenazadas, de uñas mordidas, soltaron los cuellos doloridos.

Los labios descubrieron un diente roto y las comisuras de los ojos se arrugaron como un papel.

La mujer joven dejó de gemir y también lo hizo la mujer mayor, tratando de enderezar el círculo de hojalata, que la luz oscilante oscurecía e iluminaba.

-Eso -dijo, exhalando un suspiro- no es. Pero no importa. Tráiganlo igual. Alguien me lo robó, estoy segura. Pero lo encontraremos, no se aflijan. ¡Vamos! ¡No pierdan tiempo! ¡Vamos!

El muchacho alzó la cabeza y el pelo le cubrió los ojos. Las chispas se reflejaban en las lágrimas que le recorrían las mejillas.

-Por aquí —dijo Jon, indicándole el camino en dirección al callejón lateral.

-¿Qué pasó con la cañería de agua rota? -pregunto Alter.

-No puede ser tan profunda. Simplemente está mojado. Han bloqueado casi todos los caminos que llevan al muelle. Tendremos que dar una vuelta al campo de maniobras aéreas para poder llegar.

-Los dos sabemos nadar -Alter se encogió de hombros.

-Vamos.

Calle abajo, se podía ver las luces que iluminaban el pavimento inundado. Parecían mantos de
vidrio negro.

-¿Te diste cuenta alguna vez que las callecitas hacen que uno hable susurrando? -Alter echó una mirada a los depósitos y las vidrieras de los negocios vacíos quedaron atrás. Comenzaron a chapotear en el agua.

Al pasar bajo la luz la fachada invertida de un edificio, las ventanas polvorienta, la herida negra de la puerta y los escalones inclinados se astillaron sobre la superficie del agua. Un sonido ceceoso era la huella de la marcha firme y decidida de Jon y Alter. De tanto en tanto, Jon le rozaba la cintura con la mano; el hombro de Alter le tocaba suavemente los músculos del antebrazo, una confirmación física de la presencia mutua.

Cuando llegaron a la esquina, Jon se detuvo y apoyó una mano en el hombro de Alter. Alter parpadeó, interrogándolo en las sombras.

Como respuesta Jon alzó y volvió la cabeza, denotando sostenida atención.

Alter volvió la cabeza en la misma dirección, escuchando. Se oía el sonido distante de muchos pies en el agua,

-¿Malis? -preguntó Alter.

-Sigamos -dijo Jon. Pero cuando llegaron a la otra esquina se detuvieron otra vez. Algo se acercaba a ellos desde la vereda de enfrente.

Primero, una marca de fuego blanco quedó suspendida a mitad de la calle.

Jon apoyó nuevamente la mano en el hombro de Alter. Sorprendida, ella lo miró.

Qué es... entonces se volvió para mirar ella misma.

E! chapoteo crecía y la marca blanca se convirtió en una espada flamígera sostenida en lo alto por la mano de un hombre joven con piyama blanco: GUARDIA 739. De tras de él, con la mirada puesta en el faro brillante, una docena de figuras vacilaban, dando tumbos.

Cuando lo que es es congruente con lo que se supone, la reacción es funcional y los procesos mentales competentes. Cuando lo que es no tiene nada que ver con lo que se supone, la elección de reacciones es arbitraria. Algunas lágrimas. Quedarse o correr, reír o fruncir el ceño. Se supone que los malis, depravados y viciosos, acechan en las noches oscuras de la ciudad. Pero eso no era lo que ellos conocían como malis. Jon y Alter fruncieron el ceño.

De modo que cuando la mujer alta de pronto apuntó con un dedo furioso y temblequeante, gritando: “¡Por supuesto! ¡Ellos deben tenerlo! ¡Agárrenlos! ¡Rápido, antes que se escapen!"; Jon y Alter no estaban en guardia. Los movimientos vacilantes de las figuras encontraron un foco de atención: alguien se arrojó a las piernas de Jon y lo hizo caer. Otro tironeó del brazo de Alter y tres manos la sostuvieron por los hombros.

Mientras con la mente trataban de recomponer la realidad Alter gritó:

-¡Jon, mira! ¡Esa mujer! -Trataba de ignorar los dedos que la aprisionaban, pero de los codos para abajo todavía tenía las manos libres. Con la mano izquierda se tomó la articulación del codo derecho, sosteniéndolo como si tuviera un dolor... o el recuerdo de un dolor.

-Por Dios, es la Reina Madre. ¡Es la madre del Rey Let! -dijo Jon- Pero se supone que estaba en la guardia psiquiátrica de...

-...del Sercicio Médi... -en mitad de las palabras de Jon la comprensión de quiénes eran esas personas sacudió a Alter. Un puño de dedos comidos golpeó a Jon en el costado de la cabeza con tanta fuerza que se desplomó inconsciente en los brazos de la muchacha de ojos acuosos que había comenzado a arrullar.

La mujer con la corona de hojalata se abalanzó sobre Jon, luego se detuvo, mientras la bata pendía de los brazos extendidos.

-¡Él debe tenerlo! ¡Él lo ha robado! -se puso de cuclillas junto a Jon-. ¿Muy bien, qué hizo con eso?
¡A dónde lo llevó! ¡Contésteme, le digo! ¿No sabe quién soy yo? -Se levanto de un salto y le arrebató al joven la espada flamígera.

-¡Su Majestad! -gritó Alter, aterrorizada por la recordada agonía de su brazo-. Su Majestad, por favor -todavía se sostenía el codo y las palabras eran un susurro áspero y asustado.

El filo de la hoja permanecía en el aire. La vieja cabeza se volvió, mientras el cabello húmedo formaba mechones sobre las mejillas.

-Tú... tú me dijistes Su Majestad -dijo la mujer con una voz extraña-. ¿Tú me dijiste Su Majestad? ¿Tú sabes realmente quién soy yo?

-Usted es... la Reina Madre, la madre del Rey, Su Majestad. No le haga daño.

La espada cayó a un costado. La mujer se enderezó.

-Sí –musitó-. Sí. Así es. Pero é!... él me lo ha robado, estoy segura -los ojos se posaron otra vez en Alter-. Yo soy la reina, sí. Pero ninguno de ellos me cree. -Se dirigió a la gente que estaba a su alrededor.- Se lo he dicho a todos, una y otra vez. Pero ellos no creen que yo soy de verdad la reina. Oh, ellos me siguen porque digo eso. A veces hacen lo que yo digo porque cuando desobedecen me enojo. Pero ellos... ellos no me creen en absoluto. -Se quitó de la cabeza el círculo de estaño.- Vean, ellos me quitaron la corona. Tuve que hacer este anillo de estaño para reemplazarla. ¿Cómo puede creer alguien que soy de verdad la reina con una corona de estaño?

Alter abrió la boca, la cerró otra vez, finalmente dijo:

-Yo lo sé, Su Majestad. En cuanto a la corona, lo que importa es la idea, no el objeto.

En la cara de la anciana se formó una sonrisa.

-Sí. Así es. ¿Tu sabes quién soy yo? -Se puso otra vez la corona y extendió las manos en dirección al cuello de Alter. Alter se estremeció entre los brazos del hombre y de las dos mujeres que la sostenían. Pero los dedos tocaron el collar de caracoles.- Es una hermosa joya -dijo la mujer. Me parece... recordarla. ¿No tengo una igual? Quizá... rompí por accidente una así, hace mucho tiempo...

-Quizá -susurró Alter.

-Tu debes ser una condesa. O una princesa de la familia real, para usar esa joya.

-No, Su Majestad.

-Pero es del mar. Al menos una duquesa. Pero una mujer de la nobleza jamás inquiere en el rango de otra. Estoy comportándome indignamente. -Dejó caer el collar- Es suficiente saber que eres de mi familia. -Se volvió nuevamente a Jon- ¡Pero él! ¡El lo ha robado, lo sé. Lo mataré si no me lo devuelve!

-¡Su Majestad! -gritó Alter-, es mi amigo y es tan noble corno yo.

-¿Sí?

-Oh, sí, Su Majestad. El no le ha quitado nada.

-¿Estás segura?

-Estoy muy segura.

-¿Entonces dónde puede estar? ¡Alguien tiene que tenerlo!

-¿Qué... qué está buscando? -se atrevió Alter.

-No puedo... oh, no puedo recordar -se quejó la reina.

-Pero debe... seguir buscando. Eso no está aquí -susurró Alter.

Inmediatamente la anciana comenzó a buscar entre la sábana arrugada que usaba como toga.

-Sé que hace un rato lo tenía. Me quitaron la corona, el cetro, hasta me quitaron mi... Oh, no puedo encontrarlo por ninguna parte.

-Hasta desaparecieron los bolsillos -dijo Alter suavemente, inclinando la cabeza, sorprendida.

-Hasta los bolsillos -repitió la reina, mientras seguía revolviendo entre los pliegues-. Todo lo de la aristocracia ha desaparecido. Se lo han llevado. Nadie me cree. Debo usar una tonta corona de estaño. Ha desaparecido todo. Se han llevado... -un tendón del cuello se estremeció bajo la piel arrugada. Se le humedecieron los ojos. Levantó el arma reluciente y se volvió hacia Jon—. ¡Él la robó! ¡Yo sé que lo hizo! Si no lo devuelve lo...

Las manos que la sostenían se habían aflojado y súbitamente, Alter se abalanzó y rescató a Jon del brazo de la muchacha que arrullaba. De rodillas, se volvió para enfrentar a la espada.

-¿Alguna vez en la vida van a hacer cosas decentes? ¡Déjenlo! -el filo se detuvo y en el silencio Alter oyó que alguien huía velozmente calle abajo, alguien que debía de haber estado espiando la escena, observando desde la esquina para huir aterrorizado hasta tal punto, algún malí que en una ocasión así hubiera luchado con puños y armas, pero hasta él es derrotado por tanta locura-. Su Majestad -dijo nuevamente Alter apartando el otro pensamiento-, no lastime a este hombre. Usted es la reina. Yo no debería decirle qué... poco conviene que una reina se muestre tan irritada cuando no se le ha inferido ninguna ofensa. Si es la reina, tenga piedad.

-Yo... ¿yo soy la reina? -en la mitad de la última palabra hubo una inflexión de voz interrogativa. Siguió creciendo hasta llegar a un gemido. Por la trama arrugada de los párpados se filtraban lágrimas-. Ya me acuerdo -gritó. El arma cayó al agua y desapareció en el vapor con un silbido-. Ahora recuerdo. Era el retrato de mi hijo -retrocedió lentamente-. El retrato de mi hijo.

Se alejó lentamente, mientras seguía hablando a la ventura.

-Yo tenía dos hijos, saben -a medida que se alejaba los demás comenzaron a seguirla-. Primero me robaron al menor y luego asesinaron al otro. Pero yo tenía un retrato, un retrato en miniatura con un marco de metal, del tamaño de la palma de la mano, un retrato de mi hijo. Era del tipo del que solían vender en los muelles por media unidad. Pero ellos me lo robaron. Ni siquiera me dejaron conservar eso. todo, todo ha desaparecido...

Entonces el bruto de melena de cáñamo comenzó a moverse pesadamente tras ella, chasqueando la lengua. Con un movimiento lento el muchacho de GUARDIA 739 levantó la espada apagada y elevó al aire la punta roma. La muchacha comenzó con su arrullo una vez más y los siguió calle abajo. Los demás desaparecieron en la callecita lateral, y mientras avanzaban con paso inseguro las imágenes se reflejaban en el agua, invertidas y fragmentadas.

Jon se movía. Cuando se sentó. Alter apretó su cara contra la camisa empapada, respirando entrecortadamente.

-Jon, no viste... no lo viste...

El brazo de Jon le rodeó el hombro.

-No me había ido tan lejos –dijo-. Pude escuchar los últimos dos minutos.

-Hablar con ella -dijo Alter mientras finalmente recobraba el aire que le recorría los pulmones sin detenerse— sin gritar fue lo más difícil que he hecho en mi vida.

Jon logró ponerse de pie.

-Me alegro de que lo hayas hecho. Vayamos a ese bote condenado, y rápido. Eh, tranquilízate -añadió-. Ahora puedes soltarte el brazo. Estás a salvo.

Alter inspiró profundamente una vez más y se miró la mano izquierda que otra vez le sostenía el codo derecho.

-Supongo que ahora podré -dijo, y al cabo de un momento dejó caer la mano a un costado del cuerpo.

Llegaron a la zona costera cuando la luna iluminaba el mar, esparciendo chispas de plata. Se encaminaron a los muellles donde estaban los vapores cargados de tetrón.

Subieron a cubierta, la inspeccionaron y minutos después el sucio bote soltaba amarras y se internaba en el oleaje brillante. Se apoyaron en la barandilla, mirándose a las sombras huecas de los ojos, luego a las espiras de la ciudad que empequeñecían y nuevamente al mar tembloroso iluminado por la luna.

-¿Cuántas veces has hecho este viaje al continente? -preguntó Jon.

-Un par de veces con el circo, cuando íbamos de gira -dijo Alter-. Y después esas corridas de un lado al otro de la cinta de paso cuando comenzó toda esta cuestión. Pero eso es todo -Alter esperó mientras la sonrisa de él, que podía sentir pero que no podía ver, se convirtió en sonido y desapareció bajo el ruido del agua sobre el casco.

-Yo lo hice -dijo Jon- cuando me llevaron al panel de las minas y luego cuando salí, por el camino de la cinta de paso. Eso fue cuando llevamos a Let al bosque por primera vez. Y tres años después, cuando lo trajimos de regreso -Se volvió hacia ella, hacia las sombras de los ojos, hacia el cabello blanco plateado por la luna que le descubría la curva de la oreja- Ahora estamos aquí. -Una ola más grande que las demás les salpicó la cara- Solos y juntos.

-¿Qué es estar solo o estar con alguien? -preguntó ella.

-O más importante -dijo él, sintiendo que estaba transmitiéndole su pensar con más precisión-, por qué a veces uno se siente solo, aunque esté con alguien y otras... bueno, no solo.

La inclinación de la cabeza, la distensión de un músculo de la mejilla sombreada por la luna le dijeron a Jon que también ella tenía ese pensamiento.

-Cuando sepa la respuesta a ese... -Pero no sabía qué haría, y pensó: "quizá lo que haría sea la respuesta".

-¿Recuerdas cuando leíamos los poemas? -preguntó Alter- Estábamos completamente confundidos.

Él asintió.

-¿Cuál era el poema que no podíamos descifrar?

-Uno acerca de la soledad -dijo él-. No recuerdo el comienzo.

-Yo sí –recitó-: *Equívoco, maníaco y libre como una gran desesperación es la gran tranquilidad...*

Una voz lo continuó desde atrás y los dos se volvieron.

-... *grita a los serviles de la noche enfurecida; regresa, poeta, y enfrenta a los antiguos sueños, tal como las lágrimas caen junto al mar bajo la luz de la luna...* Eso es todo cuanto recuerdo.

-¿Dónde escuchó eso? -preguntó Jon.

Como respuesta la figura abandonó la sombra de la cabina. La cabeza era un huevo informe, arrugado, en el que la pelusilla había desaparecido a la altura de ojos, nariz y boca, aunque todavía le cubría la barbilla y el cráneo.

-Eso es todo cuanto recuerdo –repitió-. ¿Cómo terminaba?

-*Gente solitaria* -continuó Jon- *transita un sendero largo, suave y arenoso junto al ruido de las olas. La tristeza o la alegría, iguales y una, han provocado la raza acabada que yo inicié.*

El marinero hizo chasquear la lengua entre los dientes, sacudió la cabeza y se rascó la barriga con el dedo pulgar.

-Ese me gusta. -Un chaleco suelto y a rayas le cubría el pecho huesudo.

-¿Dónde lo escuchó? -preguntó Jon nuevamente.

El viejo marinero torció la cabeza y preguntó, arrastrando las palabras:

-¿Y para qué quiere saberlo? -Dejó de rascarse y los señaló con un dedo:- ¿Dónde lo escucharon ustedes?

-Lo leímos -dijo Alter-. Por favor, díganos, ¿quiere?

El marinero se encogió de hombros y se acercó a la barandilla.

-Hacen que parezca realmente importante -puso una mano sobre la baranda. El brazo flaco se aflojó y cedió ante la oscilación del bote-. Me lo dijo un chico que estaba con una pareja rara. Dijo que él lo había escrito.

-¿Un chico, con una pareja?

-Tendría veintiuno o veintidós años. Para mí es un chico. Los tres iban al continente. La mayor parte del tiempo estaban en sus camarotes. El tipo llevaba esa capucha rara. Pero el chico iba de acá para allá y hablaba con todos y recitaba esos poemas que había escrito. Ese era uno de los que me dijo.

-Seguramente Catham usaba la capucha para cubrirse la cara de plástico en el caso de tener que marcharse rápidamente sin la espuma viva -dijo Jon.

-No es extraño que no haya rastros del helicóptero que partió hacia el continente. Deben haberlo abandonado en la ciudad para poder tomar el bote. -Alter hizo una pausa.- Jon, él dijo que Nonik corría de un lugar a otro, que hablaba con todos, excitado, feliz. Eso no parece propio de un hombre cuya esposa acaba de...

-Yo no dije feliz -interrumpió el marinero-, esa palabra es suya. Más bien parecía histérico. Le hacía preguntas raras a la gente y esperaba la respuesta como si fuera un cachorro a quien uno acaba de pisarle una pata. Pero a veces se ponía de pie y se alejaba sin escuchar lo que le decían.

-Eso parece más razonable -dijo Jon-. ¿Cuánto tiempo hace de esto?

-El mismo día que bombardearon el ministerio de guerra de Toron.

-De modo que ellos también fueron al continente -dijo Jon-. ¿Dónde se bajaron?

-Los botes se detienen en la costa solamente una vez. Se bajaron en el mismo lugar en el que estaremos en un par de horas.

Detuvieron la marcha alrededor de una hora antes del amanecer. Iban a cargar el barco al mediodía,
cuando hubiera desembarcado la mayor parte de los pasajeros.

-¿Están seguros de que no quieren esperar a que salga el sol? -preguntó el marinero. Estaba sentado
sobre un balde dado vuelta, mientras convertía el palo de una escoba en una especie de totems malignos-. Por aquí hay muchos malis, y la noche es la hora de los malis -sostenía el palo con los dedos de los pies y esculpía con sumo cuidado sonrisas distorsionadas y entrecejos separados, mientras la hoja corta del cuchillo hacía tic-tic-tic.

-Queremos tener un buen comienzo -dijo Jon.

En el horizonte se veía una luna llena y baja, y cuando el marinero asintió con la cabeza la delgada
sombra del palo de la escoba recorrió la cubierta.

-¿Qué es eso? -preguntó Alter señalando a un casco abandonado y en sombras que estaba en los muelles.

El marinero levantó la vista.

-El barco del circo.

-¿Pero qué le pasa? -Estaba inclinado hacia un costado, y a pesar de la luz de la luna una porción del casco rojo y dorado exhibía ampollas negras que cubrían más de la mitad de su superficie.

-¿Qué le parece? -dijo el marinero-. Les dije que por aquí había malis. Ocurrió hace un mes, quizá.

-¿Qué ocurrió? -preguntó Jon.

-Cuando el circo reanudó la gira los malis del continente atacaron, incendiaron el barco, destrozaron el lugar. Mataron a un montón de gente...

-¿... mataron? -preguntó Alter.

El marinero asintió.

-¡Oh, Jon! -miró nuevamente el casco destrozado-. Yo trabajaba para ellos...

-Vamos -dijo él. Alter comenzó a caminar por la rampa inclinada, volviendo una y otra vez la cabeza blanca en dirección al barco en ruinas.

Mientras ascendían por la rambla, Jon preguntó:

-¿Crees que Clea, Catham y Nonik pueden estar por aquí?

-¿Por qué?

-Clea también solía trabajar para el circo. Tal vez volvió para buscar algo que se había dejado. -A través de un campo bañado por la luna, los toldos todavía golpeaban sobre sus mástiles- Probablemente ahora no estén aquí, pero pueden haber pasado.

-Puedo mostrarte su tienda -dijo Alter. Se dirigieron al prado. La brisa corría en dirección al mar y hacía que el pasto se inclinara hacia las olas, en tanto que más allá de la arena una espuma como marfil aplastado salpicaba la pradera. Se acercaron a una ondulante pared de lona. Al llegar a la entrada apareció una figura:

-¿Qué hacen ahí? -Los pantalones pertenecían a un uniforme militar, pero el chaleco sin mangas que se ataba sobre el pecho era propio de un pescador. El cabello rubio había sido cortado hacía tres meses al uso militar.

-Estamos mirando las tiendas, nada más -dijo Jon.

-¿Quién dijo que podían mirar?

-¿Quién dijo que teníamos que preguntar?

-No nos gusta que desconocidos se metan donde no les importa. Ha habido un montón de líos con los malis. El pueblo -con el mentón indicó un grupo de casas del otro lado de la pradera- no quiere desconocidos por los alrededores. La semana pasada hubo una invasión de malis. Mataron a un par de personas. No robaron nada. Simplemente destrozaron el lugar -lanzó una carcajada corta-. ¿Les parece poco?

Jon frunció el ceño; la pared de lona se enrollaba más rápido, luego se aquietó.

-¿Eh, qué pasa ahí? -se oyó una voz desde atrás de las lonas.

Lyn respondió por encima del hombro:

-No sé, Raye.

Una segunda figura apareció al lado de la primera.

-¿Crees que son malis? -Raye, más joven, más moreno, también llevaba un desprolijo uniforme militar.

-Podría ser -Lyn se encogió de hombros.

-No somos malis -declaró Alter-. ¿Los del pueblo los instalaron aquí para evitar que los malis entren en las tiendas?

-Podría ser -Lyn se encogió de hombros, se rió otra vez. Era un sonido tranquilo, como de viento: la
voz de un hombre que ha vivido a la orilla del mar, un sonido con algo de agua cayendo sobre una roca. Raye también se rió. Desde atrás también se oían unas risas.

Se volvieron y las risas aumentaron. Detrás de ellos había unos veinte más. Entonces acortaron la distancia, rodeándolos. Muchos llevaban restos de uniformes militares; la mayoría tenía ojos verdes y pelo oscuro. Había dos muchachas. Las risas alcanzaron el tono más alto.

-Dicen que no son malis -dijo nuevamente Lyn. Como una ola que se retira sobre la arena, el sonido
cesó.

Jon tenía miedo. También pensaba con rapidez.

-Apuesto a que no pueden probarlo -gritó alguien.

-Saben lo que les hacemos a los... malis.

-¡Vamos, mostrémosle lo que les hacemos a los malis!

Segundos más tarde, Jon y Alter, las manos fuertemente sujetas sobre la espalda, eran conducidos dentro de las carpas. Un hombre había arrojado un puñetazo gratuito a la mandíbula de Jon, que la sentía como si latiese. Pero Jon pensaba, meticulosa y rápidamente. El hombre que lo guiaba le dio un sacudón al pasar junto a varios montículos de tierra.

-Eso es lo que ustedes, los del pueblo, nos hacen a nosotros, los malis - Raye lanzó un silbido y luego los empujó violentamente del otro lado de la basura.

-¿Qué les hace pensar que somos del pueblo? -se sorprendió Jon.

-No me importa de dónde son.

Jon oyó que Alter respiraba rápidamente a causa de algún dolor que él no podía ver, puesto que la tenía detrás.

Sobre el pasto se extendía una alfombra de lonas amarillas en la mancha ébano de la luna. Estaban acercándose a la línea de los acuarios, cerrados de un extremo al otro. Jon trató de poner en orden la conversación que se oía a sus espaldas.

-¿Quién crees que tratará de salvar al otro? ¿Quién crees que escapará?

-Tiremos la moneda: cara, lo atamos y dejamos que la chica trate de salvarlo; ceca, atamos a la chica y vemos qué hace él.

-No lo dejes librado al azar. Quiero ver un buen espectáculo. Ata a la muchacha y a él sácalo del medio con el cuchillo.

-Diablos, escapará. ¿Cuánto quieres apostar que es un cobarde que va a escapar?

-Átalo a él y seguro que la muchacha va a disparar como un rayo.

-Igual será divertido. No va a llegar muy lejos.

La voz más poderosa de Lyn puso las cosas en orden.

-Sáquenles el dinero. A ella la atamos y a él le damos el cuchillo. No se entregará sin dar algún espectáculo.

Empujaron a Alter contra las lonas. Alguien trajo una soga y le ataron las manos. Durante un momento intercambiaron miradas, ni implorantes ni desesperadas, sino más bien miradas de concentración desesperada, mientras cada uno trataba de encontrar la fisura en la trama de acción y movimiento que los llevaba a una condena sin nombre. Ahora empujaban a Jon contra la carpa caída.

Los condujeron en dirección a la hilera de acuarios. A través del agua turbia, la luz de la luna capturaba la sombra de los botes que oscurecía ventana tras ventana. El agua estaba verde a causa de la algas. Hacía tiempo que no se limpiaban los tanques. El gran pulpo que había estado en exhibición probablemente había sido el primero en morir a causa de las impurezas. Debían de haberlo seguido los delfines, envenenados por el agua contaminada. La manta raya, que por naturaleza se alimenta de carroña, era la que mejor hubiera podido sobrevivir en el agua infectada, pero finalmente también había sucumbido y flotaba vientre arriba sobre la superficie llena de escoria. Los únicos animales grandes que quedaban eran los tiburones. Grandes y flacos, podía ser que fueran los últimos en morir contaminados. Ahora nadaban perezosamente de un lado al otro, olfateando el vidrio y los rincones del tanque.

Junto al borde de un carromato habían construido una plataforma con una escalerilla de madera. Con un empujón Jon y Alter cayeron al pie y con otro fueron arrojados sobre la plataforma, junto al borde del tanque. Lo que ocurrió a continuación -ocurrió en la mente de Jon- fue un desfile de partículas dispersas de información, de conocimiento y de fragmentos de conocimiento, de conjeturas, acción y azar. Todavía sentía miedo, pero de pronto una línea brillante cruzó las arenas deslumbrantes del pánico.

Los tanques habían sido separados por un sistema de cerraduras que permitía que cada tanque fuera vaciado y limpiado en forma individual. Pero cuando murieron los animales sacaron las paredes de un metro ochenta que separaban los carromatos y el agua había entrado hasta llenar el tanque hasta el borde. Abiertos y conectados, formaban una cubeta de tres metros sesenta de ancho y cuarenta y cinco metros de largo. A la luz de la luna ondulaban formas verdes. Cada tiburón -Tritón los había agrupado según el tamaño- pesaba entre cuatrocientas y cuatrocientas libras y media. Mientras Jon registraba en la mente cada uno de estos hechos, el agua, abajo, lamía el extremo del tanque.

Los costados habían sido acondicionados para evitar que alguien pudiera salir del tanque. Raye empujó a Alter, todavía atada, que cayó al agua. Jon respiró hondo y se sumergió mientras ella desaparecía del borde. Lo golpeó un agua poco templada. Subió como un resorte, escapando a la gravedad, y se quitó una sandalia. La presión que sentía en los oídos estaba disminuyendo, lo que significaba que nuevamente estaba llegando a la superficie. Se quitó la otra sandalia, salió a la superficie y echó la cabeza hacia atrás para sacudirse el agua de la cara. Lanzó una última mirada a lo que ocurría en la superficie: equilibrar y separar lo relevante de lo irrelevante. En el extremo del tanque Alter se hundía y reflotaba rítmicamente. Con una patada controlada, un buen nadador puede mantenerse a flote un período razonable de tiempo, aún con las manos atadas: Alter era buena nadadora (relevante).

-¡Eh! -gritó uno de los malis desde la plataforma. Era una muchacha (irrelevante), arrojó algo al aire, un cuchillo (relevante), y luego lo dejó caer en el agua. Jon se hundió detrás de él, siguiendo la espiral brillante hasta las profundidades del tanque, mientras por encima le pasaba una sombra. Pensaba: si pudiera cortar las sogas de las manos de Alter de modo que... El pensamiento se convirtió en una irrelevancia en el momento que tomó el cuchillo del piso de arenilla: ¡tenía lastimado el dorso de la mano! El cuchillo estaba tan afilado que con el movimiento suyo y el de Alter no hubo manera de evitar unos tajos y algunos rasguños. La sangre en el agua significaba muerte.

Era así cómo habían perecido los otros (¿irrelevante?). Comenzó a nadar por debajo del agua, salió a la superficie, aspiró otra bocanada de aire y se sumergió una vez más. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que se despertara la curiosidad de los animales? ¿Segundos, minutos? Cuanto más apartados se mantuvieran, él y Alter, más grande sería la indecisión de los tiburones. Se puso el cuchillo entre los dientes para que las manos no le ardieran. Desplazarse por debajo de la superficie llamaba menos la atención que chapotear arriba. Se impulsó hacia adelante, atravesando el agua como un cristal rutilante.

Un tiburón olfateaba tan cerca que la carne glauca resplandecía. A la superficie para aspirar tres bocanadas; se hundió otra vez, los músculos eléctricos y alertas, y agradeció a Alter en silencio por su paciente entrenamiento (apartar la idea de una hilera de dientes rastrillando esos músculos; y Alter estaba atada).

Con otra zambullida llegó al otro lado del acuario (cuál de las bestias, después de dar vueltas y vueltas se había decidido por una de las dos figuras, eligiendo la de Alter, las piernas como tijeras y el pelo blanco en la cara). Se sacó el cuchillo de los dientes; hubiera usado su propia sangre, su propia carne para lograr su propósito; pero algo se movió ante su vista borrosa, submarina, y Jon giró y le clavó la hoja, apretándolo contra el vidrio. Era un pez de tamaño regular, de unos treinta centímetros de largo, que se había corrompido en el agua contaminada. Ahora coleteaba y se retorcía en velos de sangre. Jon agarró el pez, le abrió con un tajo las branquias llenas de sangre y apretó la carcasa sanguinolenta contra el vidrio. Se dio vuelta en el agua (recordando las palabras de ella: "Echa la cabeza hacia atrás. Ahora levanta las rodillas y date una vuelta para atrás",

descubriendo que ese era el mismo movimiento) y con un golpe hizo a un lado la carne sanguinolenta, dejando una huella de descomposición y rojo.

Por un instante se sintió ciegamente sujeto a todos aquellos factores que no podía controlar, desesperación y aspereza, en su interior y en lo que lo rodeaba. Mientras la percibía, la situación le daba vueltas en la cabeza, como una moneda que cayera al agua junto con él. Por el otro lado había una sensación de control total que acompañaba al mayor alcance de su percepción. Apuntó al fondo del tanque, dejando una columna de sangre. La moneda giró como un huso.

El sonido se propaga más velozmente en el agua que en el aire. Los escuchó venir, arrojó el pez aun lado y se apartó de la pared de vidrio empujando con un pie. Con las manos rascó el piso de arenilla y el agua se oscureció con formas retumbantes.

¡Crash!

Se dio vuelta, apartándose del dolor de las manos lastimadas.

¡Crash! ¡Crash!

La pared recibió otros dos golpes más. Entonces…

-¡Cruuuuummmm!

… dos golpes al mismo tiempo, que lo impulsaron hacia arriba con violencia. Sacó la cabeza fuera del agua al mismo tiempo que escuchaba que se rompían las tres planchas de vidrio de tres pulgadas. Estaba rodeado de aire y espuma. ¡Había resultado!

Sin las cerraduras y con el agua extra, la presión del acuario era casi cinco veces mayor de lo que se suponía debía ser y bastante más de lo que teóricamente podía ser. Alguna circunstancia fortuita había mantenido a las paredes juntas. Pero unos pocos golpes de un par de tiburones de cuatrocientas cincuenta libras, hambrientos y barrenando en picada, lo habían logrado.

Tropezó sobre la hierba húmeda. Recordando sus caídas, dio un golpe con la mano y logró ponerse de pie, tambaleando. Jadeaba, consecuencia de la respiración agónica que había mantenido.

Todavía tenía el cuchillo en la mano. A la luz de la luna gibosa las gotitas que corrían por la hoja se convirtieron en perlas.

Tres de los tiburones que saltaron a tierra se retorcían y golpeaban sobre el pasto. Se volvió hacia la

pared hecha añicos. Raye, vaya a saber por qué motivos, había corrido hacia ese extremo del tanque para observar. Cuando la pared explotó, resultó casi destrozado por un pedazo de vidrio que le brillaba en el vientre deshecho.

Jon corrió hasta el carromato, saltó de un brinco la caída de agua y se arrojó al piso arenoso de los tanques. Alter yacía cara abajo, a seis metros del extremo del tanque; el nivel del agua todavía no era suficientemente bajo como para llevarla más lejos. ¡No podían haber transcurrido más de treinta segundos desde el momento en que estalló la pared! Pero Jon tenía conciencia de su acelerada percepción del tiempo. Aún así, no podía ser que ella... Ya estaba a su lado. La sacó del agua.

Alter abrió los ojos y la boca al mismo tiempo y aspiró una bocanada de aire. Cerró nuevamente los ojos, pero siguió respirando entrecortadamente. Jon cortó las sogas que le amarraban los brazos. En un par de ocasiones la rasguñó, pero las sogas cedieron y Alter encorvó los hombros y estiró los codos (y Jon recordó el ejercicio que ella le había enseñado para que la sangre circule nuevamente por los brazos) y se puso de pie con dificultad.

Jon la llevó hasta el borde dentado, lo saltó y la ayudó a pasarlo.

Los malis corrían a lo largo de los carromatos: recuperados del impacto de la explosión (se supone que un acuario no explota; pero había explotado ... la parálisis había durado casi tres cuartos de minuto), venían a recuperar su presa.

Jon y Alter atravesaron corriendo la pradera salpicada de vidrio, tratando de esquivar las figuras largas, frenéticas, que se agitaban cerca de ellos.

Alter estaba exhausta. Jon lo percibió por el temblor de la muñeca. Él mismo se desplazaba con la energía que le quedaba en las terminaciones de unos nervios destrozados. La carrera se convirtió en paso vivo. Cuando estaban a mitad de camino del bosque alguien dio un alarido; jadeantes, se volvieron para mirar.

Uno de los malis había pasado demasiado cerca de un tiburón. El animal saltó y lo agarró de una pierna. Los otros estaban tratando de ayudar. Jon se llenó nuevamente los pulmones lastimados y se tambaleó. Recién dejó de tambalear cuando las hojas comenzaron a golpearle la cara y cuando el alarido cesó.

Al cabo de cinco minutos llegaron a un claro en el bosque donde las rocas se alzaban unos seis metros. A mitad de camino de la elevación de granito, Jon se volvió.

Con el amanecer, un cuarto del cielo se había puesto gris. Cada árbol proyectaba una sombra doble: la del resplandor de la vieja luna y la nueva y roja del sol. Alter se dejó caer en la roca, se pasó la mano por la frente y se cubrió los cabellos blancos y húmedos con un casco. Repentinamente encorvó los hombros, como para retener la escasa fuerza que aún le quedaba en el cuerpo.

Al mismo tiempo, Jon sintió que los golpes de adversidad que le habían convertido el cuerpo tensionado en una máquina de supervivencia, comenzaban a ceder, uno tras otro: comenzaron a picarle los hombros, los muslos, las pantorrillas, las palmas doloridas. Se agachó junto a Alter

mientras cada músculo caía en el ácido de la fatiga como un peso de metal. Alter levantó la cabeza y dijo, suave y maravillada:

-¡Estamos a salvo!

Jon apoyó la cabeza en el hombro de Alter, tal como ella había hecho en la Ciudad en un momento similar, relajándose en la realidad de una piel húmeda contra una piel húmeda. Alter le puso la mano sobre la nuca y al cabo de un momento Jon levantó la cabeza y la miró.

Entre las ramas corría una brisa que agitaba las hojas.

-Puedo verte los ojos -susurró Jon-. Ahora hay luz suficiente, de modo que puedo verte los ojos.

CAPÍTULO OCHO

Cada persona se mueve en una dirección definida en busca de la madurez que se propone. Se aproxima a cada incidente desde esa dirección, la ve desde un lado; pero puede no ser el mismo lado para los demás. En

Toron, cuando Alter le gritó a la reina; " ¡Nunca va a hacer una cosa decente en su vida!" un joven malí que los había atacado por sorpresa, se volvió y se lo tragó la noche. Era Kino.

Aquí no podemos rastrear las experiencias que llevaron al joven al punto en que esta oración, fuera de todo intercambio, lo golpeó, le dejó deslizar en la mente algo que lo hizo detener bruscamente, permaneció con él cuando el resto del incidente se había unido a los muchos elementos inexplicables que había visto en las calles. No reconoció a Jon. No hizo conexiones entre el discurso quejoso y las ropas de hospital. Pero por razones propias, lo histérico, lo imperativo era lo que meditaba mientras se alejaba corriendo de la zona bloqueada, se deslizaba junto a los guardias y llegaba a la zona de la costa.

Mientras reflexionaba, sacó un pedazo de tiza del bolsillo y escribió en un cartel de guerra arrancado: Usted está atrapado en ese...

-¿Kino?

-¿Jeof?

Kino se volvió.

-¿Eres tú el que escribe esas cosas en las paredes?

-Algunas -dijo Kino, frunciendo el ceño protegido por las sombras.

El neo-neanderthal emergió a la luz lívida de la luna. En las barcazas del muelle una brisa tironeaba de un pedazo de papel que había quedado pegado por la humedad.

Kino se preguntaba si debía irse o quedarse.

-¿Qué estás haciendo por aquí, Jeof? -preguntó para esquivar la decisión.

-Es mi territorio -gruñó Jeof-. No vas a decirme que no puedo andar por acá.

-No, Jeof. No quise decir eso.

-Vete, Kino -dijo Jeof-. Tengo muchos problemas.

-Ya me voy -dijo Kino. Se guardó la tiza en el bolsillo. Se detuvo-. Jeof, ¿alguna vez has hecho algo digno en tu... bueno, has hecho algo de lo que puedas sentirte orgulloso?

-Me siento orgulloso -dijo Jeof bajando la voz. Alzó las dos manos, con las palmas abiertas y las convirtió en dos puños recortados contra la luz opaca-. Me siento orgulloso.

Kino retrocedió, pero continuó:

-¿Orgulloso de qué, Jeof?

-Es mejor que te vayas.

-Un minuto, un minuto. De verdad, Jeof, ¿de qué diablos estás orgulloso? -En la cara del neanderthal se reacomodaron los rasgos: la frente se aplanó, las mejillas se hundieron, la barra de músculos que mostraba en el extremo de la mandíbula se contrajo- Nadie más está orgulloso de ti. Después de esa cuestión con la esposa de Nonik, ¿crees que los peces de por aquí piensan que eres grande? No. Eres un mono muy pequeño. Y tal vez eres tan pequeño que ellos piensan que ni siquiera deberías estar por aquí. Quizás en este mismo momento hay un grupo de ellos sentados en cualquier lugar tratando de imaginar cómo pueden agarrarte y hacerte pedacitos, como tú hiciste con ella. Y quizás a las diez de la noche empiecen a buscarte. Y quizá vengan de la posada, donde ahora lo están planeando, para sacarte del agujerito que tienes en la tierra y así poder pisotearte, mono. -El último párrafo fue invención pura. Al empezar a hablar, Kino había visto la ocasión de reivindicar a su amigo.

-¿Entonces por qué me lo dices?

Kino se encogió de hombros.

-Simplemente porque me gusta avisar a la gente. Siempre lo hago. -Sintió que disminuía su habilidad para mantener el embuste- Te veo luego... espero -añadió y se dio media vuelta. El mismo miedo que lo había llevado a inventar la vendetta había destruido la sutil preocupación por la frase de Alter. Ahora marchaba apresuradamente, pensando: ¡Bueno, le di un buen susto! ¡Apuesto a que ahora anda con más cuidado!

No podemos rastrear las experiencias que llevan a un hombre a observar un fenómeno dado desde una perspectiva dada. En relación con nuestra percepción limitada, la mayor parte de sus reacciones son azarosas.

Jeof se quedó solo en las barcazas. La brisa agitaba el papel pegado al suelo. Una vez más apretó los puños y dejó que las palabras de Kino se abrieran paso en su cerebro.

-Estoy orgulloso –musitó-. Al menos estoy orgulloso. -Alzó la vista y de pronto la cara se retorció en una expresión sin nombre- Nunca me encontrarán -susurró y retomó la marcha.

Los caminos que siguió su cólera, qué dirección correcta y qué dirección equivocada tomó, qué causa tuvieron los juicios falsos y los verdaderos, eso tampoco podemos rastrearlo aquí.

Se detuvo dos cuadras más adelante, jadeando, frente a una pequeña puerta al pie de tres escalones de piedra. Bajó los tres en uno y aterrizó golpeando con el puño.

En la Olla del Diablo había muchos negocios ocultos donde los ladrones podían conseguir espadas flamígeras ilegales robadas a los guardias de

transporte; explosivos del gobierno, buena parte de un equipo sofisticado, preparado para una guerra que no se libró, había sido desviado mientras pasaba de depósito en depósito. A menudo esos negocios desaparecían y hacían su comercio por la noche. Cuando se abrió una rendija de la puerta, Jeof empujó y entró.

Cinco minutos después subía los tres escalones en uno y emprendía el regreso. Con una mano regordeta sostenía una esfera de bronce con un remache. Era una granada pequeña y poderosa. En una ocasión había arrojado una igual por la ventana de un crematorio cuyo dueño no había querido pagar por la protección. El estallido de fuego y vidrio, el brillo y la gloria pendían en su cerebro divorciados de la destrucción, un protegido instante de luz.

Se detuvo en la boca del sótano. Iban a buscarlo por allí. Las calles transversales en las que dormía a menudo en las noches de miseria no eran seguras. Otros malis las recorrían constantemente y podían encontrarlo. Tomó por la calle de la costa donde las luces de mercurio colgaban en escudos de bruma.

Una de las entradas que daban al muelle había quedado abierta por accidente. Cruzó la calle y pasó. Había solamente un bote. Jeof dudó. También habían sacado la cadena del pasamanos. La pequeña lancha estaba sucia y despintada. El capitán no la había cuidado y se había ido dejando todo abierto. Probablemente no había nada para robar que valiera la pena, pensó Jeof mientras trepaba a cubierta.

El bote se puso en marcha en medio del lodo que lamía a la ciudad. Jeof frotaba la granada contra la cadera. En otra noche como ésa podría haber roto las ventanas, podría haber tomado un balde con pintura para embadurnar la cubierta; esa noche iba simplemente a esconderse.

Cuando llegó a la puerta de la escotilla un sonido quejumbroso le hizo levantar la vista. Entonces, más allá de los edificios del desembarcadero, vio una explosión distante. Jeof se mordisqueó el labio inferior, disgustado, y se inclinó sobre el agujero enmohecido. Otro bombardeo inesperado.

Sigan y hagan volar toda esta condenada ciudad, pensó Jeof entre afirmaciones, preguntas y especulaciones. Tal vez perseguirlo a él serviría para distraer al grupo... les proporcionaría un botín. Se sentó en un rincón húmedo y se puso la granada sobre la falda. Que vinieran a buscarlo. Se preguntaba dónde había sido la explosión. El movimiento del bote hacía que la oscuridad que lo rodeaba cambiara de forma como una sustancia gelatinosa.

Let se precipitó entre el humo, que le hizo arder las fosas nasales y le raspó la garganta. Gritó:

-¿Petra, dónde estás?

A su derecha se iluminó una puerta abierta. Tosiendo, alguien se abalanzó hacia él.

-Let, por el amor de Dios...

-Nos han bombardeado, Petra. ¡Nos han bombardeado!

Con el viento, el humo se agitaba entre las caras azoradas. Estaban mirando alrededor cuando Petra lanzó un grito, llevándose la mano a la boca. Se había desplomado una parte del cielo raso y de la pared más alejada. Mientras se rompía una conexión eléctrica y se apagaba la última luz del vestíbulo pudieron ver la resplandeciente ampolla de la noche.

Petra lo agarró del hombro y dispararon por el vestíbulo, en tanto que a sus espaldas crecía el rugido de la piedra que caía para luego debilitarse en crujidos apagados.

-Por acá -Petra comenzó a subir por el tramo izquierdo de la escalera.

-¡Petra! -la tomó por la espalda-. Tendremos que ir por el otro lado. -De la pared se había desprendido un trozo de revoque, y detrás de los escombros había pilas de ladrillos. Dieron una vuelta alrededor de los pilares caídos y comenzaron a subir por el otro tramo de la escalera.

Recién cuando pasaron al guardia del palacio, aplastado sobre los escalones por un trozo de mampostería, el miedo tomó conciencia de sí mismo, como en un espejo en el cual se han corrido los cortinados.

-¿Dónde nos golpearon, Petra? ¿Todavía están bombardeando?

Como respuesta un trueno llenó el vestíbulo y el piso tembló. Cayeron trozos de vidrio. Se había roto el cristal del cronómetro del cieloraso.

En otra habitación de otro lugar de la casa alguien gritó.

-¿Qué pasará con el ala del Concejo? -preguntó Let mientras comenzaban a bajar el próximo tramo de escalera.

-Creo que allí explotó la primera bomba -dijo ella-. De otro modo, estaríamos muertos. Ven por aquí -traspusieron una puerta que daba al balcón más alto de la habitación del trono.

Al pasar corriendo junto a la balaustrada con columnas Let gritó:

-¡Petra! -señalaba hacia el vestíbulo de abajo. Sólo había una luz prendida en el extremo de la habitación. La gente se desplazaba por el piso de abajo proyectando dedos de sombra-. ¡Petra, mira!

Se acercó a él.

-¿Qué están haciendo, Petra? ¿Quiénes son?

Petra le puso la mano en el hombro y Let sintió la presión.

-¿Qué es...? -comenzó él. Entonces, en respuesta, se agachó. La duquesa se agazapó junto a él.

-Tan rápido... -susurró, sacudiendo la cabeza-. Tan rápido... ellos ya están aquí.

-¿Quiénes son ellos?

-Mira.

Abajo se movían las figuras, mirando con sorpresa a derecha e izquierda. Uno corrió hasta una ventana y tironeó de un cortinado hasta que se le cayó encima. Los demás se rieron, pero el primero se envolvió la cintura con el brocado colgante y se acercó a los otros arrastrándolo como una cola. Otro hombre, frente a las incrustaciones preciosas de la pared, estaba laboriosamente aplicado a sacar una de ellas con la punta de un cuchillo. Un tercero arrastraba velozmente algo debajo de la túnica, arrancando de un pedestal que había servido a alguna estatua histórica.

-Pillos, ladrones, vándalos -susurró Petra-,... malis.

Súbitamente por la entrada más alejada irrumpieron tres nuevas figuras: dos hombres mayores y una mujer. La vestimenta era tan rica como pobre la de los vándalos, pero arrugada, polvorienta e igualmente llena de polvo de carbón.

-Son del Concejo -susurró Let-. Seguro que acaban de escaparse.

Los tres nuevos y los otros se enfrentaron en un momento cargado de electricidad. Entonces el hombre vestido con el panel de brocado dio un paso adelante.

-¿Qué hacen aquí? -preguntó.

Los concejales, aturdidos por la fuga, sólo lograron acercarse más entre sí.

El que hablaba, envalentonado por el silencio de los otros, gritó una vez más.

-¿Qué están tratando de hacernos? -con las palabras que siguieron llegó un flujo de culpa-. Aquí no
tienen nada que hacer. ¡No pueden sacarle a la gente... lo que les corresponde por derecho!

Los miembros de Concejo sacudieron la cabeza, más por confusión que por negativa. La mano de la concejal Tilla subió nerviosamente al collar de ágatas marinas. El concejal Rillum jugeteaba con el extremo de su cinturón de oro.

-No hacíamos más que tratar de escapar de... -comenzó el concejal Servin, tranquilizándose.

Pero un vándalo gritó:

-¡No los dejen escapar! ¡Van a hablar! ¡Van a hablar! ¡No los dejen ir! -Y de pronto se abalanzaron
sobre el acobardado trío.

A continuación, un hombre agitó el collar de ágatas marinas en el aire y una mujer corrió hacia la puerta arrastrando el cinturón de oro.

Petra se aferró con más fuerza hasta que el rey se desplomó. Al darse cuenta de la fuerza con que lo sostenía, Petra dejó caer la mano.

-Let... –murmuró-. Oh, mi Rey...

-¿Petra?

-¿Así? ¡Oh, así no!

-Petra, tal vez lo que dijiste de la aristocracia sea cierto, quizás es mejor que...

Petra se volvió súbitamente con una mirada furiosa que le hacía brillar los ojos en medio de las largas sombras provenientes de la única luz.

-La aristocracia –repitió-. En el peor de los casos es un manto de sargazo sobre la neurosis que puede tener cualquier sociedad; su propio nombre equivale a su muerte. Pero al menos ha tenido la dignidad de aplaudir en el pasado su propia orden de ejecución si el documento era elocuente -regresó al balcón y echó una mirada al piso de abajo, vacío con excepción de tres cuerpos retorcidos junto al pie del trono-. Ahora, en la gente, ha desaparecido todo lo que sea aristocrático, que sea aristocrático.

-En el bosque -dijo Let al cabo de un momento-, dirían que ha desaparecido todo lo que sea histosentiente.

La duquesa lo miró con expresión interrogante.

-Ha desaparecido todo lo que sea humano -tradujo él.

Pasos detrás. Luego:

-¡Allí están! ¡Allí están! ¡Allí! ¡ese tiene que ser el rey!

Se alejaron del balcón corriendo, sin mirar, y se internaron en el laboratorio[1] de corredores.

-¡Los agarraremos! ¡Es tan sólo una mujer y el chico es rengo!

[1] Juro que en el libro viene laboratorio, pero para mí que debería ser “laberinto”. La traducción no ha sido muy cuidada y hay errores ortográficos graves (Nota del corrector digital)

Pero no los agarraron. Conocían ciertos recovecos del palacio que los saqueadores no conocían. Finalmente se ocultaron en una glorieta del pequeño parque que había detrás del castillo.

-¡Ahora sigúeme! -susurró de pronto el rey!

-Pero donde...

No obstante, el muchacho se puso en marcha y ella lo siguió: a través de una puerta, por encima de un pequeño puente y bajo un arco. Corrían a lo largo de la pared que bordeaba la Avenida Oysture. Cuando llegaron a las casas-colmena Petra preguntó nuevamente:

-¿Mi Rey, adonde vamos? -miraba las lenguas de fuego que se alzaban entre las espiras de la ciudad.

-¡Vamos! -ahora era él quien la tomaba del hombro con fuerza-. Ahora no podemos hacer nada, Petra. ¡Ven conmigo, por favor! -inmediatamente ella se acercó y lo siguió.

La ciudad estaba aterrorizada. La gente huía de las casas y luego regresaba corriendo para treparse a los techos y observar el espectáculo. Las fuerzas que antes habían estado tratando de reparar la cañería rota se dividieron en dos para luchar contra las llamas que ardían en el centro de la ciudad. En las calles todo era caos y azar. Aprovechando la confusión Petra y Let pudieron llegar a la zona de la costa prácticamente sin ser vistos.

Silenciosa durante los últimos quince minutos, Petra gritó por tercera vez:

-¿Let, a dónde vas? -se volvió otra vez para observar las torres-. Arkor todavía está en el castillo. Jon y Alter están tratando de llegar a Telphar...

-Y tú no puedes hacer nada -terminó la frase de ella-. Por favor, vamos ¡Por favor!

-¿Pero a dónde?

-A los botes, Petra. Vamos a embarcarnos.

-¿Que? Pero, Let...

-Porque no queda otra cosa por hacer, Petra. ¡Y porque yo quiero! Esa es la única razón. Si no hay nada que puedas hacer, al menos comparte esto conmigo.

Estaba confundida y en la confusión resolvió seguirlo a lo largo de los muelles. De pronto apareció un grupo de individuos enfurecidos, y uno gritó:

-¡Allí están! ¡Miren las ropas!

Se volvieron y comenzaron a correr junto a las embarcaciones. Detrás de ellos el grito se metamorfoseó:

-¡Sáquenles las ropas! ¡Deben de ser ricos! ¡Sáquenles las ropas!

A unos pocos metros encontraron la entrada de un desembarcadero entreabierta.

-¡Por aquí! -gritó el rey y la duquesa lo siguió. Let se detuvo a mitad de la rampa de acceso del único bote y le dio la mano. Ya en cubierta, ella le ayudó a alzar la rampa y a arrojarla contra el muelle. Mientras llegaban corriendo al timón, los perseguidores se amontonaban en las compuertas.

Petra miraba hacia atrás, a la expectativa. Un momento después algo se estremeció bajo cubierta. Al gemido del motor le respondió un retintín de simpatía de la cadena de la baranda.

-¡Ven aquí, Petra! ¡Se está moviendo! ¡Ya estamos en marcha!

Petra se alejó de las figuras que poblaban el borde del muelle (y no vio que tres saltaban por un costado del bote, no vio cuatro manos que se resbalaban del borde de la cubierta, no escuchó dos cuerpos que chasqueaban en la espuma; tampoco vio las dos manos que se sostenían. Entonces en la cubierta apareció un codo, una cabeza oscura, otro brazo). Cuando llegó junto a Let, que estaba al timón, Petra había enronquecido.

-¡No, Petra, no mires la ciudad! ¡No mires más que adelante! ¿A dónde iremos? ¿A tu isla? ¿Al continente? ¿O siempre a lo largo y más allá de la barrera? ¡Iremos a lugares nunca vistos, descubriremos nuevas islas!

Petra miró adelante (y no vio que la figura agazapada se adelantaba, luego vacilaba al oír las voces, miraba a derecha e izquierda: la portezuela estaba abierta. Descalzo, se lanzó sobre la cubierta que brillaba con la luz proveniente de las torres en llamas y se metió en el agujero).

-Oh, Let, ¿por qué...?

La noche se desbordaba sobre el agua, brillante y ondulada.

-Petra, ¿te acuerdas de ese muchacho que me contaba del sol que salía sobre el mar, haciendo arder el agua? Bien, por él, entonces, navegaremos derecho hacia la mañana. Quienquiera que sea, navegaremos por él.

-Es de noche -susurró ella, pensando: Oh, Let, no es por él, no es más que otro gesto egoísta, como muchos de los que hemos hecho, del tipo de los que han permitido que todo esto se precipite como ha...

-Pero pronto... -le respondió con otro susurro, pensando: No ves, Petra, que lo único que queda por
salvar somos nosotros, que es el único gesto que podemos hacer, porque todo se ha derrumbado y ya no es...

Mientras los dos, el muchacho y la mujer, permanecían en cubierta con medias verdades que pugnaban entre sí para formar un todo, Jeof parpadeó, se empinó sobre un codo y sintió los latidos del motor. La espuma golpeaba

del otro lado de la mampara y Jeof pensó, aterrorizado, ¿Vienen a buscarme? La mano regordeta levantó la granada.

Bajo la luz intermitente que caía sobre la portezuela descendió una figura. Jeof se apretó contra los discos tachonados y los pestillos de la cerradura le lastimaron los hombros. La figura se volvió y por un instante se iluminó completamente.

-¡Kino!

-¡Jeof!

Apartó el picaporte, y en el desembarcadero, donde las figuras seguían observando la embarcación, vieron que por sobre el agua ardía una ampolla fugaz. El brillo de energías erráticas y en colisión se agitó sobre los rostros de todos, por un instante resplandecientes como la mañana.

CAPÍTULO NUEVE

Una brisa recorría el bosque mientras descendían por la pendiente agrisada por el amanecer.

-Tendremos que detenernos dentro de una hora -dijo Jon- para descansar,

-¿Puede ser dentro de media hora?

Jon trató de sonreír.

-Seguro.

Algo brillante y giratorio cruzó por el aire y cayó entre las hojas.

-¿Quieres tirarme eso de nuevo? -dijo alguien desde los árboles

Desde la penumbra de las hojas miraron el metal que había caído a tierra. Jon se agachó y lo recogió.

-Acá está -dijo, mostrándolo-. Ven a buscarlo.

Un brazo apartó una rama y apareció un hombre. Era difícil decir su edad. Sin camisa, con los pantalones harapientos sujetos con una soga, la figura caminaba con una pierna ligeramente rígida. Tenía un hombro algo jorobado y el brazo derecho colgaba sin vida a un costado del cuerpo. El pectoral velludo cambió de forma cuando extendió la mano buena en dirección a la moneda.

Jon la retiró, sin embargo, alejándola. Era una medalla con figuras de varios edificios que se unían en una cúpula única con el sol que iluminaba desde atrás. En el borde inferior, con letra sin serif, estaba grabado:

CIUDAD DE LOS MIL SOLES

Jon frunció el ceño y la ofreció otra vez. La recuperaron unos dedos anchos y fuertes con uñas amplias y sucias.

-¿Así que quieren descansar, compañeros? Que les parece unas sábanas limpias y un buen colchón con resortes hidráulicos para poner las sábanas? Pongan todo eso en una habitación de color verde claro a donde no llegue ningún ruido, en la que no pueda entrar más que el sol de la mañana y hojas más oscuras...

-Está bien -dijo Jon. Hay un punto en el agotamiento en el que una tortura tan amistosa puede provocar dolor físico, en la garganta, en el abdomen, detrás de las rodillas-. Está bien, ¿de qué están hablando? — repitió Jon.

-Si quieren descansar, vengan -dijo el hombre, se volvió y se echó a andar por el matorral.

Aceptaron ir detrás más para poder hacer preguntas que para seguirlo:

-¿A dónde quieres que vayamos?

-¿No leyeron el sello?

Subieron más peñascos, apartaron más ramas. La niebla de la mañana todavía era espesa y cuando finalmente se abrieron paso a través del follaje chorreante, una luz brillante les hizo arder la cara. Estaban en un pequeño acantilado que daba a la montaña.

Mientras la bruma dorada desaparecía debajo del martillo de cobre del sol, vieron un lago entre las montañas. En la orilla del lago, había gente construyendo una ciudad. El artista que la grabó en la moneda debió de haberla imaginado así. Cuando los vio en el disco Jon no pudo decir si los

edificios eran de madera o de metal. La mayoría era de madera. Y desde el momento del grabado se habían sumado más estructuras.

-¿Qué lugar es? -preguntó Alter cuando empezaron el descenso del peñasco.

-Como dicen, la llaman Ciudad de los Mil Soles. Todavía están construyéndola. Hace muy poco que está acá.

-¿Quién está construyéndola? -preguntó Jon.

-Los malis.

Vio que los hombros de Alter se ponían rígidos.

-Malis -repitió el guía- Agitadores. Sólo que estos malis son tan agitadores con la mayoría de los otros malis como con el resto de este mundo caótico. -Llegaron al pie del peñasco, donde ya había hierba- Hace muchos años que están aquí, en el bosque, construyendo su ciudad junto al lago.

-¿Por qué la llaman Ciudad de los Mil Soles? -preguntó Alter.

El guía se encogió de hombros y emitió un chasquido.

-Entre la transmisión de materia, la energía del tetrón, los jardines hidropónicos y los acuarios, Toromon tiene suficiente potencial científico como para abastecer de comida, vivienda, beneficios y trabajo creativo a toda su población, así como para elevarse y tocar las estrellas. Unos pocos -unos muy pocos- han comenzado a organizar tal esfuerzo. Cualquiera que quiera dar una mano es bienvenido. Aquí todavía hay muchas incomodidades, pero podemos hacer que descansen. Los Mil Soles son las estrellas que ellos alcanzarán algún día.

-¿Y nosotros? -preguntó Jon- ¿Por qué salieron a buscarnos?

-Bueno, si seguían en la misma línea se hubieran perdido al cabo de unos cuatrocientos metros. Si hubieran seguido derecho yo no habría tenido que salir a buscarlos. No se puede dejar todo librado al azar.

Entraron en las polvorientas calles de la ciudad.

Al principio nada pudo registrarse claramente. En una esquina, una bomba arrojaba un chorro de agua ambarina dentro del agujero de una cloaca. Una mujer vestida de overol estaba trabajando con una pequeña linterna a acetileno. Cuando ellos pasaron se quitó las antiparras y les sonrió. Pasaron por una torre de transmisión donde había un hombre con las manos en las caderas, dándole instrucciones al hombre que estaba en la antena. El que estaba en lo alto tenía puesto un uniforme militar. La tensión en el estómago de Jon era una reacción condicionada a la vestimenta de los malis que había conocido anteriormente. Desapareció cuando los dos hombres se volvieron y saludaron con la mano al guía de Jon.

En una dirección se veían los campos a través de las casas muy espaciadas, y a gente trabajando. En otra dirección estaba el lago, y dos hombres, un neanderthal y un guardia del bosque, negros contra el sol, sacaban del agua una red brillante sujeta a los extremos opuestos de un malacate. Orden, pensó Jon, no como una palabra sino como una percepción sub-verbal con la cual uno podría percibir la métrica de un poema elegante y tortuoso. Alter le tomó la mano. Al mirarle los ojos grandes, observadores, Jon supo que ella sentía lo mismo.

Del otro lado de la calle, una carretilla se detuvo con un crujido frente a un edificio grande. La empujaban un guardia del bosque, dos hombres y una mujer. Mientras se enjugaban las caras húmedas -un hombre fue hasta la fuente de la pared y bebió de la copa de bronce que estaba debajo- salió del edificio un grupo de jóvenes, riéndose y haciendo ruido. Llevaban delantales de trabajo, el instructor llamó a un guardia joven, que le llevaba casi una cabeza, quien se inclinó sobre el motor que estaba al costado de la carretilla. Hizo algo mal y la clase se rió. El muchacho alzó la vista y también se rió. Hizo algo bien y el motor comenzó a zumbar. El instructor valoró la tarea y la mitad de la clase se subió a la carretilla, que empezó a rodar. Dos de los jóvenes, una chica y un muchacho, silbaban en armonía.

-Vengan -dijo el guía. Se volvieron y continuaron por la calle.

-¿Quién está a cargo de esta... ciudad? -preguntó Jon.

-Lo conocerán después que hayan descansado -dijo el guía. Ahora pasaban junto a una loma donde
se veía un grupo de personas sentadas o deambulando.

-Esos son recién llegados -explicó el desconocido -. Después que duerman vendrán aquí, para hablar con nuestros jefes.

Desde una calle surgió un grupo de niños, que obviamente no eran nuevos en el lugar, riendo y gritando; se precipitaron sobre la loma y se dispersaron entre los adultos. El juego ya había alcanzado su punto máximo porque ahora se dividían en grupos más pequeños y tranquilos.

Un joven soldado sentado en uno de los bancos de la loma había sacado de su bolsillo un puñado de monedas y las había dispuesto formando un cuadrado al que le faltaba un ángulo. Cuando arrojó una moneda al ángulo que faltaba, uno de los chicos -un neanderthal robusto- dejó a sus amigos y se acercó para observar, frotándose la nariz de tanto en tanto.

El soldado lo vio y sonrió.

-¿Quieres probar? -preguntó-. Es un juego que solíamos practicar en el ejército, el Erramat. Ves, cuando arrojo la moneda al ángulo saltan dos monedas del lado opuesto y nosotros tratamos de adivinar cuáles serán.

El muchacho asintió.

-Lo conozco.

-¿Quieres probar un par de tiros para ver qué pasa?

El muchacho se acercó al banco, formó un cuadrado con las monedas con sumo cuidado y sacó algo del bolsillo de atrás. Era un semicírculo calibrado con un escantillón de metal que giraba sobre su centro. Colocó el instrumento a lo largo de la diagonal del cuadrado y apuntó al ángulo. Luego midió la distancia y se puso en cuclillas para hacer saltar la moneda.

-Tres y cinco -dijo, indicando las monedas que suponía que iban a saltar. Arrojó la moneda y del lado contrario dispararon la tres y la cinco. Reacomodó el cuadrado, hizo otra medición y dijo:

-Dos y cinco -Tiró. Saltaron la dos y la cinco.

El soldado rió y se rascó la cabeza.

-¿Qué haces con eso? -preguntó mientras el muchacho medía otra vez- Eres el primer mono que juega... bueno, casi como un guardia.

-Uno y siete -dijo el muchacho.

Tiró.

Uno y siete saltaron del otro lado del cuadrado.

-Simplemente mido el ángulo de desplazamiento de la línea de impacto.

-¿Eh? -preguntó el soldado.

-Mira -explicó el joven neandertha-, la moneda que tiras tiene un índice de rotación de digamos, omega, que en la mayoría de los casos es desatendible, de modo que no tienes que preocuparte por la fuerza de torsión. Lo mismo vale para la aceleración, mientras sea lo suficientemente fuerte como para golpear por lo menos dos monedas y no tan fuerte como para destruir toda la matriz: a esto llámale constante k. Lo único que importa realmente es el ángulo de desplazamiento, theta, desde la diagonal de la matriz de la línea de impacto. Una vez que percibas esto con exactitud el resultado es un simple vector que resulta de la adición de la fuerza tomada a través de todas las posibilidades de quince...

-Espera un minuto -dijo el soldado.

-No tendría que llamarse Erramat -concluyó el muchacho- Si uno percibe todos los factores con precisión, no hay ningún tipo de azar.

-Eso es demasiado profundo para mí -dijo el soldado, riendo.

-No, no es así -respondió el muchacho-. Piensa cómo te enseñan en la escuela. ¿Vas a ir a la escuela
aquí también?

Jon, Alter y el guía se habían detenido nuevamente para escuchar. Jon se dirigió a la loma y tocó el hombro del muchacho. El soldado alzó la vista, el muchacho se volvió: tenían expresión de sorpresa.

-¿Quién te dijo eso? -preguntó Jon-. ¿Quién te mostró como hacerlo? -Jon tardó un momento en descubrir que la sorpresa era por su aspecto salvaje, por la barba y no por la pregunta- ¿Quién te lo dijo? -preguntó nuevamente.

-La mujer -dijo el muchacho-. La mujer que estaba con el hombre de la cabeza rara.

-¿Era de pelo negro? -preguntó Jon-. ¿Y el hombre que estaba con ella, tenía media cara transparente?

-Así es -dijo el muchacho.

Jon miró a Alter.

-Jon -dijo ella-, están acá...

-Por favor, vengan conmigo -dijo el guía-. Tendrán que descansar o van a perder el sentido.

-¡Tienen que estar acá! -repitió Jon, mirándolos a todos.

Los llevaron a una habitación en un edificio de alojamiento. Era verde y cómoda, y cuando despertaron era la tarde y las hojas que se estremecían del otro lado de la ventana con el peso de un pájaro cantor eran bronce contra púrpura.

-Este lugar -dijo Alter al guardia del bosque que los interrogaba. La ventana estaba abierta y soplaba una brisa cálida proveniente del otro lado del agua- Nunca pensé ver un lugar como éste en el mundo en que vivo. Es algo como para soñar en otro planeta.

-Es bien de este mundo -le aseguró el guardia-. Cuando la confusión es muy grande, las posibilidades son que por lo menos algunos se muevan en la misma dirección. Siendo seres humanos como son, si le dan oportunidad, el orden se expande casi tan rápido como la confusión.

-¿Cómo llega la gente aquí?

-Oyen hablar de esto; en todo Toromon tenemos gente que va de un lugar a otro, un buen número de guardias telépatas. Necesitamos mucha más gente capacitada, pero estamos consiguiéndola lentamente.

-¿Qué pasa con mi hermana y con Catham? -preguntó Jon-. ¿Cuándo podremos verlos? Tenemos que hablar con ellos inmediatamente. Venimos de Toron. Nos envía la Duquesa de Petra, en nombre del Rey.

-Oh -dijo el guardia levantando la cabeza y uniendo las manos.

-Sabemos que están aquí -dijo Alter-. Hablamos con un muchachito que los vio.

-Ellos no están aquí -dijo simplemente el guardia- Estuvieron aquí hace un tiempo. Durante esos días Clea dio varias conferencias de matemática para graduados y enseñó algunas clases elementales. Probablemente ese muchacho estaba en alguna de ellas. Roth hizo una muy eficaz evaluación de nuestra situación económica y sugirió varios caminos para salir de algunos problemas que ya hemos empezado a encarar. Pero estuvieron aquí sólo lo necesario para casarse. Después se fueron.

-¿A dónde fueron?

El guardia sacudió la cabeza.

-Dijeron que esperaban volver. También dijeron que podrían no volver.

-Jon, dile del enemigo...

-¿La computadora de Telphar? -preguntó el guardia- Sabemos que se enloqueció. Ellos deben de
haber ido allá.

-Ese es nuestro destino también -dijo Jon-, si no los encontramos.

-Por qué no se quedan aquí -había muy poca interrogación en la voz.

-Nos hemos propuesto terminar con este asunto -dijo Jon.

Después de medio minuto de silencio el guardia dijo:

-¿Sabían que el Rey y la Duquesa de Petra, la mayoría de los concejales y otros miembros de la familia real están muertos?

Escuchaban atónitos, aún después que las palabras cesaron.

-Toron fue nuevamente bombardeada, esta vez muy duramente. Atacaron el palacio real. Tres cuartos de la población de la ciudad destruidos. Los evacuados se trasladan al continente. El informe llegó esta mañana cuando ustedes dormían.

Una vez fuera se dirigieron a la orilla del lago y miraron las montañas irregulares. Con las últimas luces del atardecer las llamas de bronce se extinguían sobre el agua. La grúa elevada proyectaba una cuña de sombras sobre la arena.

-¿Qué estás pensando? -preguntó ella.

-En ti y en mí. Eso es todo lo que nos queda.

-Tengo miedo -dijo ella con calma.

El último sol abandonó el agua.

-¿Alter? -preguntó él-. El muchacho que te regaló el collar, el que murió en la guerra, ¿Lo amabas?

Se sorprendió.

-Me gustaba mucho. Eramos buenos amigos. ¿Por qué lo preguntas otra vez?

Atravesó silenciosamente el laberinto de sus pensamientos. Finalmente dijo:

-Porque quiero casarme contigo. Eres mi amiga. Yo sé que te gusto. ¿También me amarás?

Alter respondió con un susurro y en la variación de la voz Jon pudo escuchar que primero consideraba y luego respondía:

-Sí -y con mas suavidad-: Sí.

La acercó más y la tomó de la cintura.

-Casarnos y quedarnos aquí –dijo-. ¿Alter? Si no queda nada, entonces no está bien... Y no puedo ver nada.

-Es lo que yo quiero hacer -dijo ella-. Si no me lo hubieras pedido tú, lo hubiera pedido yo -hizo una pausa-. Jon, si hay algo que tenga sentido... yo tampoco lo sé. Pero lo que quiero es esto.

-Entonces lo tendremos.

Esa noche preguntaron cómo hacer para casarse. Se casaron al amanecer sobre una plataforma de piedra junto al lago mientras el fuego trepaba sobre las olas.

CAPÍTULO DIEZ

Mientras estaban sentados en la loma junto con los recién llegados, esperando orientación, el quejido de los aviones rasgaba el aire. Miraron las nubes y a medida que aumentaba el ruido Jon sintió que se le endurecía el cuello. La tensión se apoderó de Alter. Alguien más había saltado. Entonces el sonido languideció y se miraron entre sí con nerviosismo.

El hombre que estaba de pie sacudió la cabeza.

-Cada vez que oigo esos malditos aviones me dan calambres en el estómago. Uno se pregunta a dónde irán después. -Se sentó otra vez- Quizás a pesar de todo debería estar contento. Estuve en el bombardeo del penal de las minas, y si no hubiera sido por eso ahora no estaría acá. Sin embargo...

-¿El penal de las minas? -preguntó Jon- ¿Bombardearon las minas?

-Hace un par de días -explicó el hombre.

-¿Por qué estaba en las minas? -preguntó Alter.

El hombre chasqueó la lengua.

-De la Olla al pozo –dijo-. Es una historia bastante desdichada. Estuve allí porque me agarraron haciendo lo que hice -seguía sonriendo, aunque era claro que no quería entrar en más detalles.

-No quiero ser curioso -dijo Jon-, ¿pero qué hay ahora en las minas?

-¿Qué hay? Si alguna noche consiguen un poco de alcohol nos emborracharemos juntos y se lo diré. Pero sobrio no puedo.

Tratando de darle nombre a la urgencia interna Jon dijo:

-Sabe, yo conocía a alguien... estuvo en la mina en una ocasión... y quería saber qué le ocurrió.

-Ya veo -dijo el hombre, más comprensivo-. Si estaba allá hace dos días -se encogió de hombros-...

la bomba. ¿Quién era?

-Koshar -dijo Jon, buscando un nombre y encontrando solamente el propio-. ¿Conoció a Jon Koshar?

Los ojos se achicaron, y Jon pensó: nosotros entrecerrábamos los ojos así, cuando salíamos de las chozas oscuras al púrpura de las tardes y el sol inflamaba los helechos.

-¿Usted conocía a Jon Koshar? -la voz sonó sorprendida y Jon esperó la explicación-. El muchacho
que escapó años atrás ¿Lo conocía?

Jon asintió.

-¿Qué pasó con él?

-¡Pero él escapó! -la sonrisa desconcertada del hombre interrogaba en sí misma-; ¿No sabe lo que significa eso?

Jon sacudió la cabeza.

-Déjeme contarle -dijo el convicto-. Llegué a la prisión unos seis meses antes de que el chico Koshar escapara. Nunca lo vi. Pero después me dijeron que su mesa estaba justo a dos mesas de la mía. Pero no lo recuerdo. Conocía de vista a uno de los tipos que mataron, al más pesado. Pero nunca trabajé ni hablé con él. Después, unos cuantos tipos me dijeron que ellos sabían algo, pero yo no supe nada. Y pienso que los tipos que dijeron que sabían todo simplemente estaban tratando de tomarme el pelo. Pero yo recuerdo lo que pasó. Mi cucheta estaba justo al lado de la ventana y todas las noches cuando me iba a dormir veía que el faro se balanceaba de aquí para allá y la luz entraba a través de la red de acero. Esa noche estuve despierto y pude ver que llovía. La red de la ventana brillaba.

"De pronto se escucharon afuera los gritos de los oficiales. En algún lugar empezó a sonar una sirena y alguien vino y echó abajo la puerta con la empuñadura de su espada flamígera. Primero lo hicieron con la mitad de las barracas y luego salió la otra mitad y permaneció bajo la lluvia, escuchando gritos durante media hora. Para ese entonces se había echado a correr el rumor de que tres tipos habían tratado de escapar. Los guardias no nos decían nada, pero nosotros sabíamos que debían haber tenido éxito suficiente como para causar todo ese ruido. Finalmente, nos dejaron volver a la cama y , con el pelo húmedo y partículas de pasto entre los dedos de los pies, me deslicé entre las sábanas. A la mañana siguiente, cuando salimos para la inspección, había dos cadáveres en el barro.

"Tan pronto como nos dejaron ir empezaron los rumores; pero escaparon tres; ¡uno todavía debe estar suelto! ¿Usted cree que lo agarraron? ¿Cómo se llamaba? ¿Era el chico Koshar? ¿Por qué no le tocó estar boca abajo en el barro? ¿Quizá no participó en eso y desapareció por alguna otra razón? Pero yo escuché de alguien que sabía que iban a hacer eso, y que él estaba con ellos. Entonces todavía tiene que estar libre. ¿No le parece?

"Dos semanas más tarde hubo otro nuevo intento de fuga. Los agarraron antes de empezar. Uno de los oficiales, antes de aflojarle la mandíbula a un tipo le dijo:

"-¿Qué diablos estaban tratando de hacer -y el tipo sonrió y dijo:

"-Iba a salir a buscar a Koshar.

"Eso fue cuando empezó. De pronto todo el mundo hablaba de Koshar. Se inventaron toda clase de historias, como por ejemplo que había sacado una roca que había caído sobre el pie de un tipo en una cueva, y esa otra historia sobre él y otro tipo, que estaba adentro por envenenamiento, que decía que habían improvisado un laboratorio para cocinar algo para un oficial particularmente asqueroso. Casi todo lo que se hizo allí, ahora dicen que el que lo hizo fue Koshar. Para terminar, finalmente nos dijeron que sabían que estaba muerto. Dicen que pasó la barrera de radiación y se cocinó; ese fue el motivo de que jamás devolvieran su cuerpo.

'Pero las noticias tuvieron el efecto contrario. Fue como si el hecho de que los oficiales pensaran que podían destruir lo que era importante sobre Koshar, diciendo que estaba muerto, los hiciera objetos de burla. Y nosotros nos burlábamos de ellos. Eso fue hace tres años. Y aún cuando bombardearon las minas, tres días atrás y recibimos heridas de muerte, los pocos que lograron salir todavía podíamos reírnos algo y decir 'Bueno, después de todo tal vez encontraremos a Koshar". -El hombre hizo una pausa- Así que ya ve, cuando usted me dijo que lo conocía, eso provocó algunos cambios. -Se rascaba el hombro del uniforme- ¿Qué sabía usted de Koshar?

Jon se preguntaba si se veían su alteración y su orgullo confundido.

-Simplemente que escapó, incluso de la barrera de radiación.

-¿Volvió a Toron?

-Allí fue... donde lo conocí.

-Qué... -el hombre se detuvo, la expresión suspendida en el placer de la anticipación. La sonrisa se suavizó-. Me preguntó si quiero saber. Sería algo así como los guardias que decían que estaba muerto. ¿Estaba bien?

Jon asintió.

-Bien -dijo el hombre-. Quizás algún día venga a Ciudad de los Mil Soles y yo pueda conocerlo -miró los edificios que lo rodeaban- Esta es la clase de lugar en el que debería terminar. ¿Para usted él significa algo especial? Nosotros no lo conocimos. Usted sí -suspiró y luego se rió.- Tengo que pensar en eso durante un tiempo.

-Yo también -dijo Jon y se alejó.

Cuando llegaron al otro lado de la mesa, Alter preguntó:

-¿Qué estás pensando?

Jon miró al pasto que aplastaba con las sandalias nuevas.

-Estoy recordando la prisión y algo que estaba pensando anoche.

-¿Qué era? -preguntó ella.

-Anoche me preguntaba: ¿Yo, o algo de lo que he hecho, todos los esfuerzos para mejorarme, la acrobacia y todo eso, significan algo? Cuando dejamos a esa gente del circo pensé que lo único que significaba algo era la disciplina. Cuando descubrí que la duquesa estaba muerta y que el propósito de nuestro viaje se había reducido a la nada, pensé que nada tenía sentido... excepto tú. Y ahora... -la voz se debilitó.

Un neanderthal se acercaba a ellos del otro lado de la loma.

-Eh, amigos -los saludó-. Creo que los seguiré viendo por acá cuando vuelva.

Jon y Alter alzaron la vista.

-Al principio pensé que me quedaría aquí, pero creo que voy a seguir. -El neanderthal llevaba un equipo militar, y con los brazos sólidos describía amplios arcos.

-¿No te quedas? -preguntó Alter-, ¿por qué?

-Como le expliqué al entrevistador, tengo cosas que hacer entre mi gente.

-¿Qué cosas? -preguntó Alter.

El neanderthal se acercó a ellos, extendió la mano y mientras Alter la estrechaba dijo:

-Me llamo Lug. ¿Ustedes como se llaman?

-Alter -le dijo ella-. El es Jon, mi esposo.

-Encantado de conocerlos -dijo Lug-. Lo que tengo que hacer es lo siguiente: todavía hay mucha gente mía que no está aquí. Quiero enseñarles cosas que he aprendido, cosas que me han enseñado. Quizá hasta pueda enseñarles a volver aquí, ¿eh? -le dio un codazo a Alter y se rió-. Tal vez pueda enseñarles a volver aquí y a aprender más. Pero tengo que ir hacia ellos. Por otra parte... -echó una mirada al cielo-, esos sucios aviones podrían venir acá. Esto es muy bonito, pero tal vez tampoco sea seguro -se puso otra vez en marcha y se volvió para decirles-: Los veré cuando regrese.

Al cabo de un momento Alter preguntó:

-¿Quieres quedarte aquí, Jon?

-No -dijo él-.Yo quería casarme contigo, pero de alguna manera confundí eso con la tranquilidad y el descanso y -señaló a su alrededor- con esto. Nos han sacado de un mundo para arrojarnos en éste; pero uno define al otro, Alter. No puede ser seguro. Voy a seguir el viaje a Telphar y si puedo voy a parar la computadora. ¿Quieres venir a ayudarme?

Ella asintió.

-Nosotros también regresaremos -le dijo Jon-.Este es un lugar para regresar cuando uno ha terminado.

-Se lo diremos ahora -dijo ella.

Una hora después miraban al lago.

Alguien dijo:

-¿No quieren algo para recordar el lugar? -Arriba, medio oculto por las rocas, estaba el hombre que los había encontrado por primera vez en el bosque. Con la mano buena les arrojó el sello- Áteselo en su collar, señora. Mírelo de vez en cuando y piense en nosotros.

Cuando Alter levantó el disco, el hombre ya había desaparecido.

Una vez más miraron la Ciudad de los Mil Soles.

-Ojalá podamos volver -dijo Alter.

-Entonces vayamos.

Temprano por la mañana localizaron desde el costado de la hondonada a unas figuras harapientas,
errantes, que avanzaban a tientas a lo largo de la corriente.

-¿Quién diablos son? -preguntó Alter.

Observaron hasta que el grupo estuvo más cerca.

-Más prisioneros -dijo Jon con suavidad.

-Pensé que podían ser malis. ¡Uh!, más parecen haber sido atacados por los malis que... -hizo una
pausa- ¡Jon, son mujeres!

Jon asintió.

-De cada veintisiete pozos, veinte eran trabajados por mujeres convictas.

Se escuchaba una conversación incoherente. Una mujer tropezó. La guía respiró profundamente y le pasó una mano mugrienta por la cabeza rapada.

-Vamos, querida, así nunca encontraremos a Koshar -la ayudó a ponerse de pie.

-Deberíamos bajar -dijo Alter- e indicarles el camino a la Ciudad.

Jon la detuvo tomándola del hombro.

-La corriente de agua que siguen lleva al lago. Van a desembocar directamente en ella.

Las mujeres desaparecieron entre los árboles.

Cuando se pusieron en marcha, Alter dijo:

-¿Qué pasó, Jon?

-Estaba recordando -dijo él- las cosas de la prisión. Las minas de los hombres y de las mujeres estaban completamente separadas, y nunca vimos nada siquiera parecido a una muchacha, aunque estaban sólo a dos kilómetros de distancia. Era muy difícil estar allá adentro, especialmente para los tipos jóvenes como nosotros que teníamos que soportar a los viejos si no queríamos que nos agarraran a golpes. Los únicos que iban de un lado al otro eran los guardias: ese es uno de los motivos por lo que los odiábamos. Solía hacerse una broma que decía que si había algo más difícil que escapar era soportar. Probablemente era un guardia el que hacía correr la broma.

A medida que se acercaban a los campos de lava los árboles adelgazaban lentamente. En una ocasión un ruido sordo proveniente de detrás de los árboles los hizo detener. Detrás de una elevación cubierta de pasto encontraron un sitio privilegiado. Un tanque pasó rodando y aplastó el pasto.

-Esta debe ser la última retirada del "enemigo".

-Ahora para retirarse están usando los tanques que habían guardado para la "guerra" -dijo Jon.

-¿Crees que los está asustando la computadora?

Un tanque más chocó contra el primero.

-Sea como fuere -musitó Jon- no da la sensación de que tengamos muchas posibilidades.

Sólo había una cosa más que podía hacerlos dudar: el grupo de guardias junto a los cuales pasaron una hora más tarde. Tanto los hombres como las mujeres que estaban sentados en el claro tenían la triple cicatriz de

los telépatas. La brisa hacía estremecer a una capa de piel negra. Un hombre retorcía con aire ausente el brazalete de cobre que le rodeaba la muñeca. Era el único movimiento mientras los guardias se relacionaban en silenciosa comunicación. Lo experimentó sabiendo que sus pensamientos eran propiedad común de todos ellos. Ni siquiera levantaron la vista.

-¿Estabas pensando en Arkor? -preguntó Jon después de unos minutos de camino.

-Hum-hum.

-Quizás ellos saben si está vivo, o dónde está.

-Otra cosa para averiguar cuando regresemos.

En el horizonte vieron un resplandor más pálido que el atardecer, más mortecino que el mar, una gasa luminosa detrás de las colinas. Dejaron atrás esqueletos de árboles añosos, sin hojas, petrificados. Parecía que los restos desmigajados hubieran sido esparcidos a puñados; no se reconocían arbustos ni pisadas. Junto a un peñasco, debajo de un trozo de madera, corría un hilo de agua que reflejaba la luz sobre ambos lados. Alzaron la vista.

Sobre el horizonte, contra las líneas de luz, como cortada -no, arrancada de un papel carbónico- se veía la silueta de una ciudad. Las torres se alzaban una detrás de la otra en medio de la niebla perlada. Una red de caminos laceraba las espiras.

Pudieron descubrir el hilo minúsculo de la cinta de paso que partía de la ciudad y viraba a la derecha. Pasaba a media milla de distancia y desaparecía sobre el bosque detrás de ellos. Telphar: sintió que la palabra se estremecía en su cerebro.

-Es tan familiar que me causa escalofríos -dijo él.

-Tiene un aspecto escalofriante -asintió ella.

Se pusieron nuevamente en marcha. Desde las profundidades del desierto brotaba un camino que se elevaba hacia Telphar. Lo tomaron y siguieron la dirección de la ciudad alucinada.

-Es como regresar a un lugar con el que uno ha soñado antes, como revisar algunas fantasías psicó... -hizo una pausa, recordando. Ante ellos, las torres eran negro sobre azul intenso.

-¿Crees que queda algún militar? —preguntó Alter.

-Lo sabremos pronto. Todavía sigo preguntándome cómo se defiende la computadora. Aparentemente, tiene una cantidad de equipos de control remoto, pero qué significa eso con respecto a lo que nosotros...

Adelante, entre las sombras, se escuchó un trueno. Se aquietó luego se hizo mayor. De pronto, desde el resplandor de la torres surgió un

Juggernaut similar a los tanques que habían visto en el bosque, pero con el techo emplumado por una superestructura de antenas. Como un escarabajo gigante, se arrastraba hacia ellos.

-Al costado del camino -silbó Jon-. Tú ve a la izquierda, yo iré hacia la derecha.

El tanque se arrancó de las sombras. En la parte delantera, en letras de imprenta negras estaba grabado: USTED ESTA ATRAPADO EN ESE BRILLANTE MOMENTO EN QUE CONOCIÓ SU SENTENCIA.

Cuando se separaron, el tanque se detuvo. La antena dejó de girar y comenzó a balancearse de izquierda a derecha. El frente del tanque se levantó y la voz de un hombre, extrañamente familiar, llamó:

-¡Jon, Alter!

Jon se volvió para mirar a su esposa, del otro lado del camino, que seguía agitando la cabellera blanca.

La figura que saltó desde el tanque era un hombre joven que tenía un sólo brazo útil. Fue recién cuando tocó tierra que Jon lo reconoció como el guía de Ciudad de los Mil Soles.

Detrás de él, en el tanque, estaban Catham y Clea.

-¿Qué hacen aquí? -preguntó Jon cuando se recuperó de la sorpresa-. ¿Están tratando de detener a la computadora?

Clea sacudió la cabeza.

Rolth estaba en la burbuja del tanque, mirando las torres oscuras que los rodeaban.

-¿Entonces qué están haciendo?

Por encima del hombro Rolth respondió:

-Estamos trabajando.

Jon y Alter estaban desconcertados, pero Clea, en lugar de responder se acercó a Rolth. Con el interrogante en los ojos, Alter y Jon miraron al guía.

-Clea está tratando de terminar su teoría del campo unificado y Rolth está dando los toques finales a su interpretación histórica de la acción individual.

-¿Entonces por qué vinieron aquí?

-Para que Rolth pudiera concluir su teoría tenía que comparar y relacionar la mayor cantidad posible de modelos mentales individuales. Archivados en el banco de memoria de la computadora hay cientos de miles

de psico-modelos, literalmente uno para cada persona que tuvo algo que ver con la guerra.

CAPÍTULO ONCE

-¿Y usted qué está haciendo? -gritó Alter desde el otro lado del camino.

Jon la siguió con un más poderoso:

-¿Quién es usted? -pero en la voz ya había señales de reconocimiento.

-Nonik -dijo el hombre-. Vol Nonik. Y tú ya conoces a estos dos.

Ahora Jon reconoció a su hermana. Junto a ella, la luz del atardecer penetraba en el interior de la cara de plástico de Catham.

Lentamente, Jon y Alter retrocedieron juntos.

-La computadora -dijo Jon-, vinimos por la computadora...

-Suban con nosotros -dijo Rolth-. Los llevaremos hasta la computadora.

Mientras subían al tanque intercambiaron saludos silenciosos. Cuando la puerta se cerró, Clea apretó la mano de Alter.

-Me siento tan contenta de verte. -La expectativa terminó de metamorfosearse en acción- Hay una cantidad incalculable de datos astronómicos y atómicos que deben ser procesados y reprocesados antes de que Clea pueda saber si su teoría es correcta y para hacerlo aquí está la computadora más grande del mundo.

-¿Y ustedes -preguntó Alter-. ¿Por qué están aquí?

-¡El tranceivículo! -exclamación de Jon-. Los comunicadores que tienen injertados en la garganta, ¿qué pasa con ellos, para qué sirven? Se los injertaron inmediatamente después que dejaron la Universidad.

Nonik rió suavemente.

-Me salvó la vida, ¿no es cierto? -con la mano sana levantó la que le colgaba y la dejó caer sobre la falda-. Después de que me hicieron esto, después de lo que le hicieron a ella... -se le quebró la voz y tanto Clea como Catham se volvieron y lo miraron con expresiones apenadas, pero de pronto la voz se recuperó- Catham seguía trabajando en su teoría, pero estaba en la Universidad, lo que significaba que estaba fuera de contacto con una buena parte de Toromon. Ha ocurrido otras veces: uno crea una hermosa teoría acerca de la sociedad y de la psicología; entonces viene un tipo de la calle que no sabe nada y dice: "Eh, se olvidó de tal y tal cosa", y así sale el trabajo. Para Catham yo fui el tipo de la calle. -Se rió nuevamente y le gritó a Catham- Tenía que asegurar que no dijeras algo demasiado estúpido en esa abstracción, ¿eh, Rolth?

-Más o menos -respondió Rolth- Lo que yo quería era la visión de alguien definitivamente al margen de la sociedad -como por ejemplo un brillante jefe malí, un observador lo suficientemente sagaz como para ser un poeta- para comparar mis puntos de vista. Ayudaste muchísimo, Vol.

El poeta emitió un nuevo chasquido, pero una vez más el sonido terminó en una media nota, sin resolución y tensa.

-¿Conociste a Clea en la Universidad? -preguntó Alter.

-¿Qué? Oh, no. Solamente su trabajo -dijo Vol-. Ella publicó algunos artículos en la revista de matemática, creo que era sobre la distribución aleatoria de los números primos, verdad, Clea?

-Así es, Vol.

-Fascinante -dijo Nonik-. Maravilloso. No es divertido, podemos decir exactamente qué porcentaje de números primos habrá entre dos números dados aunque no podamos todavía llegar a una fórmula para predecir exactamente cuáles son, a no ser por el ensayo y el error. Impredecible y predecible. El producto de los primeros N primos más uno a veces es otro primo. Pero entre el primo enésimo y el primo llegamos a la conclusión de que siempre hay otros acechando, los números reales. Como las irregularidades de un poema, los recovecos en significado y sintaxis e imaginación que atrapan lo violento, lo muy bello. -Luego, susurrando débilmente- ...ella era muy bella...

Clea y Rolth miraron hacia atrás de nuevo.

-Creo que podríamos decir que nos conocemos -dijo Clea- Él ha leído mis artículos, yo he visto algunos de sus poemas. Algunos habían sido publicados y se distribuyeron copias en la Universidad. Eran muy lúcidos, muy claros -enfatizó las palabras claros y lúcidos, como si hubieran podido arrebatarlo de sus ensoñaciones, pero Nonik seguía mirando el piso fijamente- y lograban reunir lo disperso y caótico en un orden que puede percibir muy de cerca.

-Ya estamos por llegar —dijo Rolth.

Una pared de la habitación estaba cuajada de cuadrantes, altavoces, cintas de grabación. Distribuidas en el piso, había algunas consolas con teclado.

-Esta es una de las habitaciones de control de la computadora -dijo Rolth-. Fue instalada para mí. La de Clea está abajo. La máquina en sí misma ocupa varios edificios sobre el oeste. Cuando sale la luna se los puede ver por esa ventana. Los militares han abandonado Telphar definitivamente. Nosotros somos los únicos que quedamos.

-¿Cómo se defiende la computadora? —preguntó Alter.

-Bastante bien -dijo Rolth. De una cabina que estaba contra la pared sacó una llave inglesa-. Esto tiene fines puramente demostrativos –dijo-, ¿entiendes?

Jon pensó que se dirigía a él, pero de uno de los altavoces llegó una voz: Entiendo.

A lo largo de la pared había varias pantallas visoras, y de pronto Rolth arrojó la llave inglesa a la cara de la pantalla. La llave no llegó. Se detuvo en medio del aire, se puso roja primero, blanca después y finalmente desapareció con un ¡puf!

-Ya ven, la computadora ha logrado tomar el control de toda la ciudad, la ha cubierto con una red de campos de inducción; dentro de sus límites. uno está en observación constante en cualquier lugar. Se repara a sí misma e incluso tiene en sus circuitos un potencial de crecimiento. Con lo que ellos no contaron fue con una de las cosas que la computadora pudo aprender por esos modelos mentales que almacenaba: el hombre tiene en su cerebro un circuito de supervivencia. Creo que esta es la mejor manera de describirlo. Es algo bastante importante y nunca nadie trató de duplicarlo en una máquina. Pero esta máquina lo incorporó a sí misma mientras "crecía". Está programada para ignorar cualquier programa que se le dé para dejar de funcionar...

-Más o menos como uno ignora a alguien que le ordena caer muerto -agregó Vol.

-Pero cuando trataron de desconectarla por la fuerza comenzó a reaccionar en consecuencia.

-Supongamos que la persona que le ordena a uno caer muerto luego usa una espada flamígera cuando no lo hace -añadió Vol.

-Al principio era una cuestión defensiva, desgraciados intentos para desmantelarla, ocasionalmente con resultados drásticos. Pero otra cosa que había aprendido de esas mentes guerreras es que estar a la ofensiva una vez a menudo evita el problema de estar a la defensiva repetidas veces. Y los expulsó con considerable método y frecuencia. Ahora va a repeler cualquier cosa que interprete como una acción ofensiva, y después de tres o cuatro acciones ofensivas de la misma fuente, tratará de destruir a esa fuente.

-¿Y qué pasa con ustedes? -preguntó Jon- ¿Por qué están aquí, entonces?

-Llegamos justo antes de que se fuera el último de los militares. Estaban tan desesperados que nos permitieron dirigir el asunto con total libertad.

-¿Pero por qué la máquina no los rechazó a ustedes también?

-Es una manera bastante imprecisa de explicarlo -dijo Clea-, pero está terriblemente sola. Eramos los únicos que le dábamos algo en que "pensar", algo que su capacidad pudiera manejar. Está construida para trabajar a cierto nivel para un rendimiento óptimo y sus circuitos de supervivencia quieren que se mantenga trabajando a ese nivel. Ahora tiene algo para hacer.

-Si ustedes le gustaron, ¿no pudieron decirle que interrumpiera el bombardeo?

-No es así de simple -continuó Rolth-. Toda la información que tiene sobre Toromon la obtuvo de los modelos mentales de los soldados que ella guiaba durante la guerra. A todos ellos los neurotizó Toromon y el programa de entrenamiento los arrojó a la psicosis. La computadora no ha tenido

ninguna necesidad de catalogar y cotejar toda esa información, y reacciona ante ella como un trauma subconciente. Funciona como una psicótica.

-Si mantenemos la analogía -dijo Clea-, los problemas que Rolth y yo le damos, son los más próximos a la psicoterapia que puede tener. Al cotejar los modelos mentales puede observar las inconsistencias psicóticas y de acuerdo con mis cálculos está ganando una gran habilidad. Simplemente al ocuparla hemos logrado disminuir su acción destructiva más de lo que lo hicieron los militares cuando estuvieron aquí.

-¿Entonces la respuesta es encontrar problemas para que ella los resuelva? -preguntó Jon.

-Nuevamente, no es así de simple. Clea y yo hemos estado trabajando durante años para formular esos dos problemas. Lo que a uno le lleva una semana o un mes, la máquina probablemente pueda resolverlo en un máximo de unos pocos minutos. Tendríamos que haber terminado hoy, y después de esto no sé qué pasará.

Nonik lanzó una carcajada.

-Yo simplemente tendré que seguir enloqueciéndome por ella.

-Esa es otra cosa que parece que la ocupa -dijo Clea-. Escuchar a Vol. Está dedicada a hacer un completo análisis acústico y sintáctico de todo lo que él dice para luego imprimirlo y cotejarlo con todas las experiencias acumuladas.

-Pero yo no me quedaré quieto -dijo Vol-. Ese es el único problema, ¿no es así, Clea? -se dirigió a la ventana que se abría sobre una de las carreteras-. Ya ven –continuó-, a veces tengo que salir de la ciudad apenas, otras alejarme del todo, volver a Ciudad de los Mil Soles, o incluso más lejos, buscando... no puedo evitarlo -súbitamente salió y desapareció.

-Está pasando por algo terrible -dijo Rolth al cabo de un momento.

-¿Clea? -dijo Alter-. Una vez perdiste a alguien que amabas, como le ocurrió a Vol. Te sobrepusiste.

-Una vez perdí a alguien -repitió Clea-. Es por eso que sé lo terrible que es. Me llevó tres años estar en condiciones para algo medianamente humano. En este sentido, a él le está yendo mucho mejor que a mí. Sigue haciendo poemas. Pero está atrapado por un mundo confuso, caótico, sin sentido, totalmente -hizo una pausa- errático.

-Una vez -le dijo Jon-, tú le dijiste algo a un muchachito neanderthal: si uno puede percibir todos los factores, entonces el elemento errático desaparece.

-¿No crees que hemos tratado de decirle eso? -dijo Rolth.

-Él nos habla de predecir el próximo número primo y se ríe -dijo Clea.

-¿Y sus poemas? -preguntó Alter- ¿Son mejores o peores que antes?

Hicieron silencio una vez más.

-No puedo decirlo -dijo finalmente Rolth-. Supongo que estoy demasiado cerca de él como para
poder juzgarlo.

-Son mucho más difíciles de entender -dijo Clea- Y en algunos aspectos mucho más simples. Contienen información mucho más objetiva, pero el significado de la yuxtaposición o de las imágenes, del tono emocional, está tan implícito que no sé si está magníficamente controlado o...

-...o loco -concluyó Rolth; ella se había apartado del pensamiento.

Después de haber practicado juntos ejercicios en barra durante una hora, Jon y Alter comenzaron a caminar por la calzada oscura y llegaron a un tramo de escalera que llevaba de un camino a una espira más alta. Cuando salieron, vieron que estaban por encima de todos los demás edificios, con excepción del palacio central. Esta calle daba una vuelta alrededor de la torre oscura y desaparecía en la noche; desde la baranda, podían echar una mirada a los edificios más pequeños de Telphar.

Abajo, la Ciudad se extendía hacia el llano, y el llano hacia las montañas, que todavía resplandecían con el débil brillo de la barrera de radiación a lo largo de se encendieron y barrieron las sombras. Al levantar la vista, vieron una figura a unos veinte metros de distancia, apoyada contra la baranda y mirando la ciudad.

-¿Estaban buscándome? preguntó Nonik.

Jon sacudió la cabeza.

-A veces el "enemigo" me busca -dijo Nonik-. Salgo a caminar, pensando que he escapado, cuando de pronto escucho una voz, de cualquier lugar, que me habla, que me dice que me necesita... -la risa aguda se le escapó de la boca-. Les parece una locura, ¿no es así? Pero estoy hablando de algo real. -Se alejó y dijo en voz alta- ¿Cómo te sientes en el día de hoy, niño viejo de insectos de metal y de cristales de selenio?

Una resonante voz surgió de la noche:

-Me siento bien, Vol Nonik. Pero es de noche, no de día. ¿Es algo significativo?

Nonik se volvió hacia ellos.

-Uno siempre duda. ¿Irritante, eh? Toda esa maldita ciudad está controlada. Abajo, a un kilómetro más o menos, hay un campo de inducción que convierte a la baranda de metal en vibraciones de lenguaje, de modo que todo esto se transforma en un altavoz.

-¿Y eso te habla? -preguntó Alter.

-¿Eso? -repitió Nonik -. Me hablan miles de miles de hombres muertos, comprimidos en millones de transistores, pulidos y aplanados para ser una única voz. Es difícil no responder. Pero a veces -se miró el puño que tenía apoyado en la baranda- quisiera irme, a donde no tenga que hablar.

-¿Y hay alguien más -dijo Jon-, alguien más que también te llama?

Nonik alzó la vista, confundido, y a través de la máscara de la confusión irrumpió la risa, pero esta vez lenta y serena. Sacudió la cabeza.

-No, ya ven que estoy un paso adelante de Clea y de Rolth, exactamente sobre un punto. Los números primos, o el último teorema de Formáis, o el problema del mapa de cuatro colores, o la ley de Godle, nada de eso importa: sí, cuando uno conoce todo el azar desaparece, pero cuando uno está investigando no puede dejar de tenerlo en cuenta de alguna manera. De modo que la idea de lo aleatorio es una herramienta filosófica, como Dios, o El absurdo, o Das Umbermench, Existencia, Muerte, Masculino, Femenino, o Moral: no son cosas, son los nombres que les damos arbitrariamente a áreas enteras de cosas; instrumentos para afilar la navaja de percepción con la que cortamos a la realidad.

-¿Y tu poesía? -preguntó Jon- Clea y Rolth dicen que ya no pueden decir si es buena o mala.

-Yo puedo -dijo Nonik- Es lo mejor que he escrito, es lo mejor que pude haber escrito. Y con todo es la cosa más... terrible sobre la que he tenido que pensar -miraba hacia abajo, pero nuevamente alzó la vista para mirar a Jon y a Alter-. La poesía, o cualquier cosa que haga el hombre, incluso para esta ciudad, se opone a la muerte. ¿Han observado alguna vez a un animal que muere lentamente? En algún punto del proceso de muerte, cuando se da cuenta al mismo tiempo de que su destrucción es inevitable y de que todavía está vivo, su grito se eleva, el alcance es diferente, unas octavas más alto, agudizado por una energía no imaginada. Allí es donde están ahora mis poemas. Si Rolth y Clea no los comprenden es porque han escuchado muy poca música con esa melodía... -hizo una nueva pausa y la sonrisa regresó- ... o puede ser porque, después de todo, estoy loco. Sería más fácil estar loco, creo, sólo para poder pedir ayuda, como mi amigo -indicó la ciudad-, más fácil que tener que responder. Por lo tanto, tal vez pensar que la locura es más fácil es en sí mismo loco.
-Sacudió la cabeza- ¿No saben lo que ocurrió con mi esposa, verdad? Quiero decir, aparte de que la mataron. No saben quién era, qué clase de persona era, lo que podría haber sido.

Negaron con la cabeza.

-Era una artista -dijo Vol-. Dibujaba y pintaba e íbamos juntos a los depósitos de arcilla de la isla Carsin y traía arcilla roja que se endurecía, se ponía más pálida y tomaba formas realmente hermosas. A propósito, había mucha gente que pensaba que sus cuadros eran mejores que mis poemas, y viceversa, de modo que los dos podíamos reírnos y usar el filo de los celos para hacer más hondo aún nuestro amor. Ella enseñaba en una escuela, yo

era el jefe de una pandilla de malis. Nos enamoramos y yo iba a leer a su clase y ella se escapaba conmigo en ruidosas correrías nocturnas, y los dos vimos rápidamente que, bajo el cúmulo de mentiras y de hipocresía, ella estaba obligada a ser tan destructiva en su clase -una prisión para apartar ideas que podían "herir las mentes de los pequeños" y hacerle perder su trabajo- como yo lo estaba en las calles corruptas; que

exclusivamente a través de la molestia que yo causaba en los lugares adecuados, era tan constructivo en mi violencia como ella estaba autorizada a ser "creativa" en la escuela. Los dos teníamos una visión clara de nosotros mismos, al menos en nuestro arte. Nuestros padres se negaban a admitir que existía, de modo que tuvimos que crearnos nuestros propios valores, valiéndonos de la simple palabra y del toque del pincel. Nuestros padres nos veían casados, establecidos, pero ciertamente no el uno con el otro. El Museo de Toron había comprado una carpeta con sus dibujos -habían excluido siete por obscenos- y mi primer libro había obtenido una Beca Real -siempre que le quitara cinco poemas "que enfatizanan indebidamente ciertos lamentables aspectos de la sociedad que implicaban un relajamiento de las autoridades"- y nosotros oímos hablar de una nueva Ciudad en el continente; decidimos irnos. Tuvimos que irnos al mediodía, porque un amigo que trabajaba en una oficina de gobierno había retenido todo el tiempo que pudo una orden de arresto contra mi persona que me hubiera confinado a tareas forzadas en el penal de las minas por un período ilimitado; esos "lamentables aspectos de la sociedad que implicaban un relajamiento de las autoridades" que yo había criticado me habían alcanzado.

"Pero al mediodía ella... -las palabras murieron bajo la brisa que les acariciaba el cabello-. Y yo... entonces enloquecí. Pero volví a la cordura, llevando voces mudas durante siglos. Sabía las alturas que yo podía alcanzar porque había observado el nadir de los cimientos. Sabía qué hueco era todo lo que había escrito hasta entonces; sabía que hasta ese momento ni siquiera había escrito poesía, no sabía lo suficiente como para escribir poesía. También vi que los cuadros de ella eran tan huecos

como mis poemas.

Alter frunció el ceño. Jon le rodeó los hombros con su brazo.

-Ya ven, a un poeta lo hieren hasta hacerlo hablar, y él examina esas heridas, meticulosamente, para descubrir el modo de curarlas. El mal poeta arenga al dolor y aulla a las armas que lo laceran; el poeta genial explora los labios inflamados de la carne destruida con dedos congelados, minuciosos y precisos; pero en última instancia su poema es el eco, la voz dual que da cuenta del daño. Ninguno de nosotros ha sido suficientemente herido, no ha recibido una herida tan profunda como la destrucción del otro. Sus dibujos y esculturas eran tan insignificantes como mis expresiones rimadas anteriores. Sólo si yo hubiera sido el muerto, el trabajo de ella podría haber contenido todo lo que el mío puede contener ahora -respiró hondo, atragantándose-. Es por eso que deseo estar loco. Es por eso que deseo que lo que estoy haciendo ahora sea la charla sin sentido de un cerebro lunático. Digo que ahora mis poemas son más exquisitos que nunca; sólo espero que ese sea el juicio de una mente destruida, con las facultades conmocionadas y fragmentadas por la pena; porque si los poemas son grandiosos -aquí susurró y miró por encima de los edificios-, ¡cuestan demasiado! Alimentarse

de la destrucción, hinchándose hasta la grandiosidad... ¡no vale la pena! -las últimas palabras fueron un silbido.

Jon sintió un golpe rápido y seco. Lo sintió irse y vio que Alter lo sintió cuando él le apretó con fuerza el brazo. Dejó caer la mano, azorado por lo que estaba surgiendo en su mente, como un recuerdo que venía a la superficie de una espuma enturbiada. Retrocedió, sin saber si debía luchar o si debía aceptarlo. Comenzó a correr. Ya había comenzado a formarse algo en las frías bóvedas de su cerebro, reluciente como una espada flamígera que se arroja al aire desde la oscuridad.

Alter le gritó, luego se dirigió a Vol.

-Nonik, por favor... -Lo siguieron.

Cuando irrumpió en la habitación de control, Clea y Rolth levantaron la vista, sorprendidos.

-Yo... -comenzó Jon.

Alter y Nonik llegaron a la habitación segundos más tarde.

-¿Estás bien, Jon? -gritó Alter, pero él se volvió, la tomó por los hombros y la hizo dar vueltas lentamente alrededor de él. Nonik, azorado, dio un paso atrás junto con Clea y con Rolth.

-Quiero que tú -las palabras salían entrecortadas, el pensamiento pugnaba con su articulación— me digas algo. Saben, había un plan, un plan para detener la guerra. ¡Sólo... sólo que la gente que hizo las dos cosas, la guerra y el plan ahora está muerta! Alter, tú y yo, nosotros éramos parte del plan. Y cuando ellos murieron, tú y yo, nosotros, tratamos de detenerla, pero no pudimos, tuvimos que seguir adelante, hasta llegar a Telphar, a pesar de que ellos estaban muertos, así como nosotros éramos esclavos —aspiró otra bocanada de aire-, ¡prisioneros! Nosotros éramos parte del plan para detener la guerra, pero ustedes, Clea y Rolth, ustedes eran parte de la guerra: no, ya sé que los engañaron, pero a pesar de todo eran parte de ella. Clea, tu ayudaste a construir la computadora, y tú, Rolth, sabías en qué estado estaba el imperio. Podrías haberlo dicho, podrías haber dado la misma clase de ayuda que diste a Ciudad de los Mil Soles cuando pasaste por allí. No, no digan nada. Ahora no tiene importancia -soltó los hombros de Alter-. No sé qué eras, Vol: un punto gratuito y quieto en un mundo azaroso o el observador por azar de un mundo cuyo orden es auto-destructivo; eso tampoco importa. ¿Pero yo? Para mí, saber qué soy importa: un chico torpe, un prisionero que ahora está libre, y un hombre, y no tan torpe. Bueno, tengo que preguntarte a ti -se volvió hacia Alter y nuevamente le tocó los hombros-, porque tú me enseñaste y te amo -se volvió hacia Clea, Catham y Nonik-, a ustedes porque me enseñaron y los respeto... -súbitamente giró y gritó a los cuadrantes de la pared-... ¡y a ustedes también, porque me enseñaron y los odio! -Hizo una pausa, tembloroso e irritado, esperando que la máquina lo destruyera, como había destruido la "agresiva" llave inglesa que le había arrojado Catham: simplemente ocurrió que tres luces azules se pusieron rojas. -Jon prosiguió- En este mundo azaroso, caótico, lleno de monos y semidioses, donde el asesinato en masa y el crimen político son el

pasatiempo de la hora, donde cualquier estructura que uno alza se derrumba en un momento, donde una Ciudad de los Mil Soles puede ser destruida por una máquina gobernada por la psicosis de un imperio y donde la belleza duda de sí misma y la locura se harta de muerte y yo soy libre -retuvo otra vez la respiración- ¿para hacer qué soy libre? ¡Quieren decirme para hacer qué soy libre!

Y a un universo de distancia una ciudad en el desierto, bajo un doble sol, vivía en confusión:

-¿Llegarán los agentes de la Tierra?

-Pero uno de ellos está muerto. Acaban de matar a la duquesa...

-De los otros tres, dos están juntos en un extremo de la cinta de paso, el otro está escondido entre las ruinas del palacio en el otro extremo...

-Esta guerra, la ganaremos o la perderemos...

-¿Dónde está el Señor de las Llamas! Dijeron que estaría constantemente en uno de los cuatro...

-El Señor de las Llamas; dijiste que traicionaría a uno y a otro. ¿Cómo les ha hecho daño, en cuál de ellos está?...

-¿El Señor de las Llamas, vendrá a nosotros, podremos derrotarlo, seremos capaces de ganar?...

El Ser Triple hizo un gesto apaciguador. Se aquietaron.

Todavía tenemos tiempo antes de que lleguen los agentes de la Tierra. Es verdad, mataron a uno, y el telépata, Arkor, todavía está en Toron.

-Dijiste —interrumpió una voz— que el Señor de las Llamas pasaría de uno a otro, saboteándolos. ¿En cuál de ellos está ahora? ¿Cómo ha hecho esto?

-¿Está en Jon? —preguntó otro—. ¿Es por eso que hace esta pregunta absurda?

El Ser Triple se rió. *Primero atacó a Jon, después estuvo en Alter: habitó a la duquesa inmediatamente antes de su muerte; ahora está agazapado con Arkor entre las ruinas del palacio.*

-¿Pero por qué?

-¿Qué les hizo hacer?

-¿Cómo se traicionaron?

Así como el Señor de las Llamas ha estado observando esta guerra, respondió el Ser Triple, *así nosotros hemos estado observándolo a él, y*

hemos descubierto muchas cosas sobre él. ¿Recuerdan que dijimos que era una forma de vida completamente extraña, de modo tal que ideas como asesinato, compasión, inteligencia le eran desconocidas? Bien, ahora estamos muy cerca de comprender por qué es así y cuál es exactamente la diferencia básica entre él y todos nosotros. El factor esencial de nuestras creaciones es que somos individuos y, como individuos, estamos solos. Incluso los que tenemos poderes telepáticos estamos solos, porque todavía ellos siguen trabajando nada más que con imágenes. Hasta seres ligados tan de cerca como los tres lóbulos de nuestra inteligencia, son básicamente individuos y están solos. Es al mismo tiempo nuestra salvación y nuestra condena, y opuesto a todo esto está el deseo inherente a nuestra soledad de acercarnos a otro individuo, o individuos, para percibir con ellos, a través de ellos, para unirnos de alguna manera. Muchas de las especies de ustedes bi o multisexuales han interanalizado esto en los ritos de procreación. Hasta las criaturas monosexuales lo preservan en sizigia. En cada una de vuestras culturas la última soledad es la muerte. Muchos de ustedes tienen relaciones simbióticas en las que, cuando se separa totalmente a un individuo de los demás, el individuo fisicamente muere.

En el Señor de las Llamas, sin embargo, esta polaridad entre el aislamiento del individuo y su deseo de unirse con otros individuos está invertida. Vuelve a la misma naturaleza de su creación física y sus ramificaciones son tan sutiles como lo son a través de las especies de este universo. Primero de todo, está compuesto por energías creadas por plasma de materia y antimateria mantenidas en estasis. Es una conciencia colectiva en la cual los individuos no están solos, ni siquiera físicamente, porque sus energías están en constante movimiento e intercambio. La materia y la antimateria, como lo saben ustedes que han llegado a la física atómica, se aniquilan entre sí al ponerse en contacto. Así como igualamos a la soledad y al aislamiento con la muerte, así él iguala el unir individuos -individuos que ya están en un unísono energético- con la muerte, porque cuando ocurre esto sus seres físicos reales explotan. A la inversa, la reproducción tiene lugar no por la unión de individuos sino por su separación, de modo que se recrean a sí mismos sobre la base a través de la cual se propagan la materia y la antimateria cuando la energía se desplaza a través de un campo gravitatorio. Las ramificaciones de esta polaridad inversa en sus actitudes hacia la vida y la conducta son infinitas.

-¿Y este ser está preparándose para hacernos la guerra? -preguntó un delegado de la Ciudad.

Aparentemente. Pero todavía falta bastante. No ha descubierto que el proceso de nuestra vida no tiene nada que ver con la estasis de materia y de antimateria; la antimateria es tan rara en este universo que las posibilidades de que la vida dependa de ella son increíblemente bajas. Una de las razones por las que el Señor de las Llamas está concentrándose en Toromon con tanta intensidad es que la fuente básica de energía es el tetrón, un cristal de uranio radioactivo en conjunción con yodo radiactivo. La fusión sólo puede ocurrir bajo temperaturas atómicas, como a las que fue expuesta una gran parte de Toromon en la época que ellos llaman el Gran Fuego. El equilibrio de los dos elementos crea un material radioactivo mucho más controlable y la cantidad de antimateria fugitiva en el proceso es enorme comparada con el positrón o antiprotón ocasional que resulta del bombardeo con rayos

cósmicos. El Señor de las Llamas está seguro de que va a encontrar el secreto de nuestra forma de vida en la civilización usando la mayor cantidad de antimateria. Esa es su química. En un nivel más alto también está tratando de descubrir de qué manera, ante un ataque, nuestro comportamiento difiere del de él: en otras palabras, qué es una guerra para nosotros.

-¿Esa polaridad que mencionas afecta a nuestro modo de combatir?

Ciertamente que sí.

-Más importante, ¿cómo afecta esa polaridad al comportamiento en batalla del Señor de las Llamas?

Últimamente, los traumas sociales que provocan una guerra son aquellos que promueven el mayor aislamiento del mayor número de individuos que todavía se mantienen en proximidad física. Calamidades, hambre, insoportable distribución de reservas, explotación, aumentaron la población hasta el punto en que a los individuos se les niega la oportunidad de estar juntos, colmando sus anhelos de unicidad con todos los otros individuos. En la mayoría de las culturas de ustedes, aun en las más igualitarias, hay separación de sexos durante la batalla.

-Compensado por una inmensa suba de copulación/población inmediatamente después -comentó un delegado.

Como precaución, afirmó el Ser Triple. *Pero la estrategia de guerra tal como la conocemos saca ventaja de la soledad del hombre: golpee al enemigo en sus fuerzas más dispersas; aísle a una tropa y podrá destruirla. Bien, en la lucha con el Señor de las Llamas todos esos factores están completamente revertidos. Si se puede llegar a unir la mayor parte posible de sus elementos, se aniquilarán a sí mismos, en tanto que el verdadero aislamiento hace que se reproduzcan físicamente; separar a un componente individual del Señor de las Llamas del resto significaría que uno está colocado contra una fuerza que se multiplicaría mientras uno ataca, que uno sería abatido antes de poder hacerle daño. Así como nosotros estamos solos, anhelando unirnos, así todos sus componentes son partes unos de otros, anhelando estar solos. Así como el trauma que nos lleva a luchar es el trauma que provoca que estemos solos, así la idea de un acto destructivo es una...*

-... ¡qué reúne a los individuos! -uno de los delegados estaba en éxtasis-. ¡Ahora, ahora veo lo que ha estado haciendo en el Tierra, con Toromon!

Por favor, permítanme continuar...

-Ahora entiendo...

Por favor. El primer intento del Señor de las Llamas para reunir a los individuos fue cuando se produjo un incremento de la barrera de radiación, lo cual impulsó a los habitantes originarios de Telphar hacia la costa y hacia Toron. Pero los elementos de la guerra ya habían empezado a fermentar en la cultura. El segundo intento fue cuando estalló la guerra; en lugar de dejar que Toromon descubriera un enemigo externo, fomentó la idea de la

computadora, que mantendría físicamente juntos a los habitantes mientras estuvieran bajo la ilusión de que combatían en campos de batallas alejados. Cuando nuestros agentes en la Tierra consiguieron exponer esto a la gente, el resultado fue ese momento de contacto telepático que cubrió como un manto a todo el imperio. En ese momento cada uno de los individuos de Toromon aprendió algo, y lo mismo ocurrió con el Señor de las Llamas. Lo que aprendieron fue exactamente qué solos estaban. Unas pocas mentes pudieron hacer frente a eso, sacar provecho, aprender de qué modo podrían unirse. Pero para la mayoría el resultado fue el terror y el caos. Y el Señor de las Llamas comenzó a tener ciertos indicios de cómo la humanidad, y en última instancia la vida en nuestro universo, funcionan. Por esa época, para darles a todos nuestros agentes la oportunidad de que ellos también aprendieran, los pusimos a ustedes varias veces en un contacto empático lo más estrecho que pudimos simular. Luego trajimos a cada uno de ustedes a la Ciudad, individualmente, e incluso les dimos una visión penta-dimensional de lo que-hubieran-sido-si. Esperábamos que este contacto los podría ayudar para reclutar otra vez las fuerzas cuando y si es que se produce el conflicto final.Pero ahora el Señor de las Llamas está examinando la Tierra, y Toromon en particular, con un microscopio. Ha centrado directamente sus observaciones en nuestros cuatro agentes, y en lugar de actos, que llevarían a la sociedad hacia sí misma, se ha concentrado en impulsar a los individuos a que se unan y ha observado los resultados. Primero atacó a Jon, lo obligó a volver a su padre.

-¿Luego hizo que Alter encontrara a su tía? -sugirió uno de los delegados que había estado siguiendo la discusión meticulosamente.

No, respondió el Ser Triple. *En un mundo donde los individuos están solos no hay dos que aborden una misma experiencia desde una misma dirección. La reconciliación de Alter con su tía no fue en absoluto lo mismo para ella que la de Jon para su padre. El Señor de las Llamas la obligó a hablar con la reina enloquecida, que estaba a punto de matarlos: eso es lo que le hizo a ella. Luego pasó a la Duquesa de Petra. A ella no sólo la hizo ir con el joven rey sino aceptar durante un tiempo sus ideas, que eran tan disparatadas como las propias: aunque murieron momentos más tarde, quizás aprendió lo máximo de ella. Ahora ha pasado a la mente de Arkor, aunque no lo sabe, y espera dentro de él en las ruinas del palacio. Todavía tiene que ser forzado a su encuentro.*

-¿Qué aprendió de cada uno de ellos el Señor de las Llamas?

Hasta este momento sabe que el hecho de unirse los hace más capaces de soportar la soledad, más capaces de unirse a los demás. De todos modos, todavía no entiende cabalmente por qué es objetable la soledad, cuando para él es lo único deseado.

-¿Pero los poemas...?

-¿La teoría del campo unificado...?

-¿La historia...?

-¿Dijiste que si ellos pueden obtener esas cosas para nosotros antes que el Señor de las Llamas se apodere de ellos, entonces podremos saber el resultado de esta guerra más grande?

Bien, respondió el Ser Triple, *Jon y Alter están sólo a minutos de la posesión de los tres, y el Señor de las Llamas está en el otro extremo del imperio.*

-Todavía tienen que llegar aquí -recordó un delegado cínico- y un imperio no es una distancia muy
larga para una criatura que puede atravesar galaxias en microsegundos.

Eso es muy cierto, dijo el Ser Triple, haciéndose eco a sí mismo con la tríada de la voz. A medida que la noche se acercaba lentamente hacia el mundo blanco y las sombras dobles se alargaban, la arena del desierto cambiaba de forma. *Observemos.*

A un universo de distancia, Rolth Catham frunció el ceño y dijo:

-Bueno, Jon, supongo... - hizo una pausa-, supongo que cada persona tiene que responder a esa pregunta por sí misma.

-¡No! -dijo Alter-. Tú tienes que decirle a él... a nosotros... a mí... algo. ¡Debes hacerlo! De otra manera, ¿para qué sirves? ¡No lo ves, tienes que poder decirnos algo!

Rolth sacudió la cabeza.

-No puedo.

-Bueno, trata -ese fue Nonik, y siguió una risa fuerte que hacía colgar a las palabras ambiguamente, entre una urgencia imperativa y una orden insana.

-¿Clea? -dijo Alter-. Recuerdas que una vez me dijiste, cuando trabajábamos juntas en el circo, que poder justificarse con los demás era lo más importante del mundo cuando uno estaba demasiado enfermo para justificarse con uno mismo. Bueno, no sé, pero si eso es cierto, pero... bien, ¿ahora no puedes decir nada?

Clea parecía confundida; había contraído las cejas oscuras.

-Todo cuanto puedo pensar es... uno es libre para ser lo que quiera ser, un matemático, un historiador, un poeta -Vol nuevamente rió-, somos libres para hacer cualquier cosa.

Jon sacudió la cabeza.

-Eso no alcanza. No soy un estúpido, tengo cierta cantidad de fuerza física, cierta cantidad de disciplina mental y física, pero no soy ni un artista ni un economista, ni un científico, y hablar de ser libre para ser uno de ellos

es como hablar de trepar a una carroza tirada por una mariposa nocturna y volar hacia el sol.

Detrás de las paredes de cuadrantes se oyó un sonido metálico y varias luces cambiaron de color.

-Bueno, bebé transistorizado con lombriz solitaria electrónica, ¿tienes alguna respuesta para él? -preguntó Vol.

La respuesta fue lacónica:

-No

Pero el sonido metálico continuó. Se abrió un panel de la pared y aparecieron tres pilas de papel.

-Rolth -dijo Clea sorprendida-. Debe haber terminado con el cotejamiento de datos.

Rolth tomó una de las pilas de papel:

-Vislumbres del Mar –leyó-. Revisión final de la Historia de Toromon, creo que es un título terriblemente bueno. Espero simplemente que la teoría esté a tono -levantó la segunda pila-. Aquí está tu teoría del campo unificado, Clea.

Clea tomó el manojo de hojas.

-¿La tercera pila, qué es? -preguntó.

-Le pedí a la computadora que hiciera una copia de todos los poemas de Vol a los que tenía acceso. Yo quería una copia -levantó el manojo de poemas. El cerebro desnudo y brillante era gris detrás del plástico. Frunció el ceño y se volvió a Jon-. Si fueras un artista, o un científico, entonces tal vez yo podría ayudarte a decidir que hacer con tu libertad.

-Ese es un comienzo -dijo Vol-. Estoy escuchando.

-Básicamente, serías libre para dedicarte a hacer tu trabajo, o para no hacerlo; y luego, para dedicar tu trabajo al hombre, o para no hacerlo... no, no a un hombre, sino a un concepto de lo que el hombre debería ser.

-Está bien -dijo Vol-. Ahora estás hablando con Clea y conmigo. Tienes que explicar eso.

-Lo que quiero decir es esto. Cuando escribes un poema, Vol, lo escribes para un lector ideal, uno que escuchará todas las sutilezas rítmicas, que reaccionará ante todas las imágenes, reverberará ante todas las referencias, incluso será capaz de descubrir si cometes algún error; para este lector es para el que trabajas cuando pasas horas para asegurarte de que cada línea es perfecta. Puedes estar seguro de que en el mundo no hay muchos lectores así, pero tú tienes que creer que podría existir; más aún, que cualquier hombre de la calle con un entrenamiento adecuado podría ser educado para

ser ese lector ideal. Si no creyeras en él no tratarías de escribir poemas perfectos. Cuando Clea propone una teoría trata de hacerla lo más clara y rigurosa posible. Sabe que una buena cantidad de personas no van a poder entenderla ni sacar alguna conclusión, pero ella la prueba y la prueba otra vez para la persona que podrá extraer de ella todo el significado. Del mismo modo en que yo pruebo y pruebo otra vez mi teoría histórica del prejuicio cultural, sexual, emocional, para ese hombre ideal que, idealmente, no tiene prejuicios. Consagrarte a este concepto no significa que con tu trabajo trates de enseñar a la gente cómo ser ideal. Eso es propaganda, y puesto que la mayoría de los artistas y científicos están ellos mismos bastante lejos del ideal, están más o menos derrotados al comienzo si siguen esa táctica. Es como si llegar a conocer a ese hombre, con todo su caos, aún así, puede ser ideal, y hacer tu trabajo merecedor de él.

Ahora Vol se dirigió a Jon.

-¿Dónde te deja esto?

-En ser libre para tratar de lograr ese ideal o para no hacerlo -dijo Jon-. Pero conseguimos nuestros modelos de ustedes tres.

Vol se rió una vez más.

-¿La máquina les hará copias de esas cosas?

-Por supuesto -dijo Clea-, ¿por qué?

-Me gustaría copias de todos ellos -dijo Jon- para saber simplemente qué cerca estoy del lector ideal.

Confundida, Clea apretó un botón de la consola y la cabina se llenó nuevamente de páginas.

-¿La cinta de paso está abierta desde este extremo, Clea? -preguntó él.

-En el palacio estaba cerrada -le recordó Alter.

-Puede ser -dijo Clea.

-Quiero leer algo, y quizá pueda llegar a convertirme en ese lector ideal -se dirigió a Alter-. Y quiero encontrar a Arkor.

-¿El telépata? -preguntó Catham.

-Así es -dijo Jon.

-¿Para qué?

-Por un asunto de percepción -dijo Jon. Tomó el peso de las hojas-. Quiero darle esto... quiero darle la ocasión de que se ejercite en la lectura ideal y además ver si puede resolver... un problema.

-¿Problema? -preguntó Catham.

Jon asintió.

-Cuál tendrá que ser el problema que siga a éste. Y cuando yo –nosotros- sepamos, regresaremos con él y se lo daremos a la computadora.

Mientras Clea examinaba la cinta de paso, Jon y Alter le contaban del viaje a Nonik. Nonik estaba apoyado en la baranda; sacudió la cabeza.

-¿Pero algo de eso es real? -dijo-. ¿No les extraña?

Jon y Alter parecían confundidos.

-Según un antiguo pensamiento, todos nosotros existimos únicamente en la mente de Dios. ¿Quizá somos las bromas psicóticas de una mente cósmica perturbada? ¿Quizás una mente altamente neurótica, un poco suicida, tendiente a un ciclo maníaco-depresivo; no es eso lo que define mi existencia? –rió- ¡Rayos de una percepción divina! -escupió por encima de la baranda-. ¿O puede ser que existamos en la mente de los otros? ¿Realmente eres algo que vale la pena considerar, Jon Koshar? ¿O eres únicamente la historia que recuerdan un grupo de prisioneros acerca de un muchacho que nunca conocieron? ¿Tú cabello blanco, tu piel oscura, tus ojos grises como el amanecer encierran tu verdadero yo, Alter Koshar? ¿O eres la proyección de unos niños boquiabiertos ante el cartel de un circo donde alguien te ha dibujado con lentejuelas y en medio de un salto en el trapecio?

-Creo que es hora de que regresemos -dijo Jon, un poco molesto.

-Hora de regresar -Nonik hizo de eco-. Oh, sí, hora de regresar.

En el laboratorio, Clea dijo:

-Sigue funcionando; a pesar de todo, con todas esas bombas, la cinta todavía está conectada. No sé qué van a encontrar en el otro extremo, pero suban. -Ascendieron por la escalera de metal y se instalaron debajo del cristal; Jon tenía los papeles bajo el brazo y la mano de Alter descansaba en la de él.

Clea se dirigió a una unidad de tetrón, hizo girar una perilla; en algún lugar zumbó un solenoide y la primera hilera de perillas escarlatas en un total de cuarenta y nueve, viró de "apagado" a "encendido".

-¡Yo también quiero ir! -dijo súbitamente Vol Nonik.

-Ahora no puedes ir -dijo Clea-. No está preparada para llevar tanto.

La hilera siguiente de perillas viró a "encendido".

-¡Tengo que salir de este asilo de acero inoxidable! -dijo Nonik, sacudiendo la cabeza. La mirada se detuvo fijamente en las formas que habían empezado a brillar en la plataforma.

-Si quieres te enviaremos enseguida que terminemos de enviarlos a ellos -dijo Catham-. Por encima de un cierto peso no se puede determinar el destino molecular...

Sin avisar, Nonik lanzó un aullido y dio un salto hacia adelante. Apoyado en la mano sana, saltó por encima del borde de la plataforma y trastabilló bajo el cristal.

-¡Vol...!

Entonces dentro del bulbo se encendió una luz blanca. Se oyó como un beso pequeño, un estallido y una lluvia de chispas.

-¡Qué pasó! -preguntó Rolth.

-El estúpido... -comenzó Clea-. Ahora no sé qué pasó. Está construida para llevar a cierto peso por vez. No sé si llegarán allá o en dónde terminarán. ¡O si llegarán de una sola vez!

La plataforma estaba vacía.

CAPÍTULO DOCE

Arkor estaba tendido sobre una pila de ropas en un rincón de la torre del laboratorio, mirando la luz del sol que caía a través del cielorraso roto.

La inmensa bola de cristal que estaba en el extremo de la cinta de paso comenzó a brillar: entonces Vol Nonik tropezó contra la baranda, gritando.

El cuerpo dolorido de Arkor lo percibió en una mirada. El modelo de la mente saltó a través de la habitación y se estremeció ante él ansiosamente; Arkor se echó atrás. Daños, heridas, las largas cuerdas del dolor vibrantes y disonantes. Un circuito de diseño perfecto, preciso y tremendo, fraguado en diferentes tamaños por su propio calor; una pintura tan viva en detalles y colores que su propia intensidad había carbonizado la lona. Arkor trató de apartarse mentalmente.

-¿Qué quieres? -preguntó, sentándose.

La figura sacudió la cabeza.

-No quiero hablar más. Simplemente, no quiero... hablar.

-No tienes que hablar -dijo Arkor-. ¿Qué quieres?

Nonik observaba fijamente, con ojos brillantes.

-Está bien -dijo Arkor-. Entonces, ven -Vol lo siguió hasta la puerta de la cámara: no podía acallar los gritos que escapaban de la mente. Entrenados en el ritmo, se volvían contra sí mismos, gimientes, mientras bajaban las escaleras que llevaban al patio.

... el movimiento de mi cuerpo a través del humo que se filtra por la pared rota recuerda a un behemot torpe en medio de una corriente de agua fría; el sol cae a través del cielorraso y forma una banda blanca que recorre las escaleras, y con mi mirada penetrante el gigante desaparece, puntos resplandecientes que sobresalen en la bruma, violencia de umbral y pórtico al pasar por la agonía de las calles arrasadas, labios apretados y en silencio ante la mampostería aplastada, muñones de sueños hechos trizas. Oh, esas cavernas por las que no puedo reptar, angustia nocturna, vacía de sueños destrozados, maquinarias deshechas bajo los martillos de la noche, una mente que brinca hacia atrás y rebota, encaramándose a una lengua de fuego contra una cinta que se recorta en el cielo...

Arkor observaba a Nonik, que tropezaba en el pavimento azotado de la Avenida de Oysture y pensaba: ¿Hay una buena razón por la que yo debería molestarme en seguir su mente o su cuerpo quebrantados? Pero lo siguió, y dos cuadras después Nonik se volvió, alzando la vista hacia la línea del horizonte carbonizada, y Arkor trató de rechazar los golpes que le llegaban desde la mente de Nonik.

... la caída de las torres, oh Cristo, la caída de las torres, y el cuchillo desnudo hundido en el vientre, chorreando, la caída de las torres, puedo oír el grito de ella, puedo ver las manos que se retuercen para liberarse, el cuerpo arqueado hacia atrás, la piel desgarrada, la vejiga ensangrentada, mampostería deshecha y polvorienta, una oleada de rechazo en la calle, ella, gritando, extendiendo su mano pequeña para encontrar la mía más grande, ladrillo y hierro retorciéndose para liberarse, la caída de las torres, mi sostén y mi estandarte aniquilados, mi corazón destemplado, la violencia de ella ensartada en un lazo enmarañado de puntales, cables eléctricos, argamasa, ladrillo...

-¿Qué quieres? -susurró nuevamente Arkor y Nonik se volvió, las mejillas húmedas-. Dime -dijo Arkor-. Para mí sería más fácil dártelo que escuchar esto. -En los ojos de Nonik ardía el miedo; se volvió y huyó. Era fácil seguirlo, sin embargo. En las calles destrozadas los pensamientos parloteaban como ondas sonoras.

... una mujer en llamas está sentada en el trono de mis ojos; un gigante pájaro de bronce arrojado sobre el campo hendido destrozó el cerco de hierro que protege el asfalto roído de la pista de aterrizaje; el nudo firme del deseo se afloja, se despliega a lo largo de las paredes desprotegidas, macho y hembra, parapetado y convertido en epiceno, magnífico y único: ira, y ahora tres, cinco, siete, el terror desgarra la locura yámbica y salvaje del muchacho que huye, partículas caóticas forman diseños, once, trece, infinito y primo, ordenadas e impredecibles como el ritmo: un muchacho joven arroja una piedra desde el techo; maligna, me corta el muslo; qué mejor prueba de inocencia o compasión, mientras mi mirada sostiene por un instante su mirada asustada; paseantes nocturnos recorren los muelles al atardecer, aves de rapiña ocultas en la sombra del amarradero incunado, me ven, pasan por encima de las barcas pesqueras, se detienen, miran fijamente, se vuelven, desaparecen, estoy solo, caminando por el muelle, y con la mirada capturo el hambre gris y reducida de devorar el telar de las olas sepultado por el ondular del viento...

-Despiértate -dijo Arkor. Junto a la pared, Nonik se desenroscó como un gato fastidiado. Arkor quería decir "despiértate y cállate". Cómo se le puede decir a alguien que deje de pensar-. Te conseguí un bote, como querías.- Esperaba que las emociones que rugían se resolvieran en el rostro de Nonik. Se dirigieron al muelle donde Arkor había encontrado el bote, abandonado y con combustible. Desde el timón observó a Nonik que alzaba la vista hacia la cinta de paso bajo la luna nueva.

... un látigo de metal, hermoso y libre, proveniente de los despojos salta la hoja destrozada de estaño del mar, mientras aquí nosotros contemplamos las oscuras depresiones que castigan la huella del océano turbulento, profanado en las profundidades, surcado por la quilla, gotitas suspendidas en una rueda de alambre, horas aplastadas por la presión de la luz y del músculo, reducidas a fragmentos discretos entre el cielo y la arena, mientras la pantalla blanca de sombras distantes bloquean las estrellas: necios y sus jardines flotantes en la luna, elevados en pontones de aluminio, se precipitan sobre una ola, atrapados en el génesis, reducidos en la caída a un sedimento fangoso; un sólido cráneo enjoyado a través de cuyos agujeros húmedos fluyen los tetras, cuyos huecos óseos acusan completud y redención, acción polar y demonio, muerte meridiana y amor...

- ¿A dónde crees que vas a ir así, Vol?

-Yo... yo no...

... representa mi mano con la palma a franjas, el arpa roja de tendones, invulnerables entre cualquier música, y a los que ninguna maquinaria puede fraguar...

-¿Hacia dónde corres, Vol Nonik? No digas que no lo sabes, no voy a creerlo.

-Yo... yo...

... no quieres hablar, y el dibujo de mi cara -tiza roja sobre papel marrón- ardido y carbonizado hasta que lo bello es liberado y las furias responsables se encolerizan...

Cuando llegaron al continente, al cabo de unos pocos minutos, Nonik abandonó el carril, echó otra

mirada a la cinta de paso y se dirigió a la playa. El viento hacía volar la arena de la cima de las dunas y la arrojaba sobre las paredes añosas de una casita de pescadores abandonada. La puerta se había caído y por la ventana se veía un telar abandonado a medio hilar. Siguieron avanzando por la villa desierta. Usted está atrapado en ese brillante momento en el que conoció su sentencia aparecía garabateado sobre la pared inclinada de un depósito de hielo.

... un eco y su doble, apresado, mantenido y liberado, el grito de palomas salvajes y de alguna bestia más rara, cristalino y temeroso, pisotea hojas y viñas secas hasta el fondo de metal de mi mente, y vuelven las primeras palabras, un resplandor de cobre, sacudidas las paredes de la percepción, esta voz vil, que no es arte sino locura atrapada por los diseños rituales del sonido, mintiendo, porque el ritual está limitado por la reacción de los nervios flojos, la matriz completa trata de contener las realidades del corazón, entrañas y cerebro, sabiendo que esta realidad que trabaja es sólo una máquina construida para aprehender lo real; y la existencia de la hoja, de la arena, de la luz, de lo bueno se apaga mientras son nombrados por la bestia antes que yo, perseguida y huyendo, tropezando entre los árboles, en la playa, bajo el sol y la mañana, arrojada con la mente contra la roca venosa, el espejo se rompe, la bestia se despierta otra vez, sale perezosamente de las astillas, estira las garras, se adorna con plumas negro-cristal, murmura sobre cargas viejas como el mundo, tartamudea hechos de muerte que aprietan, hieren, arrancan un nuevo lenguaje de la lengua golpeada; caminaré por la furia muscular de mi voz, aplastaré con mis pies al silencio; mientras corro por el bosque mis manos extendidas se llenan con manchas de sol estremecidas y huidizas: encontraré nuevas barreras, las derribaré con manos ardientes...

-Tome -dijo Arkor.

Nonik apoyó la cabeza sobre el árbol, la sacudió dos veces y se alejó.

Arkor esperó un momento. Cuando estuvo seguro, arrojó otra vez la comida al fuego.

-Mira, Ciudad de los Mil Soles está por allí, por donde está el penal de las minas -hizo una pausa durante la cual pudo ver a Nonik que miraba

hacia la cinta de paso que resplandecía por encima de los árboles-, ¿Quieres volver a Telphar?

Pero Nonik sacudió la cabeza y se adelantó dando tumbos.

...al mediodía estas ciudades pobladas de torres son las imágenes de la mente destruida, perfección, muerte y transición -ensartados en huesos de pescados en las calles de piedra, donde árboles rodeados por cercos arrojan al cielo pulgones estruendosos y los niños gritan y cambian- y estamos abandonando los largos presbiterios del bosque en dirección a las piedras rotas, los troncos osificados, bramidos de celo en el suelo arcillosos, nos dirigimos a un paisaje más profundo y los surcos verdes de los recuerdos son preciosos como su boca rozándome la nuca, estas planicies salpicadas con la muerte de ayer, donde yo buscaba el morir de ayer, troncos deshechos de árboles petrificados; puedo ver un relámpago de calor encima de la ciudad muerta, siniestra como hueso carbonizado, rodeando la piedra como un mito, y mientras recorro las torres membranosas del sueño canceroso, inclinado a la izquierda y grávido de la muerte de ella, estoy abandonado también la ilusión de que estoy solo, el gigante, la bestia en el espejo, el viento metálico azotando las rocas, o silencioso como ratas muertas tendidas en el piso con el vientre hacia arriba; no voy a mirar la ciudad concuspiscente, no voy a caminar por las calles violentas, ni siquiera en las ruinas donde los fantasmas diestros de esta raza apuestan junto a ventanas de cuero y se ponen de cuclillas ante estrellas sin alas u observan un huerto obstinado de kharbas nudosos; éstos, cercados por la tierra, atávicos, no tiene nada de la austeridad del mar, sólo las arenas arruinadas de una idea sin voz, de un mundo sin visión; saben entonces que este viaje busca límites definidos, busca orilla más allá de las cuales empiezan océanos más lejanos; enjaulados por un corazón muy desarrollado, estamos atrapados en ese brillante momento en que conocimos nuestra sentencia, pero sin embargo luchamos, sabiendo, también, que la libertad se nos impone en el preciso momento en que salta el resorte de la trampa...

Basta -dijo Arkor.

La tarde bruñía la corteza de la planicie. Telphar estaba detrás de ellos.

-Basta -dijo Arkor-. Vas a morirte.

Nonik sacudió la cabeza con fuerza; luego comenzó a reír, hasta que la risa languideció en un susurro:

-... ¿morir? -Sacudió otra vez la cabeza-... la trampa se cierra, la barrera...

-Ya hemos pasado el borde de la barrera -dijo Arkor.

La luz broncínea perforaba las piedras desnudas que los rodeaban.

-¡Tú también morirás!

Arkor sacudió la cabeza.

-Puedo recibir mucha más radiación que tú.

Por primera vez en los rasgos de Nonik se instaló una emoción definida. Frunció el ceño.

-¿Ya he ido demasiado lejos?

-Da la vuelta y regresa a mí, Vol.

Nonik comenzó a reírse otra vez.

-Pero tú ni siquiera quieres verlo. Me refiero al límite, el lugar pasado al que no puedo regresar. ¿Es
aquí? ¿Estoy en él?

De pronto dio una carrera de unos diez metros.

-No ves –dijo-, quizás acabo de pasarlo -comenzó a caminar lentamente de regreso a Arkor sobre la roca, vacía, desolada-. Esto significa que ya estoy muerto. Cada una de las células de mi cuerpo ya está muerta, pero tal vez durante una hora podré seguir tambaleándome, simulando estar vivo. Estoy muerto. Esto es lo que se siente estando muerto. Primero me quedaré ciego y luego caminaré tambaleándome, como si estuviera muy borracho -se pasó la mano buena por la cara- ¿Está empezando? Yo... yo pensé que estaba oscureciendo. -De pronto se aferró al hombro de Arkor y gritó- ¡No!

Arkor tomó al ser humano pequeño y tembloroso entre sus manos grandes. La mente brillante, temblorosa, cedió bajo su propia mente.

-Vol, regresa –dijo-. Yo veo mucho más que tú. Tú sabes tanto y tan poco. No puedes ser libre si... si estás muerto.

Nonik se apartó súbitamente; el miedo le inundaba la cara, la cara de una muchacha le inundaba la mente.

Se volvió, subió la pendiente a tropezones y se lanzó a correr otra vez. El caos se aquietaba lentamente mientras Vol se perdía corriendo entre las rocas.

Arkor se volvió al océano de piedra y comenzó a caminar de regreso. Nuevamente solo, el gigante telépata lloró.

EPILOGO

Escarabajos... carbunclo... plata... Jon sorbió la acritud del ozono. Alter lo tomó de la mano mientras miraba fijamente la arena blanca. Con el súbito cambio de gravedad, Jon estuvo a punto de dejar caer los papeles, pero Alter lo ayudó a recogerlos. Miraron nuevamente hacia la ciudad, donde:

El humo caía como escalas de plata a través del casco del palacio real de Toron. Los muñones de las torres de la ciudad apuntaban al cielo. La gente todavía se apretujaba en las calles, pero muchos ya se habían puesto en camino en dirección a la costa. Otros se ayudaban entre sí para pasar sobre los listones de madera y la mampostería caída que bloqueaba las calles. Algunos se movían por sus propios medios. Pero se movían.

Alter se apretó contra él; Jon le rodeó los hombros con la mano libre y comenzaron a bajar a las dunas. A través de los cuerpos golpeaba la luz. Se movían como en una esfera de vidrio.

-Trajeron la historia...

-... la teoría del campo unificado...

-¿... los poemas? -los delegados de la ciudad los inundaban con preguntas:

-¿Han llegado?

-¿Ganaremos la guerra?

-¿Dónde está el Señor de las Llamas?

Y la respuesta triple: *¡No hay guerra!*

Jon y Alter, tomados de la mano, hicieron una pausa, escuchando, en el límite de la Ciudad.

El Señor de las Llamas, continuó el Ser Triple, *ha observado lo suficiente como para saber que la guerra seria inútil y que si se llega a ella los dos lados resultarían aniquilados*.

-¿Nos destruiríamos entre nosotros? -preguntó Jon.

-*Primero nos destruiríamos a nosotros mismos*, corrigió el Ser Triple.

-¿A nosotros mismos? -preguntó Alter-. ¿Pero cómo? -el interrogante creció entre ellos como desiertos que reverdecen bajo una lluvia repentina y largamente anhelada.

Más allá de cierta dosis de daño, la vida no puede existir. Desear una destrucción de la magnitud de una guerra sería demasiado daño. Y si el daño es demasiado grande la auto-destrucción puede ser necesaria. El suicidio es la válvula de seguridad para que la enfermedad disponga de sí misma.

Interrogante, Jon y Alter se acercaron a la ciudad, y ante ellos vieron…

una planicie rocosa en la que Vol Nonik se tambaleaba, se arrodillaba, caía hacia adelante y yacía inmóvil, los ojos hundidos y negros, el cuello inflamado, la cara distendida. Sobre el horizonte, detrás de él, se veía la silueta de Telphar, y mientras la observaban se inflamó, iluminándose, y desde las torres destruidas se alzaron ondas de humo

Y el Ser Triple dijo: *Eso era la Tierra. Lo mismo ha ocurrido en todo el universo*.

-¿Pero qué es? -preguntó Jon.

Lo mismo que arrastró a Nonik al suicidio provocó que la computadora se bombardeara a sí misma. Finalmente la herida ha sido cauterizada, y ahora pueden regresar a sus casas e intentar curarla.

-¿Y el Señor de las Llamas?

Se ha observado al último factor aleatorio y se lo ha puesto en su lugar. Hubo una risa triple. Uno podría decir que ahora se da cuenta de que tan diferente como es de nosotros, así es de parecido a nosotros, y que también tiene la salida de la muerte, de la cual reconoce su reinado. Ahora seguirá buscando, y no habrá guerra.

-¿Entonces podemos regresar? -preguntaron todos los delegados de la ciudad.

Jon susurró:

Para llegar a las estrellas -y el cabello de Alter le rozó la cara cuando ella se inclinó sonriendo.

ante ellos estaba Ciudad de los Mil Soles, hermosa sobre la orilla del lago, y mientras observaban, podría llegar la familia del neanderthal Lug, y Clea y Catham podrían llegar fatigosamente bordeando el lago, en dirección a la ciudad, y desde el otro lado, una pareja de ancianos, harapientos y

exhaustos, también llegarían a la Ciudad: quizá Rara y el Viejo Koshar, y la alta figura de Árkor se desplazaría hacia los edificios bajos, en tanto que la figura de una mujer del bosque, también con la cicatriz triple de los telépatas, podría llegar desde el otro lado; las mentes de todos ellos ya se habrían puesto en contacto, sopesando y comparando experiencia y percepción, la música que liberaban en el sonido doble de sus nombres, Arkor, Larta, cantándose unos a otros, todos, algunos , o ninguno, la elección aleatoria y sólo dejando una chance para ti

Libres para construir o destruir ellos, también, se aproximaron a Ciudad de los Mil Soles, donde los golpeó un humo azul, que se dispersó por una súbita iluminación que caía de una red de fuego de plata... el rojo del carbunclo pulido... el verde de las alas de los escarabajos...

FIN
Nueva York
Febrero 28, 1964

PALABRAS POSTLIMINARES DEL AUTOR

Dijo Oscar Wilde: "Cualquiera puede escribir una novela. Lo único que se requiere es una completa ignorancia del Arte y de la Vida." Unos setenta años más tarde paseaba yo por el puente de Brooklyn con una brillante poeta de cabello color miel largo hasta la cintura y ojos que al principio parecían marrones, pero que contenían matices de cobre, verde y amarillo, íbamos de la mano, mirando los cables que giraban por encima de nosotros -hacía unos meses que nos habíamos casado, ayudando a que el promedio de edad nupcial del país bajara al siempre ridículo de diecinueve- y discutiendo con voces mudas ese dilema que tales casados deben acometer: "Y bueno, ¿qué pondrías tú en una novela, quiero decir, algo realmente honesto que favoreciera a la novela?"

Las respuestas llegaron como pompas numerosas: panorama social, caracterizaciones, escenas, ideas, experiencias que todavía no hemos leído pero que nos gustaría haber leído. En el momento en que llegamos al otro lado del puente, llegamos también a la sencilla conclusión de que era imposible que apareciera todo eso en un solo libro. Probablemente en tres ya estaría bastante amontonado.

-¿Recuerdas lo que dijo Osear Wilde? -me recordó ella.

Por supuesto que no lo recordaba, pero no iba a admitirlo. Esa noche escribí el primer capítulo de En las afueras de la ciudad muerta (que entonces se llamó Captives of the Flame) y planifiqué el último capítulo de Ciudad de los Mil Soles. En los dos años siguientes orquesté, armonicé, conduje, me raspé los nudillos, coaccioné, grité, amenacé con suicidarme, alabé de modo extravagante, critiqué con frialdad, hice psicoterapia de aficionado: finalmente las ideas, incidentes y personajes de ese primer capítulo se habían abierto camino penosamente hasta llegar al último.

La poeta me roza la nuca con el ligero toque de una paloma acurrucándose y apoya su pecho en mi espalda. Mira por encima de mi hombro y yo recuerdo comentarios serenos y agudamente certeros como: "Esto está mal"; y a veces: "Esto está bien"; y de tanto en tanto: "No estoy de acuerdo pero se puede discutir". Entonces nos sentamos y nos preguntamos sobre las cosas que a pesar de todo no pudieron ir. Estaba la escena en la que la telépata Larta ayuda a un grupo de granjeros del continente a sacarle ventaja a un comprador de la ciudad; cuando los granjeros descubren sus poderes telepáticos, la apedrean. Esto se perdió entre los Volúmenes Dos y Tres.

Había una discusión, que no apareció, entre Nonik y el soldado Curly, que se produjo cuando Nonik fue rechazado por el ejército y Curly aceptado. "Aunque un hombre no pueda controlar otra cosa, insistía el poeta, "al menos debería ser capaz de controlar su muerte. Es para lo único que es libre". Cuando le repitió esto a Catham, el historiador sonrió y dijo: "Los antiguos religiosos y escépticos pasaban gran parte de su tiempo pidiendo milagros para establecer la existencia de un Dios: que las rocas volaran o que el fuego ardiera sin combustible. Nunca se dieron cuenta de que lo milagroso era simplemente que, no importaba cuan caótico y errático pareciera todo, las piedras caían y el fuego se extinguía a velocidades predecibles y en tiempos predecibles". "No veo la conexión", fue la respuesta de Nonik. "Piensa en ello hasta que la veas", dijo Catham. Por lo demás, Vol jamás la vio y en el final, aunque controla -por así decir- su muerte, Catham controla su vida.

Cuando Clea y Alter se encontraron en Telphar, se divirtieron mucho y pasaron mucho tiempo haciendo planes para un circo en Ciudad de los Mil Soles, lo cual podrán realizar eventualmente, si el lector y la ocasión lo permiten.

Pero estas escenas fueron anteriores a las leyes de orquestación.

-El título y el epígrafe -me recuerda la poeta.

Oh, sí, el título de los tres libros juntos, La caída de las torres, fue tomado de un grupo de dibujos que una vez hizo un amigo y en el que describe grupos diferentes de personas que reaccionan ante cierto incidente catastrófico que no se muestra. Desafortunadamente, los dibujos fueron destruidos. Espero que no deplore que yo haya salvado el nombre.

El epígrafe para los tres libros pertenece a la primera serie de poemas de W.H. Auden, sobre el derecho del grupo a matar.

New York
Marzo 24 de 1964